



Acuerdo sobre la Conservación
de Albatros y Petreles

www.acap.aq



Historias de albatros y mar

Concurso de cuentos “Guardianes de las Aves Marinas”

Cuentos participantes



Historias de albatros y mar

Concurso de cuentos “Guardianes de las Aves Marinas”

19 · JUNIO · 2020

DIA MUNDIAL DE LOS ALBATROS

Palabras previas

El 19 de junio de 2020, por primera vez en la historia, celebramos el **Día Mundial de los Albatros**. La iniciativa surge del comité asesor del Acuerdo sobre la Conservación de Albatros y Petreles (ACAP) y su objetivo es visibilizar la crisis de conservación de albatros, petreles y pardelas que viven en nuestros océanos y están amenazadas de extinción.

El ACAP es un acuerdo multilateral que busca conservar estas aves a través de la coordinación de actividades internacionales con el objetivo de disminuir las amenazas sobre sus poblaciones. Actualmente, cuenta con trece países miembros y protege a treinta y un especies. El Estado argentino lo ratificó en 2006 (Ley 26.107).

Aves Argentinas a través del proyecto “Guardianes de las Aves Marinas” desarrolla diversas actividades educativas que tienen como objetivo su conservación. Para esta fecha y, en conjunto con la Escuela Nacional de Pesca “Comandante Luis Piedra Buena” y la Secretaría de Cultura de Gral. Pueyrredón, organizó un concurso de cuentos que fue declarado de interés cultural.

El jurado del concurso estuvo integrado por la Lic. Verónica Schro, docente y jefa de Relaciones Públicas y Prensa en la Escuela Nacional de Pesca, el Dr. Esteban Prado de la Universidad Nacional de Mar del Plata y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, y el Sr. Julio Neveleff, Dir. Gral. en la Secretaría de Cultura del municipio de Gral. Pueyrredon.

Participaron en esta edición más de sesenta personas de todo el país. Desde los siete años hasta los ochenta y cuatro. Gente de mar y gente que sueña con conocer el mar. Pensamos que un concurso no se trata sólo de competir o ganar premios sino de compartir, en este caso a través de historias, lo que vemos o imaginamos acerca del mundo. Por ello aquí encontrarán todas las obras que participaron del concurso.

Los cuentos, relatos e historias que leerán a continuación son creaciones originales que dan cuenta de un modo de vincularnos con el ambiente marino. En la ficción, los albatros tienen un lugar privilegiado: son almas de marineros, señales de rescate, guardianes del mar, amigos, compañeros de viaje, una expresión de libertad. Esperamos que puedan disfrutar de estas narraciones.

Lic. Mikaela Vouilloz

Participaron

La leyenda del albatros, Joaquín Casari (San Antonio de Areco)
Una amistad para siempre, Huilén Sandoval Suárez (Castelar)
El viejo barco de Quique, Thiago Agustín Navarro (La Plata)
Salvemos a las especies, Alma Luján Céspedes (La Plata)
El Mar Argentino nos necesita, Lucas Nicolás Espósito (La Plata)
Un marinero en el mar, Merlín Gabriel Romano (Miramar)
Un viaje diferente, Lola Onofri Bugiolocchi (San Carlos de Bariloche)
La gaviota despistada, Melody Milagros Llanos (Mar del Plata)
El amor al mar, Leandro López (Tigre)
La osa y sus garcitas, Aimara Cabezón Terán (Mar del Plata)
El lenguado saltarín, Luca Savegnago Perosio (La Plata)
Una aventura inesperada, Matías Kaplan Fernández (Sáenz Peña, Bs. As.)
El marinero de las aves, Lucía Kaplan Fernández (Sáenz Peña, Bs. As.)
El albatros Pedro es libre, Thiago Benítez, David Gómez, Diego Gutiérrez, Juanita Juárez, Luján Medina, Natalia Miranda, Aylén Morel, David Quiroga, Agustín Vianna y Verónica Lazzareschi de la Escuela Especial N° 502 (Mar del Plata)
El sentir de las aves, Brisa Pichilli (Mendoza)
El ave que me salvó, Gonzalo Linares de la Cal (Puerto Madryn)
Majestuosas aves, Candela Aramberri (Mar del Plata)
Un cuento de mar adentro, Raquel Montoya (Puerto Deseado)
Sirenas, Dante Verón (Mar del Plata)
Los míos, Lucio Ricardo López (Sierra de los Padres, Bs. As.)
Antes que sea tarde, María Eugenia Bina (Merlo, Bs. As.)
El Albatros Real, Daniel Molina Carranza (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)
Pleno, Alejandro Robino (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)
Soy libre, Mía Oliveros Coronel (Mar del Plata)
Volver al mar, Stella Maris Vilas (Patricios, Bs. As.)
Algo está cambiando, José Luis Comita (Santa Clara del Mar)
De tierra y de mar, Facundo Álvarez (Mar del Plata)
De petreles, albatros y marinos, José Luis Pafumi (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)
Petrel Pucará, Sonia M. A. Agustini (Caleta Olivia)
Marina, Marcela Sofía Kerpitchian (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)
El que camina sobre el agua, Claudio Enrique Machado (Necochea)
Albatros, Lilian Hussonmorel (Mar del Plata)

El sueño de Hernán, Patricia Picardi (Ingeniero Maschwitz)

El vuelo rasante, Mabel Delia Parra (Mar del Plata)

Pelu, el albatros viajero, María Elena Marc (Mar del Plata)

Durante el ocaso austral, Josefina Lucía Fernández (Mar del Plata)

Awenaki, de tierra y mar, Mariela Raquel Idiart (Balcarse)

Sobre los castigos de un marinero, Brian Escalante (Mar del Plata)

Mixta affectus, Alejandra E. Sotelo (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)

El albatros y el marinero, Ana Verónica Ortiz (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)

Mi amigo el albatros, Ricardo Amaya (Don Torcuato)

Rojo sobre blanco, Héctor Núñez (Cañada de Álvarez)

Alma de marino, Marcelo Tarapow (Base Naval Puerto Belgrano)

Ruidos molestos, Esteban Nicolás Gaitán (Mar del Plata)

Los tres albatros, José Guillermo Caride (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)

El viaje de Pipe, Paola Lamacchia (Mar del Plata)

Una historia en el mar, Cecilia Kasman (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)

Un albatros y yo, Mary Luz Farfan (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)

Encuentro, Rocío Macarena Jiménez Gallardo (Mar del Plata)

Relato de un rescate, Paula Celeste Martínez (Las Grutas, RN)

En busca del Petrel, María Ester Millán (San Antonio Oeste)

El robo de una promesa, Lucas Emanuel Ojeda (Choele Choel, RN)

El abrazo de Venancio, José Luis González (Mar del Plata)

Infancia en Miramar, Gabriela M. Robledo (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)

Desencuentros en Isla Arce, Vanina Morales (San Antonio Oeste, RN)

La leyenda del albatros

Por Joaquín Casari, 10 años.

Hace mucho tiempo, hubo un cacique que se casó con una muchacha. El cacique era malo y estricto con su esposa.

Un día la muchacha salió a caminar a la orilla del río, luego de caminar unos minutos se cruzó con un campesino y al instante se enamoraron. Juntos empezaron a salir a escondidas del cacique.

Un día el cacique ordenó a los guardias de seguir a su mujer. Tiempos después llegaron los guardias con anuncios de que la muchacha estaba saliendo con un campesino.

El cacique se enfadó y mando a que los tiraran al agua. Los guardias obedecieron y los arrojaron al agua. Como ellos no podían nadar más del cansancio empezaron a aletear hasta que emprendieron el vuelo convirtiéndose en dos hermosos albatros, que volaron hacia su libertad.

Una amistad para siempre

Por Huilén Sandoval Suárez, 9 años.

En el Sur de Argentina viven los albatros, unas hermosas aves. Un día un señor llamado Santiago pescaba por la zona, unas horas después de ver que iba a llover regreso a su casa. Cuando estaba en su hogar esperaba a que termine la lluvia para seguir pescando. Después de esperar unas largas horas agarró su caña y su bote fue al mar. Al ver algunos albatros se enamoró de esas aves cuando estaba pescando vio algo en el agua, se arrimó y vio un albatros bebé que se estaba ahogando lo agarró y se lo llevó a su casa.

Al día siguiente busco en YouTube como cuidar a un albatros bebé. Después de algunos días se encariño con el ave entonces le puso de nombre: Alitas, porque cuando la encontró tenía un ala rota.

Mientras pasaban los días Santiago escribía en su diario todo lo que hacía Alitas mientras crecía. Un día Santiago salió a pescar y dejó a Alitas en su casa como hacía siempre, cuando Santi vio que no había muchos peces en el mar, decidió regresar a casa, al entrar ve que Alitas esta alterada viendo algo en la ventana Santi se dio cuenta de que estaba viendo a otros albatros volando alrededor de la casa.

Al otro día pensó que debería liberar a Alitas cuando fue a pescar se llevó a Alitas con él, cuando se acercó a la orilla de la playa agarró a Alitas y la dejó volar para que vuele con su mamá. Cuando llegó a su casa empezó a extrañarla mientras veía la libreta con todo escrito sobre Alitas. Cuando pasaron 2 años Santiago además de pescar empezó hacer avistajes de aves.

Un día Santiago subió a su bote para ver algunos albatros al ver una de esas aves acercándose a su bote vio que tenía una cicatriz en su ala derecha y se dio cuenta que era Alitas, ella lo guio a su nido donde Santiago se emocionó porque tenía familia: cuatro huevos.

Santiago siempre iba a visitarlos todos los días un día fue y vio que intentaban volar los hijitos de Alitas. Cuando se dio cuenta de que ya había poco viento entonces las aves se cayeron al mar Santiago corrió para salvarlos, pero pudo salvar a un solo pichón los otros tres murieron. Se llevó al ave bebe herida a su casa, le puso de nombre Luna, después de unos días Luna se recuperó y la llevo con su mamá Alitas.

Desde entonces Santiago le deja comidita en la ventana de su casa así Alitas y Luna lo visitan muy seguido y FUERON FELICES PARA SIEMPRE.

El viejo barco de Quique

Por Thiago Agustín Navarro, 10 años.

Había una vez un pescador al que lo llamaban Quique. Él era un hombre gruñón, malhumorado y poco sociable. En el puerto argentino se cuenta que perdió a su familia en un incendio, desde entonces él es así. Antes era una persona amable, cariñosa que vivía en una bella casa en la ciudad de la Plata, pero desde aquel accidente vive en un viejo barco, con el cual cada semana sale a navegar por el Mar Argentino, ubicado en el océano atlántico, que se extiende desde el Río de la Plata hasta las Islas Malvinas.

Una semana de julio en pleno invierno Quique navegaba sin problema hasta que comenzó una fuerte tormenta. La tormenta hizo una ola gigante que arrastró un ave llamada albatros que cayó de pecho en el barco de Quique, quien se quedó asombrado como aquella ave, con sus cortas patas se tropezaba con todo lo que se encontraba en el camino. Quique como una estatua observaba a esa ave de cola corta, pico fuerte con forma de gancho con aberturas nasales que terminaban en tubos, alas largas, delgadas y su plumaje en tonos blancos, negros y grises. Intentaba una y otra vez levantar vuelo sin conseguirlo, ya el albatros cansado se dio por vencido, se acurruco en un rincón del barco. El pescador se acercó lentamente ofreciéndole un pescadito, para que el ave no se asuste y confié en él. Al acercarse pudo ver que tenía una de sus cortas patitas lastimada. Decidió ayudarlo vendiéndosela. Lo alimentó y cuidó durante días.

Una mañana escuchó por la radio que la tormenta no pararía y que sería aún más fuerte. Por lo que Quique decidió retomar el camino al puerto, pero la gran tormenta llegó antes de lo esperado, el pescador con su viejo barco luchaba contra las corrientes, grandes y fuertes olas que no permitían avanzar:

—¿Cómo puedo ayudarte?

—No, aún tu patita está muy débil como para ayudarme.

—Pero si puedo levantar vuelo puedo ir a pedir ayuda, mis alas son rápidas y fuertes.

—¡Con esta tormenta no lograrás llegar al puerto argentino!

Después de mucha discusión el ave logro convencer al pescador, que le permitió ir a buscar ayuda en forma de agradecimiento por lo que había hecho por él. El albatros sin perder tiempo levantó vuelo y se dirigió al puerto. Al llegar allí se encontró con varios pescadores, les contó lo que le estaba sucediendo a Quique. Sin dudar ni un segundo los pescadores salieron en sus barcos al rescate, el ave los dirigió hasta el lugar exacto donde se encontraba el barco de Quique. Los pescadores le pidieron a Quique que abandone su viejo barco:

—¡Con el nunca lograrás cruzar la tremenda tormenta!

A lo cual Quique se negó una y otra vez, ya que era lo único que le quedaba. Los pescadores al ver que no lo dejaría, decidieron atarlo a sus barcos uno de cada lado. Así lograron cruzar la tormenta las tres navegaciones. Al llegar al puerto Quique muy agradecido con los pescadores juró cambiar su forma de ser. Ya no saldría solo a navegar, pues ahora contaba con compañeros y, por otro lado, el albatros cada mañana en su recorrido por el Mar Argentino, para en la punta del mástil de aquel viejo barco.

Salvemos a las especies

Por Alma Luján Céspedes, 10 años.

Había una vez, un marinero llamado Pedro, él era bueno la gente lo adoraba, trabajaba en la pesca y le entregaba pescado a las familias más necesitadas. Pedro con sus 45 años estaba disfrutando del verano, aunque era su día de descanso, se fue a pescar para ver a sus amigos delfines. Amaba el mar, sus aguas cristalinas, pero le daba miedo las profundidades, admiraba como se sumergían los peces.

Cuando navegaba, se encontró con una isla nueva para él, su arena parecía una almohada de oro, suave, radiante, el sol parecía su dueño. Le llamó mucho la atención porque estaba rodeado de tiburones hambrientos. Cuando vio por los binoculares, se dio cuenta que vivía una familia de albatros y petreles, especies que están en peligro de extinción. El albatros era un macho, tenía su ala lastimada y no podía volar, el petrel era una hembra y estaba cuidando un huevo.

El marinero Pedro, fue valiente y espantó a los tiburones hambrientos, con su barco grande y veloz. Luego de espantar a los tiburones, agarró una jaula, se bajó del barco, se dirigió a la isla desconocida. Demostró su confianza a las aves y así, dejaron tomar con mucho cuidado el huevo. Lo puso en la jaula y también al Albatros y la Petrel.

Mientras que los llevaba al veterinario, se dio cuenta que el huevo se estaba rompiendo y puso los motores a máxima velocidad. Al llegar a la ciudad, se bajó, agarró la jaula y corrió al veterinario más cercano.

Después de unas horas....

Los veterinarios le dijeron que estaban todos bien menos el Albatros, que tenía un ala lastimada y no podía volar, le pusieron un yeso. El bebé ya nacido era muy pequeño, suave, marrón, como las hojas secas. Muy gritón, seguro por hambre. Él quiso adoptarlos, hasta que sanen, porque no tenía con quien dejarlos.

Unas horas más tarde...

Pedro llegó a su casa con el ave bebé y su mamá. Les dio de comer y veía como les encantaba su patio floreado. La mamá le enseñaba a volar al bebé. Pedro a la mamá la llamo Patricia, al Albatros lo nombró Alba y al bebé, que era nena, le puso Al petrel.

Pedro, los cuidaba con mucho amor, fascinado que una especie en extinción visitarán su casa.

Cuando se curó el Albatros, le sacaron el yeso. Pedro le enseñó a volar agitando las alas. Se hicieron muy amigos. Al cabo de unos meses, los dejó libre. Volaron felices los tres.

Pedro nunca se olvidó de ellos. En sus días de descanso, los visita, en la isla brillante. Ni bien escuchan su barco, Patricia, Alba y Al petrel, vienen a recibirlo.

Desde aquel día, Pedro sumó a su trabajo de pesca, ponerse a investigar, rescatar y luchar por las especies en extinción.

El Mar Argentino nos necesita

Por Lucas Nicolás Espósito, 10 años.

Había una vez un niño de diez años, llamado Nicolás Espósito que, aburrido en la cuarentena, se le ocurrió la idea de investigar sobre el Mar Argentino. Entonces, interesado por saber cosas del Mar de nuestro país, leyó para conocer todas las especies de animales que en ese mar habitan y descubrió que muchas ellas pueden desaparecer por culpa de los residuos y por los barcos pesqueros. Esa tarde él vio un video el cual narraba que los albatros y petreles (aves marinas), pasan gran parte de su vida y comen en el mar. Estas aves están en peligro de extinción, ya que mueren unas treinta mil por año, ya que son capturadas en barcos palangreros, que son extensas líneas con miles de anzuelos.

Pasaron unos días y Nicolás llamó a su amiga Matilda, que es bióloga marina, y le contó que el Mar Argentino: “Es un mar litoral y epicontinental, ya que cubre la plataforma Continental Sudamericana hasta los doscientos metros de profundidad. Tiene una extensión de novecientos noventa mil kilómetros cuadrados, desde el Río de la Plata hasta las Islas Malvinas inclusive, esto lo hace uno de los mayores y más ricos blancos de pesca del planeta”. Matilda le regaló una revista científica a Nicolás que hablaba sobre que solo el diez por ciento del Mar Argentino es área protegida y custodiada.

Al otro día, Nicolás se levantó muy temprano y llamo por teléfono a sus señoritas llamadas Agustina y Marcela, él les dijo que había investigado sobre el Mar Argentino como ellas una vez le pidieron y al ver un video, leer revistas y libros, como los que le recomendó su amiga Matilda, descubrió que el Mar Argentino tiene partes rocosas y que ahí viven los corales que son arrastrados por los barcos pesqueros y si los corales desaparecen van a morir las estrellas de mar, erizos y esponjas.

Nicolás aprendió que los arrecifes de coral son uno de los ecosistemas marinos con una mayor biodiversidad. Estos se forman a raíz de corales duros, que con sus esqueletos de carbono de calcio forman grandes estructuras tridimensionales. Luego de contarles a sus señoritas todo lo que él descubrió, se quedó pensando que fue muy feo enterarse que todas esas especies del Mar Argentino están en peligro y que algunos chicos dentro de unos años no podrán conocer a estas. Por eso esa noche no pudo dormir.

Al día siguiente, llamó a su amiga Matilda y le preguntó: –¿Qué puedo hacer yo para ayudar? Entonces ella le respondió:–Te prometo que cuando pase la cuarentena podés venir a ayudarme en mi proyecto: “El Mar Argentino nos necesita”, dando charlas en los colegios y alertando a los barcos pesqueros para que se vayan de las zonas protegidas de Mar Argentino. Esa noche, Nicolás durmió feliz y soñó con ballenas, gaviotas, focas, tiburones, tortugas, albatros y petreles.

Un marinero en el mar

Por Merlín Gabriel Romano, 8 años.

Había una vez un marinero flaco que se llamaba Martín al que le gusta mucho atrapar peces para comerlos. Un día en su barco navegaba por el mar argentino en la zona de Miramar. Sacó su caña, pensó que atrapó un pez, pero no, resulta que atrapó un ave pequeña, era un Albatros y sin querer con el anzuelo le lastimó una patita. Es muy triste y doloroso pensó, ¿qué puedo hacer? Lo voy a ayudar poniéndole en la lastimadura una curita. Que difícil fue ponerle la curita, porque el ave se movía mucho y le dolía mucho, sólo pensaba en volar y alejarse. Fue por eso que Martín lo dejó libre y mientras volaba le puso de nombre Thiago.

El albatros se encontró con un ave muy grande, era un Petrel llamado Santino. Los dos estaban tan hambrientos que fueron de pesca, volaron juntos hasta que vieron un pez llamado Agustín. Ambos se sumergieron en el agua en su búsqueda y se pelearon al no poder compartirlo. Santino que era más grande y fuerte le sacó la curita a Thiago y del dolor se hundió muy muy profundo en el mar.

Thiago intentaba nadar, pero el dolor se expandió a sus alas y fue cuando vio aparecer a un buceador llamado Simón, al que le gustaban mucho las aves y por ello ayudó al albatros sin dudar. Subió nadando para sacarlo del agua y cuando salió se encontró con el barco de Martín. Tuvo que nadar rápidamente hacia él para pedirle ayuda, ya que un tiburón lo mordió en la rodilla queriéndole sacar al ave de sus manos.

Por suerte Martín lo ayudó y muy rápido los subió al barco. La sorpresa es que de los brazos de Simón salió su mascota llamado Bastián un tiburón más grande que el anterior. Todos viajaron en el barco hasta la costa donde Thiago se recuperó rápidamente.

Santino se creyó poderoso por su tamaño y se lo dijo a sus hijos, los que escucharon su historia atentamente. Un día apareció un gato que se llevó a los hijos del petrel, este se enojó mucho y le pidió al albatros que lo ayudara a salvar a sus hijos del gato que se los había llevado.

Ambos buscaron por toda la costa y no los encontraron, mientras buscaban; un perro les dijo que buscarán en el bosque porque no creía que el gato estuviera por la costa. Y salieron los dos volando para el bosque, este era verde con muchos árboles que les tapaban la visión, por lo que tuvieron que dejar de volar para caminar.

Caminando iban más lento, cuando se encontraron con una yegua llamada Paqui, todos se subieron a ella y llegaron muy rápido a la ciudad donde creían que se escondía el gato con los hijos de Santino.

Tocaron a la puerta de la casa de una vecina llamada Brenda entraron y atraparon al gato llamado Astor. Este decía que no los quería comer, sólo quería protegerlos de un lobo llamado Merlín que se quería comer todos los animales que encontraba en su camino, porque nadie lo quería y eso lo enfurecía.

Todos juntos fueron en búsqueda de Merlín, a quien rápidamente encontraron en su cueva. El lobo no intentó atacarlos porque estaba muy triste y solo. Los animales lo invitaron a formar parte de su grupo de amigos. Todos en el bosque y la costa pudieron jugar juntos.

Un viaje diferente

Por Lola Onofri Bugiolocchi, 9 años.

Un día de verano, el pequeño y muy muy curioso albatros llamado Plumas, contento recibió la noticia de que iba a hacer con sus padres y toda la bandada, su primer viaje de larga distancia. Emocionado, Plumas emprendió su viaje por el mar argentino.

Junto con la bandada y con sus padres, Sur y Blanca, Plumas emprendió el viaje por el gran mundo que se escondía. Luego de un rato se cruzaron con unas gaviotas muy simpáticas, pero no se pudieron quedar para charlar, Plumas dijo que no importaba, él quería viajar y ver el océano.

Se cruzaron con un barco de pescadores, del cual se alejaron rápidamente. Plumas preguntó por qué, y sus padres le dijeron: los humanos pescan, Plumitas, y eso puede meternos en problemas, porque no hay comida para nosotros, o nosotros mismos podemos quedar atrapados con sus redes.

Unos meses después, Plumas había hecho muchos viajes, sus plumas ya eran en su mayoría blancas y ya era bastante maduro, pero muy curioso, le llamaban mucho la atención esos “humanos” tan peligrosos.

Entre tantos viajes había conocido a una amiga, curiosa como él, su nombre era Agua. Eran muy buenos amigos, y los dos se preguntaban ¿Todos los humanos son peligrosos? Entre viajes y viajes, Plumas y Agua iban juntos hablando sobre los tales “humanos”.

Cuando los dos crecieron, ya eran todos unos albatros, pero seguían teniendo la curiosidad de un polluelo, hasta que un día en uno de sus tantos viajes vieron un barco muy muy grande, no tenía redes ni nada por el estilo, pero sus padres los apartaron igual. Plumas y Agua enojados les dijeron a sus padres que ya eran mayores y salieron volando hacia el barco, los padres de Plumas se quedaron muy asustados, volaron hacia ellos y segundos más tarde los de Agua hicieron lo mismo.

Plumas y Agua se sentían culpables, pero siguieron volando cuando la madre de Agua, llamada Marea dijo “ya son mayores, creo que se saben cuidar, además ese barco no tiene redes”. Los padres de Plumas y el padre de Agua llamado Astro asintieron, un poco nerviosos y volvieron con la bandada, eso sí, muy muy asustados.

Mientras tanto, los dos compañeros de aventura avanzaron hacia el barco, nerviosos pero emocionados, toda su infancia habían soñado con ese momento.

Unos niños, de no más de diez años los vieron llegar, sus nombres eran Mateo y Alma, pero ellos, sus padres, sus abuelos y en general, toda su familia eran muy buenos con todos los animales y no los espantaban, ni los corrían, en general los respetaban.

Ellos se quedaron impresionados, los pájaros estaban demasiado pacíficos, se acercaron lentamente y los observaron más de cerca, anotaron en su libro de viajes la especie que habían visto y los intentaron dibujar.

Alma, la hermana menor estaba a punto de ir corriendo a buscar a sus padres, pero su hermano mayor le dijo que si se movía los iba a espantar. Los dos se quedaron impresionados al ver que se quedaban observándolos, ya que los albatros usualmente no se comportaban así. De repente Alma se paró y en contra de las advertencias de su hermano, les dijo con su alegre voz “hola”, curiosamente, en el mismísimo instante en el que Alma habló, Plumas hizo con su pico una especie de cuak lo que hizo reír mucho a Alma y a Mateo.

Ellos pensaron ¡qué suerte que no fueron a parar a un barco de pesca!, fue muy atrevido de su parte venir, y en voz alta Mateo dijo: “sé que no me escuchan, pero deben volver con su bandada, allí estarán más seguros”, Plumas y su amiga se miraron y negaron con la cabeza. Los

dos hermanos se quedaron helados, ellos los habían entendido, Mateo, que era el más valiente, les dijo, muerto de miedo: ¿p...p... pueden entendernos? Los dos amigos se miraron entre sí y dijeron: ehh sí... pero Alma y Mateo solo entendieron “Cuacck”. Esto era raro, además de muy pacíficos esos albatros entendían lo que decían, tal vez todos los pájaros lo hacían, pero como ninguno se acercaba, más que palomas en la calle, (y eso que nadie anda saludando a las palomas) no se habían dado cuenta.

Luego de unas dos noches durmiendo en ese barco, conviviendo con Alma y Mateo, a los que entendían, pero no podían entenderlos a ellos, ya habían aprendido mucho más de lo que sus padres habían querido contarles, ellos eran una especie en peligro de extinción y corrían grave peligro.

Alma y Mateo les contaron que ellos y sus padres siempre protegían no sólo a los albatros, sino a toda la naturaleza, lo cual hizo que les tomaran mucho cariño. Agua y Plumas sintieron que ya era hora de ir con sus padres, se despidieron de sus amigos con mucho afecto, pero apenas salieron, se dieron cuenta de algo: esa no era toda la aventura, era solo el comienzo, iba a costar más tiempo encontrar a su bandada que todo el tiempo que estuvieron ahí. Se dieron cuenta de que fue una mala decisión haber ido hasta el barco por más que conocieron a los humanos, que tanto querían conocer.

Luego de horas de viaje, pararon a comer, ya que estaban hambrientos. Agua, que era mucho mejor que Plumas pescando, bajó a pescar, pero había una red en la cual Agua se quedó atrapada. Plumas la vio mientras se acercaba un grupo de pescadores, pensando que era un rico pez, con su pico iba mordiendo, pero no podía, era ahí cuando comprendió que en serio eran peligrosos los humanos, recordó los momentos que pasó con su amiga, se armó de fuerza y logró sacar a Agua de la red, Gracias amigo, te debo una, le dijo Agua, creí que no saldría de esta, continuó.

Viajaron y viajaron, en el sentido contrario de donde habían venido, una buena estrategia. A lo lejos vieron muchos pájaros, pero se dieron cuenta que eran gaviotas, por el largo de las alas. Apenados siguieron viaje, volando y volando, pescando y pescando, no se cansaban, claro ellos podían volar mucho y muy rápido, pero ese era el problema, la bandada también.

Mientras tanto, Sur y Blanca, los padres de Plumas, y Marea y Manchas, los padres de Agua, volaban tristes, pensando en qué les pasó para dejar a sus hijos solos.

Los compañeros de aventura, habían pescado su pescado favorito, eso los animó para seguir vuelo, cuando a lo lejos vieron sin dudas, a su bandada. Volando a toda velocidad fueron a abrazar a sus padres, y bueno, eran bastante mayores como para escaparse así, pero bueno, Agua y Plumas eran dos albatros especiales, muy especiales.

La gaviota despistada

Por Melody Milagros Llanos, 10 años.

Hola mi nombre es Flopy y si me preguntan... sí, soy una joven gaviota marplatense, vivo en el hermoso puerto de Mar Del Plata, no sé si ustedes lo saben pero yo tengo un gran problema y es que mi alimento solido está en el mar y mi fuente de agua en una laguna entonces cada vez que desayuno, almuerzo, meriendo o ceno tengo que vivir una odisea hasta llegar a la reserva, si bien está relativamente cerca, pero no se crean que es muy fácil llegar ya que tengo que atravesar cientos de obstáculos desde los enormes lobos marinos, también los molestos y gritones perros salvajes, personas que me espantan, algunos incendios, hasta los molestos patos y mala onda que viven en la reserva.

Una mañana me dio mucha hambre y fui a buscar comida, en el sector del puerto, donde están los lobos marinos, se veían de lejos un montón de peces queriéndose escapar, yo no dudé y me acerqué para obtener mi almuerzo, cuando bajo al mar de golpe siento que alguien me toma de atrás, todo se veía oscuro, y... ¿quién era? un bebé lobito, que me tuvo como juguete durante unas cuantas horas, yo sin poder comer, opté por tratar de que se duerma para poder escaparme, pero mi graznido era bastante grave, lo que hizo que el bebé lobo se asuste, rápidamente viene una multitud de lobos a espantarme, eran enormes y hacían ruidos muy raros que me hicieron asustar, me fui volando como nunca volé en mi vida, sin parar, y de repente aparecí en la playa, donde se encontraba un grupo de personas, me resultó extraño, ya que hace varias semanas que no venía gente, no llegue a frenar y casi me choco con ellos, me empezaron a pegar con su ropa y caí cerca, pero no venían solos, trajeron perros a la playa, ¿cómo van a hacer eso?, eran perros del mismo tamaño que yo, pero... ¡eran bravísimos!, no paraban de ladrarme, estuve unos minutos en la arena, sin poder levantarme, cuando logré ponerme de pie, estos perros me empezaron a correr, yo no estoy acostumbrada a caminar, generalmente me transporto por el aire, pero algo le había sucedido a mi ala, y me costaba largarme a volar, fue ahí que me di cuenta que estos perros no me querían hacer daño, estaban jugando conmigo, me quede un rato con ellos, hasta que pude volar. Yo aún seguía sin almorzar y ya se estaba haciendo de noche, recordé que por acá cerca había pescados muertos, no son tan ricos como los recién salidos del agua, pero no me podía poner exigente.

Al ratito me metí a una de las fábricas, había sobras, porque ya era bastante tarde, no estaban muy sabrosos, de allí me dirigí hacia la reserva a beber agua, y me encontré con los patos, esos que nunca me dejan entrar, no los entiendo, yo no los molesto... bebo agua y me voy, hoy no estaban solos, había otra gaviota, y me dijo:

—Sabes que tú también puedes tomar agua salada del mar

—¡Estás loca me querés descomponer! Nadie puede tomar agua salada.

—Inténtalo y verás que no te pasara nada y si no quieres quédate con los líos de siempre...

Después de la pequeña charla pensé en lo que mi nueva amiga me había dicho y lo intenté, me fui al mar a tomar el agua salada como ella había dicho y el agua no estaba tan fea y salada como pensaba, desde ese momento comencé a seguir su consejo y no tuve tantos problemas como antes.

Si tan sólo hubiera sabido que podía además de agua dulce podía tomar agua salada me hubiera ahorrado miles de problemas, pero con todos esos líos aprendí muchas cosas, viví una aventura muy emocionante y graciosa porque... ¿quién tendría un problema tan confuso como este?

Y esa fue mi alocada historia...

El amor al mar

Por Leandro López, 11 años.

Hace mucho tiempo, una bandada de albatros vivía en el desierto, un lugar muy, muy caluroso y solitario. El deseo de esta bandada era conocer el mar y soñaban con ese lugar inmenso lleno de vida, con muchas especies de peces y vegetación.

Fue así que decidieron emprender vuelo hacia la playa, pero cuando se acercaron, el reflejo del sol les lastimó tanto los ojos que tuvieron que volver al desierto cálido y sin agua.

Día tras día intentaron volar sobre el mar, lo hicieron con lentes de sol pero los perdían durante el vuelo. También probaron con los ojos cerrados, pero no podían ver por donde volaban y se caían al agua.

Después de mucho intentar y sin lograrlo, decidieron reunirse y debatir, muchos querían rendirse, otros querían pedir ayuda y en ese momento, el albatros más anciano de la bandada dijo que recordaba algo:

—Podemos llamar a la madre naturaleza.

El grupo lo escuchaba con atención, sentían que podía ser una gran idea. El anciano continuó con su relato:

—Para que nos escuche necesitamos entonar un canto especial, una hermosa melodía que llame su atención y de esa manera ella aparecerá.

Y así fue que la bandada, todas las noches practicaba el hermoso canto y lo harían hasta que todos pudieran recordarlo y entonarlo a la perfección. Después de muchas noches de práctica el anciano dijo:

—Ya estamos listos.

En ese momento empezaron todas las aves a cantar, el sonido era tan bello que los alentaba a continuar intentándolo. Finalmente sucedió, lo lograron. La madre naturaleza surgió desde la arena y dijo:

—¡Albatros! ¿Qué puedo hacer por ustedes, en esta noche de luna llena?

Y el jefe de la bandada le dijo

—¡Oh gran madre naturaleza! Necesitamos algo para nuestros ojos, para que el reflejo del sol en el agua del mar no nos lastime la vista.

Ella pensó y pensó. Los albatros se impacientaban, cuando de repente su bella voz se oyó en el silencio de la noche:

—Esperen hasta la mañana, cuando el primer destello de sol disipe la noche, y verán en sus rostros, mi regalo para que puedan volar sobre el mar.

Esas fueron sus únicas palabras, luego desapareció.

Los albatros se fueron a dormir y al despertar, tal como lo había dicho la madre naturaleza, notaron en sus rostros unas manchas oscuras.

—¡Tenemos cejas! ¡Tenemos cejas!

Gritaban todos felices. Casi sin pensarlo alzaron vuelo rumbo al mar. Cuando llegaron, se dieron cuenta que el reflejo del sol ya no les lastimaba los ojos y felices volaron y volaron sobre el mar. Miles y miles de kilómetros hicieron, casi dan la vuelta al mundo, pero decidieron quedarse en las costas de Argentina. Los marineros las veían volar y decían:

—Qué hermosas aves y qué lindo su vuelo.

Después de volar bastante, la bandada de albatros tuvo que decidir donde quedarse, algunos querían seguir volando en el mar, y otros pensaron que debían buscar un lugar en las playas para hacer los nidos y de esa forma estarían cerca del mar.

Desde ese día, cuando estamos en las costas, podemos ver a estos valientes albatros con sus cejas negras, felices y planeando sobre las olas, celebrando que se animaron a luchar por sus sueños.

La osa y sus garcitas

Por Aimara Cabezón Terán, 9 años.

Un día, una garza se había perdido en el sur y pensó que una osa polar era una garza gigante, temerosa pero valiente fue a pedirle ayuda y.... ¡ZÁCATE! De un zarpazo la osa se la devoró.

Meses después la osa tuvo crías y junto a ellas salieron muchas garcitas. Resulta que la garza que se había comido la osa estaba preñada y la osa se comió la garza tan rápido que no llegó a dañar las garcitas...

En fin, la osa las quería igual, había 6 garcitas, Garci, Leni, Sili, Mili, Neli y Meli andaban todo el día de aquí para allá juntas. Eran exploradoras y curiosas, agradecían mucho sus regalos y eran muy amigables. Se hicieron grandes y Meli tuvo crías. Ahí vino la sorpresa cuando vieron que aparte de garcitas había ositos y no porque se haya comido a una osa polar preñada, sino que era por herencia.

El lenguado saltarín

Por Luca Savegnago Perosio, 10 años.

No hace mucho tiempo ocurrió esta historia, de un lenguado saltarín, que tenía muchos amigos el león marino, el elefante marino, el pulpo, y por último el pingüino. El lenguado y el pingüino son mejores amigos, y se protegían entre sí, hasta que un día un barco pesquero lo pescó, y el lenguado no podía saltar tan alto entonces fue saltando a llamar a sus amigos, mientras que el pingüino estaba encerrado en una jaula al lado de dos aves un albatros y un petrel hasta que vino el lenguado, y en el camino el lenguado se hizo unos amigos lenguados, y saltó con sus amigos, y entonces tiraron a la tripulación incluido el capitán y salvaron al pingüino.

El albatros y el petrel fueron a la casa del lenguado, celebraron y vivieron felices para siempre...

Una aventura inesperada

Por Matías Kaplan Fernández, 7 años.

Había una vez hace mucho tiempo unos marineros y un capitán que navegaban por el Mar Argentino en una expedición en búsqueda de nuevas tierras. Un día el capitán vio una bandada de albatros y petreles a lo lejos, se subió al carajo para verlos mejor y vio que estaban volando y de repente se zambulleron y desaparecieron en el horizonte. Les dijo a sus marineros que se dirijan hacia los albatros y petreles y uno de los marineros le contestó al capitán:

–¡Pero capitán se dirigen hacia una tormenta!

–No importa, se dirigen hacia el ojo de la tormenta y allí no caen los rayos –dijo el capitán.

Pasadas las horas llegaron a una isla donde estaban todos los albatros y petreles. Viendo eso el timonel se distrajo, encallaron y se quedaron varados en la isla. El capitán dijo:

–¡Agarraren todo lo necesario y desembarquen!

Al pisar la isla se fueron a buscar un refugio porque ya era de noche, afortunadamente encontraron uno rápido en una cueva. Se pusieron cómodos y prendieron un fuego, comieron y se fueron a dormir.

Al día siguiente se pusieron en marcha para arreglar su barco, agarraron madera y arreglaron un poco el barco y comieron. Después de eso estaban cansados y se fueron a dormir, excepto el capitán y un marinero que con su sextante trataban de saber dónde estaban mirando las estrellas. Descubrieron que estaban en una isla nueva, dentro del territorio argentino pero que no figuraba en los mapas.

Al día siguiente descansaron y un albatros se les acercó, parecía que quería ser su amigo. Se metió a su cueva y les dio madera para que arreglaran otro poco su barco. El capitán le dio un poco de su comida.

Luego de varios días terminaron de arreglar la popa de su barco, pero aún no tenían timón ni vela. Tuvieron que meterse en el centro de la isla para encontrar la vela que había sido arrastrada por el mar y el viento. La encontraron luego de cinco horas de búsqueda. Cuando regresaban vieron que el albatros que los había ayudado estaba lastimado. Tenía un ala lastimada y no podía planear. Fueron a ayudarlo, no podían seguir con su búsqueda del timón, tenían que ayudarlo, se lo debían. Con mucho cuidado, le envolvieron el ala con un pedazo de tela de la vela y lo llevaron hasta la cueva que usaban de refugio para que descansara allí.

Luego los marineros continuaron con su búsqueda del timón. Tuvieron que rodear toda la isla buscando los materiales para reconstruir el mecanismo del timón. Con sus machetes juntaron ramas y lianas. ¡De repente vieron la sombra de lo que parecía una serpiente gigante! Se fueron corriendo con temor. Pero un rato después volvieron y se dieron cuenta que sólo era una liana enrollada con una piedra al lado.

Al regresar a su cueva se dieron cuenta que les faltaba el timonel y sin él no podían navegar. Volvieron al centro de la isla a buscarlo. Buscaron y buscaron y el capitán se subió a la copa de un árbol y vio al timonel que estaba allí porque se había asustado mucho cuando creyó ver a la serpiente y por eso se había subido al árbol. El capitán le dijo que era solo una liana con una piedra y lo invitó a bajar. Fueron juntos al barco. Estaban todos listos para partir... ¡pero se dieron cuenta que no andaba! De repente se empezó a mover. Todos fueron a ver a la popa que pasaba y vieron que todos los albatros y petreles de la isla los estaban empujando. Así lograron salir de la isla y volver al océano Atlántico.

¡Habían encontrado lo que buscaban: una nueva isla para hacer una civilización argentina! Desde ese día, cada vez que el capitán y sus marineros pasan por allí sabe que siempre van a tener un amigo: el albatros que los ayudó.

El marinero de las aves

Por Lucía Kaplan Fernández, 10 años.

Había una vez, en un lugar lejano a orillas del mar en una isla, una cabaña. En ella vivía un marinero, un viejo solitario que se aislaba de la gente, vivía solo y no tenía familia ni amigos. Cosechaba, cazaba su propia comida, y cosía su propia ropa.

Cada día iba hacia el mar y pescaba lo que encontraba, luego juntaba unas verduras de su huerto. Todos los días repetía el mismo procedimiento y todos los días veía a los pájaros ir y venir de aquí para allá. Algunos días incluso se sentaba a verlos como si eso fuera lo más interesante que había en el mundo, o al menos en su mundo. Veía los albatros y los petreles y pasaba horas y horas sentado en su silla. Cuando migraban el marinero se sentía más solo que nunca, entonces no tenía más compañía que las olas y los insectos.

Un día cuando el viejo se lamentaba de su soledad, ya que los pájaros acababan de migrar, escuchó un débil pitido. Extrañado se encaminó hacia la orilla. Rengueaba, una vieja herida de guerra. Al llegar a la orilla el sonido se hacía cada vez más fuerte. Buscó por un largo rato hasta que identificó que el sonido venía de las rocas, y se encaminó hacia allí. Entre las rocas había algas y musgo, pero ni rastro de lo que emitía ese sonido. El marinero, aún intrigado, siguió buscando hasta que encontró una abertura donde dos rocas largas se juntaban en forma de equis y dejaban una pequeña cueva poco profunda de la que parecía provenir el ruido. El marinero se armó de valor y metió la mano en la cueva. Palpó lo que había adentro hasta que encontró un plumaje, asustado por el repentino hallazgo retiró la mano apresuradamente. Luego de darse cuenta de que no era nada malo volvió a meter la mano, sujetó aquella cosa con plumas que, aparentemente, era lo que emitía el sonido y cuando la retiró tenía en su mano un petrel joven. Se dio cuenta de inmediato que era un petrel por sus distintivas fosas nasales que tenían forma de tubo sobre el pico. Este petrel tenía una mancha negra en el pico.

El viejo no comprendía porqué el petrel no se había ido con su bandada en la migración, pero, al examinarlo más detalladamente se confirmaron sus sospechas: el petrel tenía un ala rota. Decidió llevarlo a su cabaña y curarle el ala. Camino hacia su casa empezó a evaluar las posibilidades que tenía: obviamente no podía dejarlo porque no sobreviviría con el ala rota y solo, se lo comería algún depredador o moriría de hambre. Pero tampoco creía que al petrel le gustara estar encerrado. En fin, no podía liberarlo hasta que se le curase el ala. Cuando llegó a su cabaña le vendó el ala y, con un poco de tela, paja, ramas y musgo, le armó un nido, luego le dio unos pescados y se fue a dormir.

Al día siguiente casi le da un infarto, cuando abrió los ojos esa mañana se encontró con el pico del petrel a pocos centímetros de su cara. El petrel se había salido de su nido y había ido a ver al marinero dormir. Cuando desayunaban, uno un pan y otro un pescado, el petrel saltó a la mesa con el pescado en el pico y lo depositó enfrente del viejo como si quisiera compartir. Pasaron los días y quedó claro que el petrel no tenía ninguna intención de escapar, incluso cuando el marinero dejaba la puerta abierta el petrel sólo se limitaba a dar un pequeño paseo a pie y luego volvía a la casa, a veces incluso acompañaba al marinero al huerto y a pescar y agarraba los pescados que quedaban atascados en la orilla. Pasaron las semanas y el viejo se encariñó con el ave. El petrel era el mejor compañero que había tenido, lo hacía olvidarse de su soledad, tanto así era que temió el día que se le curase el ala y fuera a reunirse con su bandada. Por fin ese día llegó, el marinero con pesar, pero decidido a liberar a su amigo, le quitó el vendaje y lo llevó a la orilla del mar, lo lanzó para arriba y vio cómo se elevaba. El petrel, feliz de poder volar de nuevo describió amplios círculos en el cielo y se adentró en el mar, pero, siempre leal a su salvador regresó a los pocos minutos. El viejo no cabía en sí de alegría, no podía creerlo.

Durante meses el marinero y el ave hacían todo juntos: pescaban, cosechaban, comían y dormían juntos. El marinero no sabía qué pasaría cuando las otras aves volvieran, pero eso no le importaba. Lo estaba pasando mejor que nunca. Por fin, luego de meses, la bandada volvió y lo que pasó nadie, ni siquiera el marinero, se lo esperaba.

El petrel al darse cuenta de que su familia había vuelto, pero aún fiel al marinero, fue con su bandada y saludó a su familia, pero luego de algunas horas volvió a la cabaña, agarró al marinero por los pelos y lo arrastró al medio de la bandada. Automáticamente todos los petreles se pusieron a la defensiva, pero el petrel del marinero les hizo entender que no había nada que temer con un fuerte graznido. Durante algunos meses el petrel vivió en dos lugares a la vez, comía, dormía, pescaba y cosechaba, con el marinero, el resto del día lo pasaba con su bandada. Una vez el petrel no volvió a casa del marinero por todo un día, pero cuando volvió al segundo día, no lo hizo solo, volvió con un petrel hembra e intentó que ella y el marinero tomaran confianza. Cuando la petrel accedió a que el marinero la acariciase, satisfecho el petrel salió por la ventana seguido de su pareja. Por meses el petrel vivió así, pero un día el petrel llevó al marinero a la orilla del mar y se reunió con su pareja, los petreles se comportaban raro. Al instante el marinero comprendió lo que iba a pasar: los petreles migrarían. El marinero no había pensado en lo que pasaría cuando tuvieran que migrar, pero por lo visto era evidente. El petrel tenía que migrar por su pareja, para poder tener crías. El petrel se acercó al marinero como disculpándose y tomó su mano con el pico, agarró un anillo que tenía el marinero y se lo puso en la pata, como comprometiéndose a volver.

Esa misma tarde los petreles partieron, el marinero salió a despedirse por última vez de su compañero, y vio como remontaba el vuelo con su pareja.

Durante meses el marinero se sentaba en la orilla a la espera del petrel, pensando dónde irían los petreles cuando migraban y tomando mate. Una mañana, después de meses, el marinero vio una mancha oscura en el horizonte y supo que habían llegado. Esperó a que llegaran y escudriñó a cada petrel buscando a su amigo. Buscó y buscó, pero no encontró por ningún lado a su amigo ni a su pareja. Siguió buscando hasta que se dio cuenta de que su amigo no estaba entre los petreles, pero no se dio por vencido y cada día se sentaba en la orilla del mar y se quedaba esperando a su amigo hasta que se hacía de noche. Al quinto día distinguió dos manchitas diminutas que avanzaban hacia la isla. Cuando se acercaron más distinguió a su petrel y a su pareja, pero el petrel llevaba una pequeña cosa en las patas y su pareja también, pero la suya era más lisa y redonda.

Cuando el petrel llegó, el marinero cayó en la cuenta de que lo que llevaba en las patas era un pichón, pero no un pichón de petrel sino uno de albatros y la petrel tenía una cascara de huevo rota. El marinero corrió al encuentro del petrel, pero se percató de que el pichón estaba débil, lo tomó en sus brazos y corrió a su cabaña. En ella puso el pichón en el nido del petrel y lo alimentó. Luego de asegurarse que estuviera cómodo fue ver a los petreles, ellos estaban cabizbajos y no se apartaban de la cascara de huevo. El marinero lo comprendió al notar que eran una de las pocas parejas que no tenían un petrel joven con ellos. El huevo era su pichón, o más bien lo hubiera sido. El marinero tomó el huevo y notó cierta resistencia de la madre, lo examinó y fue a buscar una pala. Eligió un lindo sitio en lo alto de una colina donde se derramaba el sol y empezó a cavar. Luego tomó un pedazo de madera y formó una lápida, llamó a los petreles, metió sus patas en pintura y las estampó en la madera. Puso con delicadeza la cáscara en el pozo y lo rellenó de tierra, luego clavó la lápida. El marinero y los petreles se quedaron en silencio hasta que se escucharon unos pitidos y el marinero se acordó del albatros. Fue hacia la cabaña seguido de los petreles. Los petreles apenas vieron al pichón fueron a calentarlo, como si fueran sus padres, y el marinero sospechaba que así era ahora.

Durante meses el marinero y los petreles cuidaron del albatros, que crecía rápidamente, y que empezaba a tener costumbres de petrel en vez de albatros. Luego llegó el turno de enseñarle a volar y el marinero le dejó esa parte a los petreles, que ya eran los padres del albatros. La bandada, sin embargo, no estaba tan contenta, pero a la pareja no le importaba.

Llegó el momento de migrar nuevamente, el albatros ya era una fuerte ave joven, y el marinero decidió que esta vez no se quedaría con la duda, seguiría a los petreles y averiguaría a dónde iban cuando migraban. Cuando se preparaban para partir el marinero se armó con una buena cantidad de provisiones, su caña, un diario y pluma para documentar todo lo que vería. Y así zarpó en su velero cuando los petreles remontaron vuelo.

Durante cinco días navegó sin problemas guiado por los petreles, todas las noches escribía en su diario lo que había pasado en el día, los petreles cansados se posaban en su barco y el marinero los acariciaba. Al sexto día se empezaron a formar nubes y cuando cayó la noche se desató una fuerte tormenta. El marinero con sus años de experiencia pudo manejarlo, pero la lluvia no paró en toda la noche. Al séptimo día la tormenta era demasiado fuerte y las olas alcanzaban una altura de siete metros de alto. Cuando empezaba a oscurecer una ola de quince metros de alto se alzó frente al velero, el marinero supo que había llegado el fin, la ola era demasiado alta para pasarla y demasiado ancha para bordearla, agarró el diario y la pluma, se los metió en el bolsillo, se agarró al mástil y cerró los ojos esperando el impacto, un segundo después hubo un fuerte choque, y después todo negro.

El marinero despertó en medio de un montón de plumas y picos, se palpó suavemente la cara sin poder creer que estaba vivo, cuando se recompuso tomó conciencia de que estaba en medio del cielo, y que donde estaba apoyado era en un montón de pájaros. Los petreles lo habían salvado de ahogarse. Cuando se sentó, un petrel muy familiar con una mancha oscura en el pico vino a saludarlo, seguido de su familia: el petrel que había salvado le había devuelto el favor. Durante días volaron en línea recta, el marinero ya no tenía hambre ni sed, y sintió que se había convertido en un ángel guardián, un ángel guardián de los petreles, ya que ellos tampoco necesitaban comer, un ángel vivo. Al segundo día el marinero había encontrado el diario y la pluma en su bolsillo y había empezado a escribir la historia de él y el petrel. Luego de unas semanas, o días, el marinero ya no tenía buen sentido del tiempo, los petreles empezaron a elevarse, y traspasaron las nubes. El marinero no podía creerlo, nunca en su vida había visto algo tan hermoso, el sol naciente bañaba todo con una hermosa luz dorada y las nubes tenían un tono rosado exquisito. A lo lejos unas piedras se elevaban por encima de las nubes. Los petreles se posaron en ellas. El marinero había cumplido su aventura, había encontrado el sitio donde migraban los petreles. Esa noche escribió las últimas palabras en su diario, luego fue hacia el borde de la roca y lo lanzó. El diario sería encontrado por exploradores que intentarían llegar a ese paraíso, pero esa ya es otra historia. El marinero pasó el resto de su vida así, migrando con los petreles, cuando iban para su cabaña vivía en ella y cuando iban a las rocas dormía junto a los petreles, ya que en ese paraíso no hacía frío y no necesitaba comer.

Hay personas que afirman haber visto a un viejo montado en las aves, pero nadie les cree y esas historias terminan cayendo en el olvido, también se dice que en uno de sus viajes el marinero clavó una bandera celeste y blanca en aquellas rocas del cielo, para declarar esas tierras de su patria. Eso sí, el marinero nunca volvió a sentirse solo.

El albatros Pedro es libre.

Por Thiago Benítez, David Gómez, Diego Gutiérrez, Juanita Juárez, Luján Medina, Natalia Miranda, Aylén Morel, David Quiroga, Agustín Vianna, acompañados de la seño Verónica Lazzareschi de la Escuela Especial N° 502 (MdP)*

Había una vez un albatros llamado Pedro que vivía en las costas del mar argentino con toda su familia. Tenía un mejor amigo, Felipe, con quien disfrutaba de explorar los mares y meterse en líos.

Un día volvían de una gran aventura donde conocieron nuevos paisajes y mientras volaban de regreso, ya con un poco de hambre, vieron desde lo alto un barco que estaba pescando calamares, no se pudieron contener y decidieron bajar a comer algo.

Los amigos se tiraron en picada a probar el manjar y mientras lo disfrutaban la red de pesca comenzó a subir. Pedro quedó atrapado en ella y su amigo no pudo ayudarlo. La red subió al barco y lo único que Pedro pudo ver fue la sonrisa de Juan, un pescador coleccionista de aves que lo metió rápidamente a una jaula.

Felipe desesperado fue en busca de ayuda y volvió con la familia de Pedro a esperar el momento oportuno para el rescate.

Finalmente, cuando el barco llegó a puerto y toda la tripulación desembarcó, nuestros héroes descendieron a rescatarlo, usando sus fuertes picos para abrir la jaula.

Cuando Pedro quedó en libertad les mostró que la jaula le había lastimado un ala y no podía volar. Entonces, su mamá y su papá lo pusieron en una red y lo llevaron hasta su hogar, en el camino le hicieron prometer que tendría más cuidado la próxima vez que saliera a divertirse. Días después Pedro estuvo listo para salir a nuevas aventuras con su amigo.

*El cuento fue presentado en formato audiovisual con dibujos hechos por les autores.

El sentir de las aves

Por Brisa Pichilli, 17 años.

Cierro mis ojos, puedo escuchar el sonido de las olas acercándose lentamente para hacerme compañía, puedo escuchar el aleteo de las aves rondando el puerto con curiosidad, puedo escuchar cada latido de mi corazón, puedo sentir el silencio que el mar emite. Es un silencio diferente al resto, un silencio tranquilizador y acogedor, un silencio que permite alejarse del mundo, un silencio que ingresa delicadamente a mis oídos, mente y alma. El calor del sol acaricia con cuidado cada rincón de mí, cada cicatriz, cada imperfección, cada capa que me envuelve.

Es lo que el mar me ofrece.

Cada vez que me acerco a él, existe un momento donde trabaja alineadamente con cada cosa que lo rodea, haciendo sentir bien al que se acerca, haciendo sentir que, a pesar de las fuertes olas y tormentas, siempre llega el momento en donde la marea baja, un momento en donde las aguas se calman, un momento en donde la tormenta se esfuma y abre paso a los delicados rayos de sol.

Abro mis ojos, observo con detenimiento el nombre escrito en el mural, observo con detenimiento ese nombre que aún puede producir cosquillas en mi interior, ese nombre que provoca la caída de mis lágrimas.

Recorro con mi dedo índice el contorno de cada uno de los nombres de marineros fallecidos en acción. No puedo evitar pensar en ellos, no puedo evitar sentir el dolor de sus seres queridos, no puedo evitar sonreír al recordar lo valientes que fueron.

La mayoría de ellos eran jóvenes.

¿Cuánto valor se requería? ¿Cuánta valentía había que tener para zambullirse en el infinito mar?

Dejar de lado lo conocido, para servir con orgullo en lo desconocido.

Decididos a vivir diferente.

De repente me encuentro con maravillosas aves volando sobre mí, logro identificarlas inmediatamente gracias a las miles de historias que él me relataba en las cálidas noches de verano, son albatros y petreles, hermosas aves en peligro de extinción. Me hacen sentir viva con tan solo observar la delicadeza de sus alas abrirse paso con fuerza a través de los soplidos que el viento emite. Vuelan alrededor de mí, y por unos segundos llego a creer que están jugando conmigo para hacerme sentir mejor, hasta incluso puedo sentir como mis lágrimas se han secado y sale a la luz una risa exagerada que hace tiempo no se escuchaba.

Entonces lo comprendo, comprendo que las aves entienden mi dolor, entienden lo que es perder a alguien amado, entienden lo que es que alguien de tú especie deje de volar.

Y en ese momento, las aves y yo compartimos un mismo sentir.

Me llena de fuerzas, para luchar por el futuro que me espera, proteger a los que no tienen voz, proteger a cada ser vivo que habite en nuestras tierras.

Observo el barco esperando por mí, observo a mis compañeros marineros despedirse de su familia, observo las aves volar lejos, observo la bandera argentina flamear al ritmo del viento en la punta del mástil, observo como el mar me sonríe.

Le devuelvo la sonrisa. Ya es hora de partir.

Acomodo mi uniforme y regreso mi vista al mural. Me arrodillo y apoyo mi frente en nuestra fotografía, en la fotografía que coloque hace dos años cuando él no volvió, en la fotografía que llevo siempre en mi mente, en la fotografía de un joven marinero y una joven marinera.

Respiro profundamente.

—Gracias —susurro.

El ave que me salvó

Por Gonzalo Linares De La Cal, 13 años.

Un día un chico y su padre fueron a pescar con los respectivos jefes del padre ellos pensaban pescar salmón en la boca del golfo San José el día estaba hermoso como en la mayoría de los días en esta área. El grupo de hombres zarpó con la embarcación *Albatros*.

La embarcación toma el nombre debido a que esa misma embarcación y sus tripulantes años antes había sido salvada por un ave de una especie llamada albatros se caracterizan por tener un cuello grueso, fuerte y largo además de vivir en un hábitat marino.

Esas palabras salían de la boca de uno de los jefes y dirigidas al hijo de su empleado.

El adolescente pregunta con mucha curiosidad:

—¿Cómo es la historia, no entiendo como un estúpido pájaro puede salvar una embarcación con tripulación dentro?

Las siguientes palabras fueron habladas por el jefe:

—Los niños de hoy en día no se sorprenden con nada. Te contaré la historia.

Todo comenzó cuando mi padre y sus amigos fueron a pescar dicha especie de pez. El día estaba exactamente igual que hoy, pero la única diferencia era que en el fondo de ella se veía una nubecita gris. Ellos se adentraron al mar. Mientras se limitaba la vista de tierra firme la tripulación estaba tomando mate y riéndose de chistes que ninguno de ellos comprendía. Luego de media hora de chistes la embarcación llegó a la boca del golfo uno de los lugares más especiales en el mundo, ni en la tormenta del fin del mundo ese lugar se alejaría de la definición de calma. Lanzan el sedal al agua, pero nunca en unos 10 minutos en los que pasaban por la salmonera picó un pez. En ese día no había nada de correntada ni nada de variaciones de temperaturas en el agua. Los hombres al pasar las horas fueron perdiendo la esperanza y comenzó a llegar el aburrimiento.

Los hombres deciden tirarse al agua.

Ninguno se queda en la embarcación.

Luego de unos 15 minutos en el agua los hombres regresan a su embarcación para recibir la noticia de la prefectura avisó que se venía un temporal, sí un temporal. La nube pequeña que habían divisado al comienzo del día se había convertido en un temporal, uno que no podrían esquivar. Se empezaron a angustiar a tal punto que uno decidió comenzar a rezar. Luego de esa primera angustia debido a la desalentadora noticia ellos deciden ir a darse un último chapuzón antes de intentar saliera a flote de unos de los temporales más fuertes en los últimos 150 años. Lastimosamente la tormenta llegó mientras toda la tripulación estaba en el agua.

La tormenta les comenzó a dificultar la vuelta a la embarcación. Sólo uno logró llegar los demás se quedaron atrás. El que se había llegado a subir a bote comenzó a buscarlos a los demás como loco, pero no los encontró.

Luego de un rato de una agotadora pelea contra el mar el único tripulante de la nave divisa un albatros entre la cortina de agua generada por las olas que chocaban contra el bote.

Esta ave comienza a volar en una dirección y el hombre la sigue pensando que la llevará a tierra firme para buscar ayuda y luego a sus amigos. Él lleva dos horas buscándolo y todavía no encuentra tierra firme. Luego de un largo tiempo siguiendo a este animal se da cuenta que hay una caña de pescar flotando en el agua, enfrente suyo. En ese momento decide seguir yendo tras estas aves. Esto era una carrera contra el clima y contra el tiempo porque no sabía cuánto tiempo sobrevivirían sus amigos en estas condiciones tan extremas, pero a la vez tan pacíficas. El clima cada vez empeoraba más por eso era cada vez más difícil seguir a esta ágil ave con un gomón por medio de olas de más de un metro. En momento todo se calma y logra divisar un traje de baño perteneciente a uno de sus compañeros. Se acerca y los encuentra a todos abrazados para mantener

el calor. Luego de más de 30 minutos de intentos fallidos para subir a toda la tripulación al bote lo logra.

Gracias a ese “pájaro de mierda” mi papá y sus amigos siguen vivos.

Ahora entendés porque primero hay que preguntar antes de hablar. El menor contesta que sí.

El jefe pregunta: —¿Alguien sabe quién es el hombre que maneja la lancha ahora mismo? Es mi padre el mismo que fue salvado por ese hermoso espécimen. Si no queda claro el que llega al bote es mi padre.

Majestuosas aves

Por Candela Aramberri, 14 años.

–Saldré un momento ahora vuelvo –vociferó a sus compañeros Martín, un nuevo marinero de veintitrés años que viajaba a una base en la Antártida para apoyar investigaciones científicas.

–Vuelve rápido. La hora del almuerzo se acerca y todos tenemos mucha hambre aquí –dijo uno de sus compañeros, también nuevo e inexperto como él, pero carente de curiosidad.

Martín, por el contrario, contaba con unas insaciables ganas de aprender cosas nuevas y dejarse sorprender por las bellezas de la vida que lo rodean, permitiendo que cada sentido suyo descubra nuevas sensaciones y sentimientos que nunca antes vivió. Abriéndole paso a un mundo de infinitas posibilidades y excepcionales aventuras.

En fin, allí estaba Martín, dirigiéndose hacia lo que el imaginaba que sería un maravilloso y nuevo mundo pintado de blanco. Se encontraba en la popa bajo la bandera de su país, flameando hermosa, mimetizándose con el cielo decorado por algunas nubes, con su característico sol en el centro. El joven muchacho, al sentir el viento rozando su rostro, decidió dejar a un lado su sentido de la vista para poder apreciar la paz del momento. Cerró los ojos abandonando su paisaje favorito en todo el mundo, el océano que se extiende hasta el horizonte. Ocurría lo mismo en todas las direcciones, sin importar hacia donde observara. Esto le hacía sentir que formaba parte de algo muchísimo más grande que él. Algo basto que se extendía hasta donde la vista lograba llegar y, aún sin poder verlo, sabía que hay más, mucho más. Esta idea le encantaba a Martín; pensar que puedes llegar a cualquier parte del mundo, que en verdad somos muy pequeños y de todas formas podemos hacer cosas muy grandes. Por un momento recordó la escuela, esos años donde, mientras sus profesores explicaban temas como el descubrimiento de América o las rutas comerciales marítimas, él dejaba que su mente divagara, convirtiéndolo así en un marinero o un pirata, un apasionado navegante que pasaba su vida en el mar frente a un timón. Imaginaba lo hermoso que debía ser colocarse en la proa al llegar a una lejana tierra, u obtener la mejor vista del barco desde el carajo.

Sus pensamientos sobre su divertida niñez en su hogar en Tucumán se vieron interrumpidos por un sonido completamente desconocido para él, lo cual, como era de esperarse, lo asombró. Abrió sus ojos rápidamente y rebosante de curiosidad empezó a intentar localizar de dónde provenía ese nuevo sonido hasta que:

–¡Por Dios! –exclamó mientras su vista y su curiosidad se encontraban con el ave más grande que había visto en su vida.

–Impresionante –dijo mirando fijo al animal–. ¿Cómo es que llegaste hasta aquí?, es imposible, no hay tierra cerca de este lugar. ¿Cómo resistes tanto tiempo sin cansarte? –preguntó al ave sin esperar respuesta alguna. Sin embargo, la obtuvo–.

–¡Es porque es un albatros! –gritó un viejo y experimentado marinero que observaba la escena a la distancia y en silencio.

–¿Un qué? Nunca he oído esa palabra.

–Un albatros. El ave marina más grande del mundo –respondió el marinero mientras se acercaba a Martín–. Pueden tener una envergadura de hasta tres metros y sesenta centímetros.

–¿En serio? Es genial, estoy seguro que nunca he visto un ave tan grande. Si no le molesta que pregunte: ¿sabe cómo es posible que estén aquí si no hay tierra por ningún lado?

–No es una molestia, muchacho, no está mal querer aprender cosas nuevas. El albatros pasa gran parte de su vida volando, evolucionó para eso. Tienen alas arqueadas y rígidas así que pueden recorrer distancias muy largas casi sin esforzarse. ¡¿No es asombroso?! –El hombre se emocionaba mucho al hablar sobre estos animales–.

- ¡Leí que se han registrado casos de albatros que dieron la vuelta al mundo en 46 días!
- ¡Sí que lo es! Es increíble. ¿Sabe también cuál es aproximadamente su esperanza de vida? –Sentía un gran interés por saber más sobre esa majestuosa ave que acababa de conocer.
- Creo que viven entre 12 y 50 años, pero no estoy seguro.
- Eso es mucho tiempo. Supongo que los ha visto muchas veces. ¿Podría contarme algo más sobre ellos?
- Sí. Lo que más me gusta sobre ellos es como tratan y cuidan a sus crías. Tienen solamente una cada dos años y esta necesita a ambos progenitores para poder vivir.
- ¿Por qué? ¿Cuánto tiempo tardan en poder valerse por sí mismas?
- Necesitaba a ambos progenitores porque mientras uno incubaba y protege el huevo, el otro sale a buscar alimento, y viceversa. Y en cuanto al tiempo que tardan en poder valerse por sí mismos...
- hubo silencio por un momento pues no podía recordar bien ese dato—... tardan 10 meses, y los padres los alimentan hasta que se empluman y pueden volar.
- Se nota que sabe y le interesa mucho este tema, y como no, ¡si es tan interesante!

De pronto más de esas majestuosas aves se acercaron al albatros que ya se encontraba allí y que era el protagonista de la conversación entre los dos hombres. A continuación, todos se sumergieron en el agua.

- ¡¿Qué están haciendo?!—gritó Martín con una mezcla de miedo y preocupación, pero sobre todo, curiosidad.
- También es su hora de comer —respondió el hombre sin quitar su vista del sitio donde se habían sumergido los albatros. Pasaron unos segundos más y luego, casi de forma sincronizada, las aves salieron del océano cada una con un pescado en su grande y fuerte pico de 20 centímetros—.
- Verás niño, los albatros son carnívoros, por lo general se alimentan de peces y pueden sumergirse y bucear a una profundidad de hasta 12 metros.
- ¡Magnífico! Oiga señor, ¿cómo sabe tanto de estos animales si no es un investigador científico?
- Pues para tu sorpresa joven marinero, yo soy como tú. Me encanta dejarme asombrar por las cosas y pensar e imaginar todas las cosas que podemos hacer en nuestra única vida. Pero, a diferencia de ti, yo no dejo que todo me asombre, a mí me asombran muy pocas cosas, y cuando lo hacen siento una inmensa curiosidad y deseo de aprender todo sobre ellas —Martín lo escuchaba atentamente, como si le estuvieran diciendo como solucionar todos los problemas de la vida—. Cuando era pequeño me asombraban los aviones, pero por desgracia no podía investigar mucho sobre ellos, por lo que me dedicaba a simplemente imaginar. El pensamiento que más rondaba mi mente era el de cómo puede ser posible construir algo tan grande y que se mantuviera tanto tiempo en el aire. Imaginaba cuánto tiempo les tomó a los creadores llegar al modelo perfecto. Un día, intentando encontrar información en un libro de la biblioteca de mi escuela, leí que para hacer el modelo ideal de avión se habían inspirado en una gigante ave marina. Automáticamente, mi asombro y curiosidad pasaron a pertenecerle a esa ave completamente desconocida para mí, y la cual aparentemente se llamaba albatros. No podía creer que la respuesta a mi duda fueran los albatros —los ojos del hombre se iluminaban al hablar y recordar los sucesos que lo llevaron a pasar casi toda una vida en el mar, al igual que las aves que tanto admiraba—. Yo suponía que habían pasado años haciendo cálculos, que era todo matemático, y, sin embargo, el mejor modelo para crear los aviones era un albatros. Era la naturaleza, años y años de evolución. En ese momento supe que la naturaleza es lo más hermoso y perfecto que existe.

Al fin, y luego de varios minutos, el marinero retiró su mirada del océano y de los albatros para observar al joven junto a él.

- Desde ese momento empecé a investigar sobre ellos y, no sé cómo, pero los años pasaron volando y aquí estoy, observando a mi animal favorito en todo el mundo y trabajando junto a ellos.

—Creo que ese sería el sueño de todo curioso ¿no? ¿Aún sigue descubriendo cosas nuevas sobre los albatros?

—Por supuesto, es mi parte favorita del trabajo. Hace poco descubrí que son monógamas, tienen sólo una pareja en toda su vida, se lo comenté a mi esposa, quién honestamente ya no me soporta hablando todo el día sobre ellos. Ella solo me miró y dijo “Más le vale seguir su ejemplo y ser monógama como ellos señor, le aseguro que no le gustaría hacerme enojar”.

El joven rio un poco para luego ver cómo las aves se alejaban de ese lugar, finalizando el encuentro entre hombres y animales, dejándolos solos con el sonido del océano y el roce del viento en sus rostros.

—¿Están en peligro de extinción? —interrogó esperando recibir un no, sin embargo, con sólo ver la expresión facial del viejo marinero antes de responder, entendió que la respuesta no sería lo que esperaba.

—Lamento decirte que de las veintidós especies que existen hoy en día diecinueve están en peligro de extinción, y me temo que algún día, recibiremos nuestro castigo.

—¿Por qué lo dices?

—Pues el hombre siempre lo ha cazado, además de la contaminación y el cambio climático. Pero la razón por la que más albatros perecen es la pesca. Muchos quedan enredados en las redes y mueren ahogados, por supuesto es accidental, pero aun así se estima que alrededor de 100.000 aves marinas mueren de esta forma cada año —por el tono en que contaba la situación se hacía muy evidente el hecho de que el tema le preocupaba y lo consternaba.

—Espero que se estén iniciando proyectos para acabar este problema —declaró Martín perplejo y enfadado por la gran cifra antes mencionada.

—Por supuesto que hay proyectos, por suerte. Es una desgracia que tantas aves mueran así cada año, además de ser un mal fario.

—¿Un mal fario? ¿Por qué? —preguntó el joven rápidamente. La curiosidad lo invadía, necesitaba saber por qué su compañero estaba hablando de malos farios.

—Pues porque, según un mito, los albatros son un símbolo de buena suerte. Se cree que son las almas de los marineros muertos en el mar. Es un muy mal fario dañar o matar uno.

—¡Oh!, sin dudas es el mito más interesante que he escuchado—antes de que pudiera terminar su frase alguien les gritó.

—¡Oigan! Dijeron que saldrían sólo un momento y llevan una hora hablando. ¡Entren de una vez!

—Era otro marinero que no tenía el mínimo interés en los albatros, los mitos o las inmensidades del océano. El dinero era mucho más interesante para él—.

—¡Ya entramos! —Gritó Martín mientras volteaba para observar una última vez el vasto océano que se extendía en todas las direcciones hasta encontrarse con el cielo.

—¿Vamos? —Preguntó observando a su compañero de conversación, quien asintió rápidamente.

Los días pasaron hasta por fin llegar a la base en La Antártida. Martín estaba muy emocionado, era tal y como lo había imaginado y más. Era lo más bello que había visto en su vida. Empezaba a caminar mientras observaba a las montañas a lo lejos. Los picos de algunas de ellas ni siquiera se podían ver ya que se perdían en las nubes. El viento era muy fuerte, tal y como le habían advertido, también, no muy lejos de la base había un glaciar. Rio levemente para luego escuchar un extraño ruido que parecía pertenecer a un animal. Un animal del que hace unas semanas no sabía de su existencia y ahora conocía tan bien. Al principio, el ruido era bastante suave pero luego fue volviéndose más fuerte. Sin pensar e impulsado por una “fuerza interna”, el joven empezó a caminar hacia el lugar donde se originaban los ruidos. Al llegar logró ver una cantidad incontable de albatros volando y en el suelo. Vio muchos albatros incubando, logró observar como uno dejaba de incubar un huevo para cederle el lugar a su pareja y salir volando en busca de alimento, tal y como le había dicho su compañero admirador de albatros unos días

atrás. Sintió una gran tranquilidad al ver esa escena, había encontrado una nueva cosa que lo asombraba y le mostraba lo hermoso que puede ser el mundo, el cual, en ese caso, era un mundo pintado de blanco decorado por majestuosas aves.

Un cuento de mar adentro

Por Raquel Montoya

El hombre era un eterno enamorado. Cada mañana, cuando el mar estaba bravo agarraba su bote a remos y se internaba en el mar, hasta donde las aguas se lo permitían y hasta donde sus brazos lo dejaban. Él era un pescador artesanal que conocía de memoria el lenguaje de ese mundo eterno de peces, de algas marinas y aves que, según decía le hablaban en secreto.

Se corría la voz de que efectivamente hablaba con los petreles. Ellos siempre entraban a la boca de la ría y con ese vuelo efectivo y rasante parecían mantener una serie de contacto con él. Y en los días de tormenta el viento, fuerte y permanente acercaba a los albatros a la costa.

Desde el primer momento me intrigó conocerlo. Quería saber su contacto con estas aves formidables, y decidí a acercarme a él que era un hombre solitario, alguien a quien el alcohol había desterrado de la sociedad. Se decía que se había vuelto loco de amor.

No me costó mucho encontrarlo. En las tardes calmas siempre estaba apostado en el mismo peñón. Su mirada taciturna, perdida y callada viajaba en cada embate de las olas y volvía con el viento.

Me acerqué a él de manera amable y respetuosa, cosa a la que no estaba acostumbrado por su aspecto casi osco y desgredado. Después varios encuentros logré que me abriera su alma.

Efectivamente los petreles le hablaban, le traían los mensajes de una mujer, una sirena que vivía muy adentro del mar, por eso estaba siempre atento a estas criaturas magníficas y enormes. Porque ellas guardaban su gran secreto.

Me dijo que en el pueblo le decían “el loco”. Pero que no estaba loco.
–Todo lo que le cuento es verdad –me dijo. Aunque sus ojos demostraban lo contrario–.

Me contó que los petreles lo traían a la costa, y que ella había aparecido, y que habían hecho el amor.

Nunca pudo tener una mujer. Siempre la estaba esperando a ella. Ella venía las noches de luna llena. A veces ella venía. Y muchas otras veces los petreles no decían nada. Pero él seguía esperándola. Y a los petreles. Aunque su cuerpo cansado de tantos soles, fríos y mareas aguantaba cada vez menos el embate del viento del sur.

Un día no volvió más a la roca de la entrada. Dicen que su patrón lo encontró en la costa de una estancia. Su cuerpo estaba desnudo y sus ojos miraban el mar. Tal vez se murió esperando algún mensaje o tal vez a que la sirena volviera y le devuelva por fin la cordura.

Cuando lo trajeron al pueblo poca gente fue a despedirlo. Lo sé porque fui testigo. Ese día, doy fe, el mar rugía y había en el cielo, más albatros y petreles que nunca.

Una mañana de otoño nos alistábamos para zarpar. El estado del tiempo nos asistía con gesto de aprobación... mientras llegaban los últimos pertrechos pensaba donde podría encontrar buena pesca ya que en el viaje anterior los últimos lances fueron magros y de mala calidad, pero lo que me tenía intrigado desviando mi concentración eran las visiones que había tenido el viaje anterior.

Lo que había visto y que aún no he podido compartir salvo con mi hija Gianna temiendo por lo que pensara la gente de mí... En aquella mañana fui a la cubierta para observar lo que los repetidos lances a la pesca traían en sus redes, así de esta manera puedo conocer el fondo y las especies acompañantes y poder determinar si estamos en un buen lugar para seguir trabajando, me llamó la atención algo que brillaba en el piso algo rojizo, me acerqué y levanté una piedra preciosa de un brillo muy especial, cambiaba de colores e irradiaba calor, nunca había visto algo igual.

Levanto la vista hacia el horizonte y puedo ver lo que primero pensé es un delfín por la forma de ondular mientras nadan, pero luego al emerger a la superficie pude ver una larga cabellera roja sin entender en ese momento me dirigí al puente de mando para buscar los vinculares, luego busqué en el horizonte sin lograr tener de nuevo aquella visión por un buen rato estuve atento al horizonte sin articular palabra pues la emoción me invadió el corazón, cuidadosamente guarde la piedra preciosa... luego pensé que tal vez aquella criatura extraña tendría alguna relación con esta piedra... por lo que resolví dejar la piedra en un plato sobre el piso de la cubierta... cerca de la superficie del agua... quizá de esa manera lograría ver de qué se trataba aquella visión y si en realidad y definitivamente se tratase de una cabellera roja...

En el mar a veces la luz del día y los reflejos producen efectos extraños... pero entonces porque me siento sumido en un cuento de sirenas romántico... preparé café para poner mi criterio y sano juicio en funciones... cuando observo para mí sorpresa que la piedra ya no estaba en el plato.

Por lo tanto, este viaje me he propuesto estar atento o tratar de dilucidar el asunto. Mi hija dice que se trata de Ariel la sirena que antes era una niña común que había recibido un obsequio, una piedra mágica por medio de la cual se habría convertido en sirena y yo con mis redes traje a la superficie sería aquella piedra preciosa que cambia de colores y que además resolví devolver a su dueña... Nos disponemos a zarpar largamos amarras y nos hacemos a la mar, navegaremos por doce horas para llegar al primer lugar de trabajo punto intermedio de aquel donde tuve aquella visión... luego de dejar atrás las escolleras y saludar a nuestros afectos comienzo con la rutina de organizar el trabajo con los aparejos y coordinar maniobras con los oficiales de máquinas preparando todo para el comienzo de la faena... con el barco en curso y el personal de guardia en su puesto voy a dormir un poco, necesito descansar... estar listo y descansado para el arribo... hora cero quinientas llegamos al primer punto, largamos la red con fe esperando encontrar un buen lugar en el primer intento ya que esto significara que el viaje podría ser más corto y por ende más beneficioso.

Cuando estoy trabajando, sobre la carta de navegación descubro datos sobre un Galeón hundido hace varias décadas bastante cerca de la zona donde vi la supuesta sirena... pienso que si no hay suficiente cantidad de peces aquí me iré hacia aquella zona en cuestión... reconozco sentirme extrañamente atraído hacia ese lugar. La niebla nos dejó sin horizonte el mar está en calma me importa mucho más encontrar un buen lugar ojalá sea este. Viramos el primer lance sin suerte, sólo fondo y caracoles, trincamos todo y seguimos navegando reforzando la guardia debido

a la poca visibilidad llegaríamos luego del medio día para entonces seguramente la niebla se haya disipado, aunque no creo que esté ausente para la tarde noche... aprovechamos para chequear una vez más los aparejos y artes de pesca, hora mil trescientas. Largamos el segundo intento, nuestra amiga la niebla no se hizo esperar esta vez, cero visibilidad fue cuando mi primer pescador se presentó en el puente de mando para comentarme que el aprendiz dijo escuchar el canto de una mujer... está muy asustado porque no pude dejar de escucharlo en su cabeza y se atrevió hablar solo conmigo por temor a que se burlaran de él. Bien dile que suba por favor, sólo recuérdame su nombre, Carlos Sr. Gracias José, mantenme informado. Buenas noches, Carlos, cuéntame sobre lo que escuchaste en la popa. Bien Capitán escuché la voz de una mujer cantando, aún puedo escucharla, ella, quiero decir la voz vocalizaba, no son palabras es muy dulce, pero me gustaría dejar de escucharla. Mira, Carlos, no estamos muy lejos de costa y suele ocurrir que señales sonoras se canalicen por medio de una atmosfera cargada de humedad como la que estamos teniendo en estos días, no obstante, si vuelves a escuchar algo me avisas y veremos juntos de qué se trata, ve a descansar y gracias, esto está cada vez más interesante soy yo quien debería escuchar algo... creo después de todo lo vivido. Veremos que sucede mientras, estaremos atentos con todos los sentidos.

Viramos el segundo lance creo que está bien lo que capturamos aquí tanto como para intentar nuevamente, por momentos se despeja y nos permite ver la línea del horizonte y confirmar que estamos solos en esta zona resguardando nuestra seguridad, mediante los servicios radiales a modo de avisos de nuestra presencia y actividad para que otras naves tomen conocimiento si se encontrasen en esta zona.

Continuamos con el trabajo con la esperanza de que se mantenga la captura y se disipe la niebla la mar sigue en calma ya pasaron cuatro días de aquel episodio del aprendiz no hemos escuchado ni visto nada y parece que la tripulación se olvidó del asunto salvo yo y el aprendiz Carlos claro, hoy finalmente se retiraron las nubes bajas y el sol se hizo presente, voy a recorrer la cubierta para ver que todo esté en orden y para mí sorpresa en el mismo lugar donde yo había dejado la piedra preciosa encontré un caracol de todos los colores muy bonito, entonces entendí que aquello era un regalo para mí... si tan solo pudiera verte para agradecerte, fue cuando escuché una voz que me dijo, no es necesario... puedo saber cómo piensas, yo también te agradezco por mi talismán, y quiero que saludes a tus hijas en especial a Gianni cuida de ellas tres.

Luego de aquella experiencia no volví a escuchar ni ver nada más, pero aquella aridez y soledad en la mar se atenuó en mi pecho.

Nos conocemos desde hace tiempo. Todos llevamos la misma rutina para vivir. Salir bien temprano por la mañana y buscar peces bien cerca del horizonte.

Si bien preferiría pescar unos buenos calamares, que son lo que más me gusta, casi siempre me tengo que conformar con lo que Dios me manda.

A ellos les sucede lo mismo, por eso resultan ser tan buenos compañeros de viaje. Soy pescador desde pequeño, cuando acompañaba a mi padre en sus excursiones diarias. Siempre me gustaron los barcos y la vida de mar.

Nunca me gustó quedarme en la costa viendo girar el mundo como hacen otros. No está en mi esencia ni en la de mi familia.

Recuerdo la primera vez que me subí al “Gioconda”. Fue en una tarde apacible en el puerto de Mar del Plata. El amarillo y rojo del casco recién pintado resplandecía con los últimos rayos del sol de septiembre.

Aprovechando que todos los tripulantes ya habían desembarcado, fui recorriendo toda la cubierta. Sogas, malacates, redes, cajones. Debería ser más que difícil operarlos con el barco en medio del océano, tambaleándose de lado a lado. Sin embargo, a mí, me llamaban más la atención los mástiles. ¡Qué bueno sería navegar encaramado en el más alto de ellos!

De pronto me sorprendió un fuerte golpe en el casco. Del susto salí volando del barco y me alejé rápidamente del lugar. Luego, al girar la cabeza, pude ver que había sido un viejo lobo marino quien pugnaba por subir a cubierta para pasar la noche allí.

Me reí de mí mismo por la tonta reacción que había tenido, pero pronto olvidé el hecho y busqué un lugar cercano para dormir. Al otro día sería mi primer viaje.

Y así fue. El *Gioconda* zarpó de madrugada con rumbo al Este. Unas diez millas, mar adentro, nos cruzamos con unas gaviotas que aparecieron a estribor. Un par de ellas fueron a posarse sobre la chimenea, pero yo, que estaba sobre el puente las espanté de inmediato. Recién entonces parecieron notar mi presencia los marineros.

—Che, parece que tenemos un polizón en el *Gioconda* —gritó uno.

—Dejalo, seguro nos va a traer suerte —replicó el capitán.

No hubo tiempo para más. Un viraje rápido casi me espanta. Seguramente habían detectado el cardumen que venían buscando hace más de una semana.

—¿Qué te dije, Rodríguez? ¡Mirá si no nos trajo suerte el pichoncito!

Ese día pescamos como pocas veces. Meros, besugos, anchoas y hasta unos raros crustáceos que movieron a discusión entre los hombres de a bordo. Yo sigo pensando, aún hoy que se trataba de una rara especie de centolla como las que conocí en el Sur. Si no fuese porque un grandote me ganó de mano, me la hubiera comido ahí mismo.

A partir de ese día, el capitán siempre esperaba que yo ocupara mi lugar en el barco antes de comenzar la faena. Todos se encariñaron conmigo. Sería porque era el más joven, o que les había traído suerte desde el principio, o bien, porque se aprovechaban de mi intuición —y mi buena vista—para encontrar los bancos de peces.

Hubieron buenas épocas, enojos, alegrías, tempestades salvajes y atardeceres increíbles. Fui el culpable de las malas rachas y el artífice de milagros imposibles. También supe que se hablaba de mí en los bares del puerto y se exageraba mi influencia en las historias de los pescadores.

Pasaron los años, hasta que una mañana los marineros no llegaron a la hora de costumbre y el *Gioconda* no salió del puerto.

Luego de tres largos días, un nuevo capitán y su tripulación se hicieron presentes y el barco volvió al mar, ya entrada la mañana, sin siquiera saludarme.

Casi a la altura de Chapadmalal nos cruzamos con una bandada de albatros. Di dos o tres pasos sobre el angosto puente, abrí mis grandes alas y volé con los míos.

“Despierta, ya es hora de levantarse” –escucha Marina, a lo que ella responde: “Ya voy” –dando media vuelta como para continuar durmiendo en un sueño tan profundo como el océano. Marina es una chica de unos 20 años, que le encanta la naturaleza, los animales, disfruta cuando está al aire libre y de noche le encanta observar las estrellas. Tiene un hermano, llamado Félix, que es marinerero y realiza la tarea de pescar junto a sus compañeros. Hoy va a embarcarse y Marina junto a su familia irá a despedirlo ya que no lo verá por un tiempo.

Parece que no podré dormir un ratito más, por lo que tendré que levantarme o si no mi hermano se ira y no lo saludare, pensó Marina y se levantó de inmediato de su cama. No está muy conforme con la carrera del hermano, ya que es vegetariana y no le gusta la idea de que vaya a pescar porque piensa mucho en esos animalitos acuáticos, pero respeta la opinión de los demás y confía en que en un futuro algo cambiará y se tomará conciencia.

En fin, ya van camino al puerto e iban conversando mientras observaban el hermoso paisaje de Mar del Plata, era un día fresco y estaba soleado, se podía ver mucha gente por las calles y más aun llegando al puerto. “Te extrañare y espero que disfrutes tus días en el mar” –le dijo Marina a su hermano, y él le responde “yo también y claro que lo voy a hacer” y cuando terminan de despedirse, Félix sube al barco y este al rato parte rumbo al mar.

Pasó un poco más de un mes y no tienen novedades de él, pero no obstante al prender la tele y escuchar las noticias, Marina no lo podía creer: capturaron incidentalmente a la última ave que todavía vivía de la especie “Albatros errante”, por lo que se declara extinguida. Es una noticia muy triste para todos aquellos que aman a los animales y luchan por sus derechos, como para los que no previeron que esto iba a suceder y ahora no hay vuelta atrás. “Esto es terrible” –dijo Marina– espera, ¿no será el barco donde esta Félix? –pensó– y seguramente esa ave buscaba su alimento cerca del barco, observó que había descartes de comida para ella y bajó a alcanzarlos, sin saber que quedaría enredada en la red con la que atrapan a los peces o quizás quedó enganchada en el palangre cuando se sumergió para alimentarse. Encontró la muerte haciendo algo normal, algo que es habitual, lo que hacen las aves en el mar.

Como si fuese un engaño, una trampa, sin poder expresarse, ahí quedó, por la mano del ser humano, una vez más. ¿Y habrá sido para llevárselo a su cría, para alimentar a su pichón? –pensamiento tras pensamiento y pregunta tras pregunta, con la esperanza de que no sea la última ave de esa especie y que deje descendencia, y que su pareja también esté en el nido, para que lo cuide y sean dos más de este tipo de aves que dicen extinguirse... pero solo son suposiciones, parece no ser así. ¿Y si era la última? Ya no se registraban visitas de esa ave, ya no se la veía, por lo que probablemente lo sea. También hay otras especies de aves que van al mar que se ven muy amenazadas por esta misma causa: Albatros ceja negra, Albatros pico fino y el Petrel barba blanca. No es justo –piensa Marina– tiene que haber una manera de que esto se evite para que no suceda con las otras especies.

Mientras tanto, el barco en el que estaba su hermano ya volvía a tierra firme, y Marina iba a recibirlo, no tan entusiasmada como siempre, pero con la idea de proponerle que ella junto a su equipo lleguen a un acuerdo para cambiar esta cuestión de la pesca de aves. “Si no se acaba con la matanza incidental de animales marinos, se acabará con la vida del mar, con las tortugas, con los tiburones, delfines, ballenas, marsopas, mariscos, especies de peces que no eran los que querían capturar, y además arruina el hábitat marino, tenemos que hacer algo urgentemente” –le dice Marina a Félix a lo que él le responde “veré que puedo hacer desde mi parte, veré si puedo plantear esta problemática, ahora con la extinción del Albatros errante, creo que todos hemos tomado más conciencia”.

“Despierta, vamos que ya me voy” –y Marina sentía que alguien la movía para despertarla y se levanta asustada. “¿¿Era todo un sueño??” –pregunta y Félix le responde “¿el qué? Yo ya tengo que irme y creo que tuviste una pesadilla”– y Marina dice –“Espera, antes de que te vayas, quiero contarte lo que soñé y así vemos que podemos hacer al respecto y si podrás conversarlo con tu equipo, porque no hay que esperar hasta último momento para accionar, hay que prevenirlo” –y Félix le responde “Eh está bien, no sé lo que será pero te escucho”–.

El Albatros Real

Por Daniel Molina Carranza

Nací en Puerto Deseado, Provincia de Santa Cruz. Mi pueblo no es muy grande, pero está bendecido por una geografía especial que atesora una fauna extraordinaria, factores que movilizan a los turistas a conocerlo. Es un puerto ubicado en la parte norte de la Ría de Deseado. El mar la invade, desde hace millones de años cuando dejó de recibir las aguas del río Santa Cruz, penetrando unos 40 km sobre lo que fuera el lecho del río.

De niño me deleitaba navegarla con mi padre, que era pescador. Lo hacíamos en su lancha de madera movida por un viejo motor Mercedes Benz. En esos paseos náuticos él tenía como costumbre parar el motor, dejando que la embarcación derivara con la corriente, para que, en el silencio logrado pudiéramos conversar y enseñarme lo que sabía sobre la naturaleza del lugar, en especial de las aves locales que era lo que más me gustaba. Me mostraba cómo en los acantilados de la margen sur de la ría, anidan hasta cinco especies distintas de cormoranes, desde el simple Biguá hasta la rara especie de ojos azules. Más allá en las muchas islas que salpican la ría viven aves ostreras que cuando vuelan dejan caer los mejillones desde la altura, para romper la cáscara y poder comerlos. Penetrando en la ría empujados por la marea creciente avistábamos los pingüinos magallánicos y los de penacho amarillo, numerosas colonias de gaviotas cocineras que anidan en los márgenes de la ría. En el silencio de la tarde cuando el viento es nulo y la corriente de marea ha parado por la estoa podíamos ver a los patos vapor desplazándose sobre la superficie del mar y levantando esa cortina de agua en forma de espuma que les da su nombre.

Desde esa época de niño y gracias a la paciencia de mi padre me atrajo la observación de las aves. En el invierno arribaban las palomas antárticas de un plumaje blanco impoluto que recreaban la vista. A la salida del colegio primario me apresuraba para ir corriendo al muelle de Don Ramón para poder observarlas y pasar largo rato mirándolas, sin tener en cuenta el frío de la época que al lado del mar suele ser muy duro.

Cuando terminé los estudios secundarios me embarqué en los pesqueros costeros los que se llaman amarillos, con la idea de navegar suficientes millas para después poder presentarme al ingreso en la Escuela de Pesca en Mar del Plata, la cual me ofrecía alojamiento por ser originario de una zona alejada. Entendía que para poder salir al mar abierto era necesario estudiar navegación independientemente del conocimiento sobre artes de pesca, por eso estudiar navegación me encantaba.

Desde que formé el hábito de la lectura mis libros preferidos eran los que relataban la vida de los navegantes, los pescadores y los cazadores de mamíferos marinos. Mi héroe preferido era Don Luis Piedrabuena, por eso leí con pasión los libros de Arnoldo Canclini, Entraigas, Alvarez Font y cuantos escribieron sobre él y su epopeya. Quería ser como Piedrabuena un caballero del mar y quizás algún día construir mi propio cúter como el Luisito y navegar toda la costa patagónica.

También me interesaban los libros sobre aves y peces patagónicos, a punto tal de hacerme tambalear la vocación pescadora, que, si no hubiera sido porque el deseo de hacerme a la mar y la posibilidad de ganar buena plata, fue más fuerte, quizás mi destino fuera otro. Cuando obtuve en la Escuela el título de patrón, decidí tomarme un año sabático de estudios y embarcarme en barcos pesqueros de altura y de ser necesario lo hubiera hecho en buques factorías para poder navegar altamar. Como la vida es una sumatoria de casualidades y oportunidades, tuve la suerte que estando en Deseado tomó puerto uno de los barcos del Instituto de Investigaciones Pesqueras. Su destino era al mar austral, pero la enfermedad del segundo oficial los obligó a recalar en Deseado, la enfermedad no era nada importante a Dios gracias, pero lo suficiente para impedirle

seguir navegando. El jefe de puerto amigo de mi familia conocedor de mis deseos le ofreció al Capitán embarcarme dado que yo estaba disponible y tenía el título y la capacidad para hacer el relevo.

El barco estaba realizando una campaña de investigación del fondo marino en el Banco Burdwood, frente a la Isla de los Estados. De poder embarcarme se cumplirían dos de mis sueños, navegar el mar austral y visitar la Isla de los Estados ese pedazo de patria que había pertenecido a don Luis Piedrabuena y que la familia donó al Estado Nacional. El capitán aceptó de buen grado la propuesta del jefe de puerto y me embarqué, con la ropa más abrigada que tenía en casa. Un cortejo familiar me acompañó hasta el muelle para despedirme. Para mayor de mis bienes a bordo estaban embarcadas dos biólogas del Instituto Antártico que se desempeñaban como observadoras de aves marinas. Eso me aseguraba aprender sobre las aves marinas del Atlántico Sur, además de disfrutar de compañía femenina. En esa época no era habitual las mujeres a bordo. Luego zarpamos a la zona de trabajo, durante la navegación, cuando no estaba de guardia colaboraba con las observadoras anotando en una libreta lo que me dictaban sobre el número, especie y características de las aves. Así aprendí de la existencia del petrel de pico grande, el petrel gigante, las pardelas pardas, gaviotas cocineras, del gaviotín antártico y de los albatros.

Cuando debimos hacer una arribada forzosa a Isla de los Estados porque presumíamos haber enganchado el eje de la hélice, navegamos a un área resguardada de la costa de la Isla que se llama San Juan de Salvamento en el extremo Este de la Isla, cruzamos navegando muy cerca de las famosas Tide Ripes que son olas de cruce corrientes de marea. San Juan es un excelente puerto natural, donde se encuentra el Faro del Fin del Mundo, recreado por Julio Verne en sus novelas. El capitán apreció que fondeados en esas aguas tranquilas íbamos a poder liberar la hélice. Como yo era el único buzo a bordo (había hecho el curso de buzo de borda en la Base de Mar del Plata) debí bajar con un traje de neoprene húmedo, que me hizo sentir como algún antepasado esquimal por el frío que sufrí. Finalmente pude desenredar fácilmente el eje, porque lo que había enganchado era simplemente cachiyuyos, que con el cuchillo de buceo se cortó fácilmente.

En premio por mi labor el capitán me permitió desembarcar en el bote *Zodiac* a la costa, así que invité a Sara y Amelia, las dos observadoras de aves. El premio fue enorme para los tres, porque la vegetación en esa parte de la isla es muy verde y densa, los chorrillos de agua que caen al mar son realmente bellos. En la playa encontramos nidos de aves, algunos de albatros, que son difíciles de encontrar porque anidan en lugares desolados. Entre esos nidos encontramos uno de Albatros real. Ese fue mi primer contacto con esta especie. Es un ave marina enorme que puede medir más de tres metros de envergadura de alas y posee una gran capacidad de volar y recorrer enormes distancias sin esfuerzo alguno. Es normal que nidifiquen en islas casi desiertas. Las chicas me contaron que son monógamos y que la pareja divide el esfuerzo del trabajo de cría. Si el macho llega a morir, otra hembra lo reemplaza para ayudar a mantener a los polluelos, son longevos pueden vivir 70 años.

Recorrimos lo que queda del cementerio de San Juan, que equivocadamente pensé que era el del tétrico presidio que existió en la isla. Después averigüé que el lugar físico del presidio y cementerio era Puerto Cook. En fin, pasé un día maravilloso, bien acompañado y aprendiendo mucho sobre aves y fauna.

A la tarde regresamos al barco y permanecimos en el fondeadero toda la noche para disfrutar de un merecido descanso, a la mañana siguiente zarpamos nuevamente al Banco Burdwood a sondear y extraer muestras del fondo en el lugar donde se forma el banco de corales fríos más importante del mundo. En los minutos libres iba al laboratorio donde estaban muestreando con el interés de aprender, yo sabía que barcos arrastreros japoneses habían pasado cadenas destrozando los corales para poder luego arrastrar sus redes por el fondo del Banco. Con

las dos biólogas ya éramos compinches y disfrutaba verlas. Pasaban buena parte del día enfundadas en pesados anoraks azules encapuchadas por el frío y con los binoculares mirando las aves. Hasta que un día apareció planeando sobre el mar un enorme albatros real que daba la impresión que con la punta de sus alas quería dejar un surco en la superficie del agua. Fue aparecer esta enorme ave para que las otras, albatros y petreles que continuamente seguía la estela del barco esperando atrapar algo de la comida que se tiraba por la borda, levantaran vuelo en señal de respeto del gigante solitario que había aparecido, el albatros real no se acercó a nosotros. Estaba solo, seguramente la pareja quedaba en el nido.

Después de esa experiencia aprendí sobre los albatros a través de la mitología y de los relatos de los marinos con los que navegué. Hay albatros errantes, reales y comunes, su nombre latino *Diomedea*, se lo deben a Diomedes, un héroe griego conocido por la fidelidad a su esposa y que, durante la guerra de Troya, donde se mezclaron humanos y dioses, junto a Ulises habían sido los encargados de buscar a Aquiles en la isla de Esciro para combatir juntos, siendo él uno de los guerreros del Caballo de Troya. Diomedes que era básicamente un marino aportó muchas naves al ejército, pero cometió un grave error ofendiendo a la diosa Afrodita al vencerla. Afrodita, convertida en la bruja cobró caro su ofensa convirtiéndolo junto con sus marinos en aves marinas, los albatros. Por todo esto entre la gente de mar se piensa que los albatros son aves de buen augurio y el hecho de matar o dañarlas podría significar un desastre o una desgracia para quien lo haga, puesto que se supone que contienen las almas de los marinos muertos en el mar.

Los años pasaron, yo también fui madurando viviendo siempre entre barcos que buscaba operaran desde Puerto Deseado para estar cerca de mis seres queridos. Me casé, tuve varios hijos y construí mi casa sobre una peña elevada para tener vista del mar, como los pájaros marinos. Nunca olvidé la experiencia de haber visto ese albatros. Siempre me pregunté ¿cuántas almas volaban adentro de él?, tal cual Diomedes entró en Troya en el interior de un caballo de madera. También he visto petreles gigantes y una vez que a un barco se le cayó un hombre al agua, el cual murió por hipotermia, los vi pacientes esperar su muerte para picarlo, nosotros llegamos lamentablemente tarde. Me preguntaba ¿si caigo al mar un albatros también me atacará? Y como todo llega en la vida, tuve oportunidad de dar respuesta a mi duda.

Estábamos pescando cerca del arrecife Águila en la latitud del Estrecho de Magallanes. Mientras la gente de cubierta tomaba un descanso y calentaba el cuerpo, yo bajé del puente a cubierta de pesca a ver como habían dejado la maniobra. Me puse un traje anti-exposición con capacidad flotante que había comprado en Punta Arenas unos meses antes. Con temperaturas del mar cercanas a los 10 grados si uno cae al agua tiene muy pocas posibilidades de sobrevivir con ropa común. El oleaje estaba fuerte y el buque cabeceaba con intensidad, me acerqué a la rampa, que no la habían cerrado pese a mi orden de hacerlo, cuando una ola me barrió literalmente de cubierta y caí al mar.

Mi temor fue que nadie hubiera advertido lo ocurrido, traté de recordar los cursos de supervivencia: mantener los zapatos puestos, evitar la rompiente de la ola y rezar. Ya los petreles empezaron a revolotear alrededor mío, sabía que mientras estuviera en movimiento no me iban a atacar, pero cuando apareció el albatros real, todos levantaron vuelo y él solo se acercó a mi flotando a mi lado, nada hizo más que mirarme. Sentí que me daba fuerza.

Milagrosamente el primer oficial me había visto caer y había iniciado la maniobra de hombre al agua. Pero con ese oleaje no me hubieran visto nunca, sino hubiera sido por el círculo de petreles en el aire y por el imponente albatros real que se posó flotando a mi lado hasta que me rescataron.

De regreso a mi casa relaté lo ocurrido, noticia que corrió como reguero de pólvora, pero no todos me creyeron, algunos pensaron que en el delirio de la hipotermia había soñado la presencia del albatros, yo sabía que era muy real.

En mi casa sobre la roca que da al mar muchas tardes cuando salgo al sol de la tarde, lo veo a lo lejos volando en soledad. Nunca se acerca demasiado, pero es conocido que nunca un albatros real voló tan cerca de Puerto Deseado. Yo sé que es él.

Fue una mañana invernal. La mansa mar mecía la barca de un pescador de sueños. Al abrigo del tibio sol, mientras el joven marinero levantaba sus redes, sigilosamente, semi-sumergida, una sirenita curiosa rodeó la pequeña embarcación. Cautiva y tímida, se acercó a prudencial distancia y observó como en cada recio tirón a las redes, el muchacho izaba su cosecha y agradecía a la profundidad su ofrenda. Él, sin ignorar la presencia, continuó con sus labores, temeroso de que algún gesto inapropiado provocara su huida.

Al término de la faena, ambos se miraron y el peso del rubor en las mejillas hizo que ella prontamente se sumergiera, dejando en la superficie círculos concéntricos de ausencia. Él, regresó a su playa conmovido por esa inquietante presencia y durante todo ese día nada pudo borrar de su rostro una sonrisa ilusionada. Nada promete ser más pleno que lo que aún no ha sido.

La escena se repitió durante las siguientes cinco jornadas y en la sexta, un temporal azotó esa costa. Los azotes de agua castigaron a la barca encallada en la arena y una vez que los truenos dejaron de encolerizar a las olas, el pescador, como buen marinero, pacientemente se abocó a repararla.

Inmerso en la tarea, cierta música marina le provocó una inconsciente dulce sonrisa. La sirenita, disfrutaba de verlo hacer, al amparo de su ignorada presencia, oculta tras la rompiente de las olas. Una vieja gaviota sonrió desde las alturas cuando el inesperado chapuzón del joven marinero provocó el sorpresivo encuentro subacuático. Ella, susurró unas pocas palabras líquidas, él dijo mucho con sus ojos y la eternidad del instante dejó a ambos conmovidos. La sirena buscó las profundidades azules y el joven el oxígeno de la superficie. El instante provocó destellos y conmovió al océano. Algo había sido concebido.

Pasaron varias mañanas hasta que el marino pudo nuevamente hacerse a la mar a echar las redes. Esta vez, la espera de la captura estuvo signada de una inquietud inusual. Escudriñaba el agua en busca de algún signo de aquella poesía sumergida. La vieja gaviota embarcada suspiró piadosa en tanto aguardaba su almuerzo.

Y de pronto, suavemente, una cabellera de enredadas algas y brillantes caracolas asomó junto a la barca. Serena, presencié la suba de las redes que él llevó a cabo con los bríos que el reencuentro le insuflaba. Se supieron en silencio y disfrutaron de ese cómodo ritual.

La vieja gaviota disfrutó de dos peces que bailaban sobre la cubierta su danza última y satisfecha, voló en círculos concéntricos sobre la cabeza del marinero, hasta quitarle su gorra, que arrojó al agua. El instante de aflicción infantil en la expresión del muchacho fue tan notorio que ella no dudó en rescatarla y acercársela a la borda. Sus dedos se rozaron y la gaviota graznó gozosa suspendida en la melodía de la brisa salina. Él, puso proa hacia la costa y dejó traslucir sus mejores sueños. Ella, cortejó el regreso y dibujó una estela de magia sin trucos.

La vieja gaviota supo de la necesidad de intimidad de ese viaje iniciático y remontó un discreto vuelo hacia el sol poniente. Durante varias jornadas los incipientes enamorados repitieron el ritual pudoroso. Un atardecer de bruma evanescente, tras el regreso de la pesca, la sirenita decidió recalar en la playa. Tendida sobre la arena Selene, plácida, como la espuma, memoria de las olas, escuchaba las historias que el marinero sacaba del viejo arcón de la memoria colectiva. La eternidad no es más que eso, la suspensión del futuro en compañía.

Un buen día, el joven la besó y ella, lo abrazó ofrendándose. El pudoroso sol, se ocultó silente tras el horizonte. Juntos, crearon la noche. Con cada beso, encendieron una estrella. Así, inventaron el amor y descubrieron la esencia de lo eterno.

Transcurrió el tiempo, cambiaron las estaciones, migraron los pájaros y mientras tanto, se amaron intensamente. Mas a veces, por momentos, ella sentía que su cola buscaba el agua. Las

profundidades marinas. Entonces se hundía en el océano y él, se sumergía tras ella, mas no podía alcanzarla.

Entonces... Entonces regresaba a la orilla y solitario, esperaba el regreso. La vieja gaviota quiso explicarle aquello que el amor desoye y resignada, solo atino a brindarle su ignorada compañía.

Cierto día, la sirena tuvo hambre. El joven lo supo y preparó el mejor de los manjares. Al ver servido el banquete, ella no supo si deseaba esas delicias o tan sólo algunas algas y crustáceos. Dudó. Pasó el tiempo. Siguió dudando y no comió la comida de los hombres ni la comida de los peces. Entonces... Entonces se enfermó.

Él, trató de ayudarla. Corrió, corrió, corrió y llegó a un pueblo cercano, en dónde halló a un médico, al que llevó a la playa. Pero ella, no sabía si necesitaba un médico o un veterinario y no dejó que el galeno la atendiese. Pasaban los días y ella dudaba. Seguía dudando.

El joven pescador de sueños hacía sólo lo que podía, es decir, esperar... desesperar. Y así, una mañana de agosto, inesperada e inevitablemente, la sirenita cerró sus ojos, dejando que su almita fuese envuelta por las brumas del mar. El pescador lloró y sintió la pequeñez de sus lágrimas frente a la inmensidad del océano.

Más tarde, la incertidumbre se esparció en su cuerpo. No sabía si llevarla al cementerio de los hombres o al cementerio de los peces. Intentó en ambos mas, en ninguno la aceptaron. Y fue así que quedó insepulta.

El joven pescador de sueños sufría, lloraba, pedía. Pedía descanso para el alma de la sirenita. Pero pudo hallarlo. Ella no sabía si ir al cielo de los hombres o al cielo de los peces. Dudaba. Seguía dudando.

Entonces...Entonces el pescador despertó. Y supo de la angustia de las sirenas. De su dolor. Fue así, que se marchó de esa playa guiado por la vieja gaviota.

–Tendrás que aprender a volar –le dijo la gaviota

–No tengo alas –dijo el marinero–. Mi vida es la tierra, mi vida es el agua.

–Deberás volar más alto que el dolor. Más allá de lo que te puedan elevar un par de alas.

Y así, en la pequeña barca, a la mar se hicieron.

Cuentan,
que habló con el viento y la luna
la arena y los petreles.

El viento,
le enseñó del tiempo necesario
para horadar la piedra.
La luna,
a rastrear entre las sombras.

Buscó por fuera.
Hurgó por dentro.

Con la arena, aprendió,
que al caminar se dejan huellas.

Con los petreles,
que se puede volar en la tormenta.

Entonces...
Sólo entonces,
regresó a la playa
y supo:
que nadie puede ser feliz
con algo
que no es pleno.

Soy libre

Por Mía Oliveros Coronel

Soy libre. Libre soy.

Surco los cielos en alto vuelo. Mi naturaleza en la fortaleza de los grandes. Maravilloso poder del creador. Anchos océanos, dibujados continentes y esparcidas islas. Puedo divisar la vida por doquier. Sin apuro, un leve movimiento, me trepo en la onda que sopla el viento marino y me elevo a gusto, placer, puro disfrute. Cielos límpidos. Nubes borrascosas. Nada me detiene.

Mi cuerpo es firme y pesado. Con mis fuertes patas, camino bien en tierra y puedo andar entre las miradas de mis congéneres cuando arman sus nidos o alimentan a sus pichones. Mis dinámicas alas extendidas cubren como un manto una envergadura tan amplia que sorprenden a las demás aves y serían la envidia de Juan Salvador Gaviota.

Estuve mucho tiempo preparando mi hombría hasta tener mi hermoso plumaje arreglado y mis glándulas listas para el apareamiento. Me llevó un sostenido empeño para llegar a ser un macho poderoso, aprender de los adultos, volar, practicar. Cuando estuve listo, me dispuse con emoción a elegir a mi compañera, le bailoteé con energía, cabeza y pico erguidos, giros elegantes, saltitos y sonidos estudiados al chocar las mandíbulas. Le demostré mi vitalidad. Ella coqueta y al principio esquiva, al final aceptó ser mi pareja de unión permanente. Preparamos un nido en las cuevas escarpadas de los agrestes acantilados rocosos, en los territorios que los pescadores llaman Islas Malvinas, Mar Argentino. Ubicamos la morada en lugar de difícil acceso a los malvados ratones que roban los embriones. Sólo un huevo por ciclo y le debemos todo nuestro esfuerzo para que prospere; uno lo cuida, el otro va por alimento. Si resultó exitoso, en las próximas puestas usaremos el mismo lugar, acicalándolo cada vez.

Ella vuela siempre, pero yo quiero ir más lejos. Inicio una carrera de impulso con mis patas para conseguir que pase suficiente aire debajo de mis alas, las despliego, las bato con fuerza para levantar el vuelo. ¡Arriba! Espero las ráfagas de viento, subo, tomo velocidad, aseguro la posición de mis alones, fijándolos para que se mantengan firmes y pueda aflojar mis músculos. Así es que mis viajes de largas distancias circumpolares, dicen, son eficientes, con poco gasto de energía.

Sólo gran esfuerzo para despegue, aterrizaje y captura de alimento, peces, calamares, kril y desperdicios del arrastre de buques pesqueros.

Planeo, disfruto, descendo un poco... rozo la blanca espuma, me sumerjo y mojo la superficie de mis plumas, mi cuerpo. Huelo algo, mi olfato me indica que por ahí hay rica comida. Me pego un zambullón y consigo algo sabroso. Soy glotón, cuando hay abundancia, lleno mi vientre y luego descanso sobre las aguas hasta que termine la digestión del compartido festín de la bandada. Si estuviéramos criando un polluelo tendríamos que seleccionar la pesca, lo untaríamos con el líquido aceitoso que tenemos dentro para conservarlo mejor hasta volver al nido.

Para bajar el contenido de sal del agua de mar que ingiero con el alimento, lo elimino con una glándula que tengo encima de los ojos y lo vuelco por las fosas nasales. ¡Prodigiosa inteligencia natural!

A veces volamos muy lejos, cruzando los cielos, corrientes de aire, subiendo, bajando, siempre rumbo al naciente. Fríos mares, blancos casquetes helados, desde los nombrados Atlántico Sur hasta Sudáfrica, la India, Australia, Nueva Zelanda, bordando el mar. Puedo volar horas y horas sin un solo esfuerzo de aleteo, solo inclinaciones en busca de rutas. Algunos que hacen los cálculos, anotan como 700 km. por día de andar por los aires. Rutas compartidas con mucho alboroto, a veces en solitario, siempre buscando los aires marinos. Creo que mis parientes

del norte llegan a volar mucho más, me parece que un amigo dio la vuelta al globo en cuarenta y seis días. ¡Oh, somos geniales!

Cuando me sorprende una calma, tengo que reposar sobre las olas, duermo tranquilo hasta que el viento comience a soplar nuevamente. Mis blancas plumas reflejan los brillantes rayos del sol. Mis ojos están rodeados de una marcada franja negra, que me procura un aspecto romántico, soñador y es la característica de la especie. Albatros me llaman los hombres que pueblan el suelo y pescan en los barcos.

Algunas tardes, al tomar un rojizo resplandor el cielo austral, diviso un barco grande, de amplia planchada, donde varios hombres cuentan antiguas historias de navegantes y pescadores, descendiendo hasta ellos, me poso en las barandas de madera. Si noto que soy bienvenido, como buen augurio, comparto con ellos sus charlas y aprendo los nombres que ellos les dan a los lugares y hechos reconocidos por mí.

Así escuché que, dentro de la familia de aves más impresionantes del planeta, los científicos nos clasifican como *Diomedidae*. Comúnmente nos llaman “albatros”. Esa palabra me recuerda la claridad luminosa del amanecer. Ellos homenajean con la designación, a personajes mitológicos, dioses, héroes o algunas historias reales o imaginarias.

Supe, por sus relatos que, en la mitología griega, Homero relata en su *Ilíada*, cómo Diomedes, hombre corpulento y de buena planta, muy fuerte y valeroso, con Ulises fueron los más aguerridos luchadores que combatieron valientemente junto a Aquiles. Destacaban que fue uno de los guerreros que iba en el interior del famoso Caballo de Troya, y que una vez dentro de la ciudad, se comportó como un gran héroe, deslumbrando a los soldados propios y enemigos, por su gran arrojo. Se decía de él, que su protectora, Atenea, le infundía valor y audacia y provocaba que de su casco y de su escudo saliera una luminosa llama parecida al sol de alba. Decían, que la leyenda cuenta que la diosa Afrodita, aquí bondadosa y benevolente, viendo a los compañeros de Diomedes llorar en la tumba, la muerte de su héroe, los convirtió en aves marinas de gran porte para que pudieran volar tan alto como la gloria de Diomedes.

Los individuos en la planchada, han comentado acerca de una película de Federico Fellini, *Ocho y medio*, en la que el actor Marcello Mastroianni habla de nosotros, los albatros, como que somos unas majestuosas aves que poblamos el cielo, somos de buen augurio y que matar o dañar a un albatros podría significar un desastre o una desgracia para quien lo haga, porque se supone que en alto vuelo elevamos las almas de los marineros muertos en el mar.

A un anciano marino le oí relatar que conocía el famoso poema *Rima del anciano marinero* de Samuel Coleridge, Londres 1798, que describe una secuencia fantástica e inesperada, donde inserta ciertas frases proverbiales como la metáfora de “el albatros alrededor del cuello”, para señalar algo que dificulta o entorpece el trabajo y la actividad humana, por su gran tamaño y peso; la cita se hizo uso común. Además, también sostenía que, en exposiciones de arte, existen obras de pintores famosos que representan leyendas que nos muestran en auxilio de navegantes durante naufragios.

Volando, volando. Subiendo y bajando. Muchas veces mirando para abajo, puedo observar a los hombres nadando por las aguas, con movimiento de sus brazos y piernas, como nosotros en el aire. Miden al ancho de sus brazos y notan que los que logran con empeño, destacarse entre otros, son como nosotros, de amplia medida entre sus manos extendidas.

Un joven navegante, habituado relator de hazañas humanas, señalaba en una de esas charlas donde yo escuchaba historias, mientras el barco surcaba altamar, datos asombrosos de humanos deslizándose velozmente por las aguas:

Michael Gross, alemán 1982, recibió el apodo de "el Albatros" porque sus brazos extendidos le daban una anchura de 2,11 metros. Estilo mariposa, oro olímpico, dos títulos

mundiales, cuatro títulos europeos y batir cuatro veces el récord del mundo en esa prueba. “Casi podría venir a nadar con nosotros”.

Mi vida es el aire, en las alturas, los vientos y las aguas inmensas. El mar también es mi condena, tiempos de gozo y tiempos de tristeza. Sólo en el viento, vuelvo a rememorar, una visión borrosa. Volando en bandada, mi compañera se acerca peligrosamente a una red de hombres pescadores. Se enganchan los picos, las alas. Red asesina, red con cables de acero, arrastrando con su peso a las aves, que en gran revuelo de plumas se ahogan en la oscuridad del mar. Mi compañera se hunde en las profundidades.

Albatros me llaman los hombres que pueblan el suelo y pescan en los barcos.

Tristeza. Soledad. Mi destino, los cielos eternos.

Entré a la Armada Argentina después del servicio militar, allá por el año '90. ¡Qué experiencia! Muchos recuerdos increíbles y de los otros. Cuando era chico muchos sentimientos y emociones me apretaban el corazón cada vez que pensaba en barcos y en alta mar. Pensé una y mil veces en el reconocimiento de la noble tarea de servir a los demás y a mi país pero, sobre todo, en los personajes de mis novelas favoritas: las de Verne, Stevenson, Defoe, Salgari, Melville y Dumas. Probablemente me haya hecho marino por esta última razón. Lo cierto es que realicé incontables viajes de instrucción, de apoyo en misiones diplomáticas, de carácter científico por distintos lugares del mundo y hasta permanecí un año en la Antártida.

En mis idas y venidas por el puerto de Mar del Plata por cuestiones laborales, conocí a Roque, integrante de la tripulación del *Stella Maris*, un hermoso barco pesquero que fue salvado del desguace y puesto en valor por una pequeña compañía naviera para la cual trabaja Roque.

El *Stella Maris* es conocido entre los habitués del puerto como “el ave fénix”, porque ha sabido renacer de entre sus cenizas, y salvarse de terminar en el cementerio de buques fantasmas destinados a convertirse en chatarra. Otros dicen que en realidad es porque cuenta con la protección de la virgen que inspira su nombre.

Creo que la historia de este barco con cara e impronta de mujer siempre me llamó la atención, y mucho más después del relato minucioso y apasionado que Roque un día me contó. Él habla de “ella” con inquietante admiración.

Nos hicimos muy amigos, incluso hemos conversado de nuestras vivencias personales y familiares, increíble en mí, ya que soy bastante reacio a hablar de mi intimidad. Pero Roque me inspiraba familiaridad. Tal es así que hasta llegué a contarle de aquel amor de mi adolescencia que aún hoy se encuentra en mi corazón y que no dejo de reconocer que sigue siendo, sin lugar a dudas, mi mejor historia.

Roque me invita a compartir el primer viaje del *Stella Maris* luego de la costosa restauración. Zarpamos del puerto de Mar del Plata una fría mañana de mayo, recuerdo bien porque había sido mi cumpleaños. Todo había sido dispuesto con minuciosa dedicación. Me había comprometido con el trabajo durante la travesía como si fuese uno más de la tripulación, no quería que me vieran como “el invitado”. Si quería volver a vivir una verdadera experiencia, tenía que ser uno más de ellos.

Y así fue... Nos llevó dos días ubicarnos en el lugar indicado para una buena pesca de calamar. Según los cálculos realizados, nos llevaría unos 20 días volver a puerto con los congeladores repletos para que el viaje sea considerado fructífero.

Todo transcurría con normalidad, los días eran intensos y de mucho trabajo físico para ese puñado de hombres que realizaban sus tareas con verdadera responsabilidad y profesionalismo. El ambiente era realmente maravilloso. Las tardecitas las pasábamos en la cubierta disfrutando de la tibieza del sol y de la compañía de las aves. El barco era permanentemente visitado por albatros y petreles que, si bien son difíciles de ver desde la costa, aparecen cuando las embarcaciones se alejan de tierra firme y acompañan a los marinos hasta que la costa vuelve a estar a la vista.

El canto de estas aves era realmente motivador, cuando aparecían y podía reparar en su vuelo era me transportaban a mis primeros viajes de marino. Siempre me ayudó hablarles a las aves como si ellas pudieran entender mi pensamiento o escuchar mi mensaje y transmitirle a aquel amor que siempre me esperó en tierra, que nunca se concretó y enterré en mi corazón desde hace tanto tiempo.

Una tarde, visualizamos cómo, poco a poco, una tormenta aparecía en el horizonte: el cielo empezó a oscurecer, el viento a soplar fuertemente desde el Este y las olas comenzaron a hacerse cada vez más grandes, hasta parecía que también habían cambiado de color. El gris empezó a dominar el ambiente y la humedad ya mojaba nuestras ropas. El capitán hizo un llamado

por altavoz, había que sacar y guardar de la cubierta todo lo que pudiera perderse en caso de que el tiempo empeorara y que el agua quisiera golpearlos.

Todo sucedió muy rápido, de un momento para otro nos encontramos dando tumbos por la superficie intentando sujetarnos de algo que permaneciera firme. Pude con mucho esfuerzo tomarme de una de las redes y sostenerme todo lo que pude, rezando para que la tempestad se calmara. Algunos de los compañeros no tuvieron la misma suerte y fueron peligrosamente golpeados y dos de ellos arrojados al mar. No estoy seguro cuanto duró el episodio de terror, pero si recuerdo que cuando todo se fue calmando empezamos a mirar a nuestro alrededor identificándonos y cerciorándonos de que todos estuviéramos bien. Inmediatamente lanzamos un bote al agua para rescatar a los muchachos que fueron expulsados del barco.

Roque, otros dos pescadores y yo nos arrojamos al bote, encendimos el motor y salimos casi en estado de desesperación por nuestros compañeros perdidos. No sabíamos si los íbamos a encontrar. Navegamos contra la corriente varias horas, sin verlos ni oírlos. Nos detuvimos varias veces, nos quedamos en silencio intentando escuchar algún sonido humano, pero nada. Casi en el momento que estábamos por desistir vimos el revoloteo de las aves... Sí, los albatros volaban de manera singular casi al ras del agua, emitiendo sonidos muy agudos. Sin dudar, deducimos que debían ser ellos. Así fue, milagrosamente estaban vivos pero muy débiles. Casi desvanecidos los subimos a la embarcación y retornamos al barco.

El resto día transcurrió con tranquilidad reparando daños sin dejar de estar pendientes de los accidentados. Fue un susto nada más, y no es que no estemos formados para estas cosas, pero cuando la vida de la gente que nos acompaña está en juego es inevitable la preocupación.

Salí a cubierta como todas las tardes, y allí estaban ellas, las aves. Las incansables e inseparables compañeras de marinos durante largas travesías que ya sea por satisfacer su curiosidad o por ganar el alimento que puede caer de la borda, siguen a las naves día y noche y sólo la abandonan cuando están próximas a tocar tierra o cuando otro buque se acerca y las transporta mar adentro.

Admiro esa libertad de recorrer los océanos de punta a punta. He podido observar su vuelo a poca altura, se levantan de repente, se inclinan casi en vertical sobre uno de sus costados y describen así grandes círculos. Descienden hasta rozar la superficie y vuelven a remontar vuelo sin aparente esfuerzo continuando durante largo tiempo este ejercicio. Son realmente maravillosas. Mientras termino mi café observo a un par, posadas en la proa, como disfrutando del sol y de su cercanía. Que bellas se ven juntas, acariciándose. Como mi amor y yo, ella siempre me decía que nos veíamos muy bien juntos... Leí hace mucho tiempo, que los albatros forman uniones que pueden durar más de cincuenta años, aunque no son inmunes a la infidelidad. Pero lo más sorprendente es que se comprometen con sus polluelos incluso con aquellos que son engendrados por otras aves. Siempre los animales nos dan grandes ejemplos a los humanos. Me dirigí a la cama y me dispuse a dormir después de un día agitado, y como esperándola, la mujer de mis sueños entró en mis pensamientos para suavizar mi descanso.

A la mañana siguiente toda la tripulación volvió a sus quehaceres diarios. Todos estábamos bien, aunque algunos aún seguían en sus camarotes reponiéndose de golpes y cortaduras varias. El trabajo de los días subsiguientes fue más arduo para los que quedamos en condiciones de afrontar la tarea diaria, pero nadie se quejó.

Volvimos a puerto a fines de mayo, unos días antes de lo planeado. Lo sucedido nos había afectado, y aunque la pesca había sido buena en general, necesitábamos recuperarnos. Las aves nos acompañaron hasta casi tocar tierra. Me despedí y agradecí como si pudieran escuchar o entender y cuando volví la mirada después de tomar mi bolso, ya no estaban.

Me despedí de toda la tripulación y del *Stella Maris*. Roque caminó conmigo de salida por el muelle mientras conversábamos acerca de la travesía. Al despedirse, me dijo una frase que aún repica en mi cabeza. —¡Qué “mujer”! Aunque tengas sobrada experiencia, puedes correr peligro en sus brazos —y se sonrió. No sé si se hablaba del barco o del amor que me he propuesto recuperar.

Algo está cambiando

Por José Luis Comita

Como todos los años Doña Albatrasa regresaba a su lejana y solitaria isla en el Atlántico Sur, para continuar con la sagrada tarea de reproducirse. No necesitaba ningún mapa, ni brújula. El GPS lo tenía desde que nació, como un chip instalado en su código genético, para saber que ruta seguir. Nadie le avisó nada, sólo por su instinto sabía que tenía que regresar, a encontrarse con su única pareja.

Los vientos eran más que propicios y favorecían un planeo extenso y suave. Nadie mejor que ella para recorrer largos trayectos con la mínima energía, sin mover una sola de sus alas. Hacía tiempo que no se posaba en tierra firme y cada regreso era todo un desafío para sus desacostumbradas patas.

Una de las cosas que más ansiedad le producía, era que nuevamente se iba a encontrar con sus amigas, vecinas de nidificación: Doña Petrela y Doña Pardela. Tenían dos meses para chusmear y ponerse al día, hasta que nacieran los pichones. Después las obligaciones propias de dar calor, protección y buscar alimento para la única cría, no lo permitía. Siempre trataban de llegar de noche para evitar posibles predadores. La luz de la luna ya permitía divisar la isla.

Como los pilotos de aviones pidiendo pista para aterrizar a la torre de control, comenzó con sus gritos. Petrela y Pardela ya habían limpiado el lugar de piedritas. Vieron la silueta de Albatrasa recortándose en el horizonte. Tenía con que alardear. Sus tres metros y medio de envergadura de alas, la convertían en el ave con las alas más grandes del mundo. El aterrizaje era una maniobra difícil y le demandaba más energía que sólo volar.

—Bienvenida nuevamente a la isla —gritaban mientras se ponían coquetas acicalándose el plumaje para recibir a la amiga.

Miró para todos lados y se extrañó que su pareja no había llegado. Raro en él que siempre llegaba antes a arreglar el nido para que ningún intruso ocupara el lugar.

La isla era ideal para tener y criar los pichones. Por estar alejada y tener costas escarpadas, los humanos no se acercaban y con ellos todas las plagas que los siguen y que causaron estragos en otros lugares: gatos y ratas.

Petrela notó su preocupación y le dijo: “Tú pareja ya tiene mucha experiencia. No creo que haya caído en esas trampas con ganchos que ponen los humanos con pescado. Es comida fácil y muerte segura. Así, ya perdí dos parejas”. Y agregó Pardela: “Yo caí en una y la pasé muy mal. Pero un humano raramente me salvó. Tenía ojos grandes como de vidrio, manos de goma y una máscara en su rostro. Igual por las dudas le regurgité todo lo que tenía en el buche, deliciosas anchoítas y calamares, que sé que a ellos les resulta hediondo”.

—Hay que fijarse bien antes de meterse un bocado —mencionó Albatrasa—. Algunos barcos, les ponen cintas de colores, para asustarnos y que no les comamos los peces.

Pardela: “Notaron que ahora hay muchos barcos que vinieron de lejos y la mayoría no tienen esas cintas. No les interesa ni si quiera asustarnos, sólo quieren llevarse los peces y los calamares. Nos van a dejar sin comida”.

Petrela: “Se dieron cuenta que hay muchos barcos en el mar, pero no hay humanos en las playas, es muy raro”.

Pardela: “Mejor, así no dejan basura “.

Albatrasa: “Ni me hablen, perdí dos pichones dos años seguidos, hasta que me di cuenta. Pensé que era comida esas cosas llamativas que flotaban en el mar de todos colores”.

Pardela: “Esas cositas que flotan, también las tiran los humanos, así como las comes, las largas. Eso si tienes suerte que no te empiece a doler la panza”. Mientras conversaba Albatraza oteaba intranquila el horizonte, para ver si había alguna señal de su pareja, pero nada.

Petrela volvió a tocar el tema anterior: “Saben chicas, además que no hay humanos en las playas, tampoco se observan esas aves gigantes que hacen mucho ruido, vuelan muy alto y sacan humo. Esas deben ser las que se están comiendo a los humanos”.

Albatraza comenzó a las carcajadas por el comentario. “No, Petrela, esas no son aves, son “naves” que usan los humanos para viajar, porque ellos no tienen alas como nosotras; pero es cierto, no las he visto volar y gracias a eso el cielo parece estar más limpio, más azul y las noches son más claras”.

Pardela: “Más raro aun lo que me pasó a mí. Volé bien al sur, donde siempre hay hielo y nieve. Había muy poca, hacía mucho calor y los pocos humanos que llegan allí, siempre muertos de frío, estaban afuera corriendo detrás de algo redondo como jugando. De regreso vi que venía flotando por el mar, un témpano de hielo a la deriva, más grande que esta isla”.

Ya estaba amaneciendo, soplaban una hermosa brisa desde el mar y en el horizonte se recortaba una silueta familiar. Albatraza comenzó a los gritos: “es él, es él. Despejen la pista!!!” Mientras se acercaba, bajaba su tren de aterrizaje, dos enormes patas rosadas. Llegó la pareja de Albatraza.

Traía en su pata derecha, algo extraño. Un anillo de color amarillo. Antes de que dijeran nada se adelantó: “Los humanos me capturaron, pero no me causaron ningún daño. Sólo me tomaron medidas, me pesaron y me colocaron este lindo anillo. En un abrir y cerrar de ojos abrió el buche, y entre los calamares y pescaditos que traía para compartir con Albatraza, cayó otro anillo. Este lo tragué antes que los humanos me soltaran, pensé que te iba a gustar que los dos tengamos uno igual”. Albatraza lo observaba con alegría y mucho amor. Miró a las amigas y les dijo: “Sin duda. ALGO ESTA CAMBIANDO”.

Aquella tarde se sentó en el sillón como si estuviera cansado. Y me pidió que pusiera el agua. Yo lo miré sin ganas, casi sin prestarle atención. Había trabajado muy temprano y pasé a verlo, aunque no estaba para conversaciones. Vi en sus ojos un destello imperativo que terminaba en ruego para hacer lo que pedía, acompañado de una mueca en el rostro que todavía no sé si era de enojo o de nostalgia. Hacía tiempo que no hablábamos, nuestra relación se nos había esfumado con el tiempo, no sabíamos de motivos, pero casi sin darnos cuenta, nuestros caminos se fueron alejando.

Habían pasado años de juegos compartidos. Apenas recuerdo las historias que le gustaba contar, las risas que apretaban la panza mientras él intentaba patear una pelota sin poder dar con ella -no era bueno para el fútbol, pero se esforzaba porque a mí me gustaba-. Un día en plena calle, una carrera de embolsados hizo que estallara de bronca, al caerse perdíamos la competencia -injustamente la caída la recuerdo bien-. Eso parece ahora, parte de otra historia.

La pava silbó, le acerqué un mate y me pidió que me sentara un rato. En su tono ya no había exigencias, su voz se había enternecido mientras se calentaba el agua. No puedo asegurar a esta altura, si ese momento fue exactamente así, pero de esa manera lo recuerdo. Acomodó la espalda entre los almohadones rotos y suspiró junto a un sorbo eterno que aprovechó para pensar un poco.

—De tristezas no quiero hablarte por supuesto, en eso nos parecemos.—A veces las palabras que decía tenían intención de ametrallarme, pero esta no era la ocasión—.

Me contó de cuando vino, ese parecía ser el punto de partida de todos sus relatos. Pero esta vez hablaba de sus propios ojos brillando al ver los edificios, de lo difícil de escaparse del ruido y las luces de las calles del centro. De los restaurantes abiertos hasta la madrugada y de sus mesas llenas de gente charlando a los gritos. De una mujer de ojos marrones y pelo ondulado que había conocido paseando una tarde por el puerto, y que aceptó su abrigo para dejar de pensar en lo que había quedado atrás. Contó de la tristeza al dejar a su madre en la estación, la pobre vieja que le había dado los últimos cinco pesos que quedaban en la casa condenando a sus otros seis hijos.

Algo distinto había aquella tarde de cielo gris oscuro, porque últimamente sus historias me aburrían. Siempre oscilaban entre el coraje de haberse sobrepuesto a la gran ciudad o la disciplina de un trabajador de mar que no declinaba ante las adversidades.

Sin interrupciones más que las del mate, me contó que en ese viaje le temblaban los labios, que le ardían los ojos, que cada tanto se secaba la cara porque le daba vergüenza que así lo vieran. Que la rabia por la pobreza que asfixiaba le estrujaba las tripas. Me contó que sólo se había permitido un bocado por estación porque creía que así llegaría teniendo algo en el estómago. Habló de su titubeo al bajar, y de un temblor de cuerpo que le pedía que subiera al tren que lo devolviera a casa, después de todo... ¿Quién podría reprocharle algo? ¿Quién iba a mirarlo como un cobarde?

—No pude volver por mamá. No hubiera soportado decepcionarla de lo que era su propia ilusión me dijo y le alcancé un mate para que pasara el nudo que lo asfixiaba.

Un trueno sonó casi en la puerta, él respiró como si nada hubiera pasado. Estoy seguro que ese fue el primer momento de toda la tarde en que empezó a mirarme a los ojos.

—Voy a contarte qué me decidió a venir. Y viniendo, conocer a tu madre. Y conociéndola a ella, hoy sentarme a tu lado.—Sonrió por primera vez desde que empezó a hablar y aproveché a cambiar la yerba porque antes no pude levantarme. Algunas gotas bajaban por las paredes descascaradas

de la casa que ya no se arreglaba. Continuó contando que, cuando era chico, le regaló un libro una maestra. Un libro en su casa era pieza de otro museo. No era el único que había, pero seguramente correría la suerte de los otros, evitar que se moviera la mesa, o juntar tierra en algún lugar de la casa. Sin embargo, leyó algunas hojas entre tartamudeos, y fue amor a primera vista. Desde el día que lo abrió, lo lleva inseparable. Con el tiempo llegaría a leerlo más de cinco veces según me dijo—.

Como si estuviera viendo nuevamente las páginas, me contó que el libro era sobre la historia de un marinero que viajaba al sur, y que, en alguna parte del viaje, sin razón alguna, abatía un albatros. La tripulación inquieta culpó al marinero de un porvenir desastroso. En sus recuerdos quedaron como profecía haber leído que la presencia de éstos era buen augurio y que los marineros al morir reencarnarían en estas aves marinas.

Sin detenerse un instante, me contó que él mismo había conocido el albatros en un viaje hacia el polo -al igual que el marinero del libro-, cuando intentaba ganarse la vida arriba de una embarcación que lo ponía a prueba, porque se sabía un hombre de tierra. Después de todo, los campos de algodón habían dejado cicatrices en sus manos como para no recordarlas. Que cuando en un atardecer helado entre los paralelos 54 y 55 vio un albatros serpenteando entre las corrientes de viento, a pesar de los mareos y el miedo que lo apretaba, se le detuvo la respiración por unos minutos. Que durante días sólo había podido pensar en el ave. Antes sólo lo había visto en las imágenes del libro, y aunque en su imaginación lo idealizara, no alcanzaba la grandiosidad de tal creación con alas estiradas. Como si fuera poco, un compañero con el que casi no hablaba, pero que en ese momento estaba con él en cubierta, le dijo que el ave que veían, era conocido como errante y desterrado, que había leído que “atraviesa distancias inmensas para tomar descanso en tierra y que recorren el mar de un extremo a otro, para buscar su subsistencia”.

Ahí dejó de hablar. La tormenta afuera se detuvo como si siguiera de cerca el relato, una humedad que empapaba la espalda se me metió entre la ropa y apreté el mate con fuerza porque ya de grandes, no se acostumbraba abrazarnos. Un pestañeo rápido lo trajo nuevamente al sillón donde estaba sentado. Y me siguió contando que quedó atravesado por esa historia, él mismo se consideraba tan errante como el que más. Al fin y al cabo, su historia era la de un desterrado que a veces creía ver a su madre detrás de vidrios mojados, y creía que los años recorriendo el océano fueron su manera de perseguir un sueño. Recordaba de la felicidad que tuvo a pesar del frío de estar a la intemperie y, como le gustaba decir a él, tuvo que secarse la cara para que así no lo vieran, aunque esa vez no era lo mismo.

En ese viaje iban a desarmar una estación ballenera, ese acto le costaría la vida a cientos de pibes tiempo más tarde, pero prefirió no darme más detalles porque eso lo entristecía. Que, en aquel camino hasta una isla caída del mapa, pudo ver de cerca lo que antes no había visto, la estatura impactante del ave, pero sobre todo, sus alas extendidas de más tres metros, que por momentos daban destellos de sombra sobre el paisaje. En ese instante del relato, me pareció ver a través de sus palabras aquel día.

Los días del mar lo habían llenado de huellas. Contó que los días a veces se le confundían con la noche, que debía pensar dos veces para saber si había dormido entre sol y sol. Que por momentos el frío le crujía en las manos y se quedaba sin ánimo. Los festejos a distancia y los besos y abrazos no dados a tiempo que cargaba sobre los hombros. Eso sí le dolía mucho. Mucho más que el resto. Para ser sincero, sé que eso dolía. Y no sólo a él, también a nosotros... -otra vez injustamente-... también lo recuerdo.

Detuvo la historia pidiéndome que abriera un cajón en la repisa que estaba detrás suyo. Ahí estaba el libro. Lo tomó entre sus manos, entre cuidados de exagerada fragilidad y me pidió que lo conservara, pidió que lo cuide como él lo había hecho a lo largo de los años, que si tuviera la suerte que él había tenido, quizás cambiaría mi destino como lo hizo con el suyo.

Después de tanto tiempo de aquella tarde, hoy escribo esa historia, su historia, mi historia. El viejo me habló de la libertad y de los sueños de un tipo de tierra y de mar. Al escribirla me vinieron los recuerdos de sus manos ásperas y rugosas, de su cara cansada por el paso del tiempo, y de aquellos días que recorría las aguas siguiendo corrientes marinas. Ahora me toca irme a mí. Quizás como errante. Quizás desterrado. En busca de algo que no sé dónde lleva. Con un poco más de cinco pesos y el libro del viejo entre las cosas. Y entonces me acerco nuevamente a él, como cuando jugábamos a la pelota o lo veía entrar a casa al volver del mar.

—Y ahora sí, mi viejo, que te escucho. ¡¡Ay, si pudieras escucharme!! —Caliento la pava y pienso en vos, sigo apretando el mate y, ahora sí... ahora sí, te abrazo a la distancia—.

Esta historia me la contó un viejo marinero, hace ya muchos años. Me encontraba yo pasando unos días de descanso en la ciudad de Mar del Plata, era domingo, el clima estaba frío y ventoso y decidí dar un paseo por el puerto. Por supuesto llevaba mis inseparables binoculares, dado que mi principal objetivo era observar aves marinas, en lo posible desde la punta de la escollera. Había muy poco movimiento, dado el día feriado y el tiempo inestable, que amenazaba con algún chaparrón de esos que duran poco y mojan mucho, tan típicos de la costa sudeste bonaerense.

Casi al llegar al límite de la escollera, vi un grupo de petreles gigantes que volaban al ras del agua, casi rozando las olas, subiendo y bajando rítmicamente, cual cazabombarderos volando en formación... Traté de mirar con los binoculares qué buscaban entre las olas y de pronto me di cuenta que yo no era el único que los observaba, esa solitaria y desapacible tarde de domingo. Un hombre, inmóvil como una estatua, con gorrito de lana y campera marinera rompe vientos, hacía lo mismo que yo. Me acerqué. Por su aspecto parecía un viejo marino, un verdadero lobo de mar, con la piel curtida por la sal y la espuma de las olas. —¡Buenas tardes, Don! —le dije un tanto cohibido—. Mi nombre es José, estoy de visita y por lo que veo también le gusta admirar esas magníficas aves marinas. ¿Cuál es su nombre? —El hombre me miró, como inspeccionándome. Sus claros ojos denotaban tristeza y tal vez alguna añoranza del pasado. Por mis cálculos tendría alrededor de setenta años, aunque su vigor y musculatura parecían intactos. —¡Ah!...sí —me contestó luego de un largo intervalo—. Esas aves nunca se cansan de buscar y buscar entre las rompientes... Luego se quedó en blanco. Al cabo de varios minutos reaccionó y me dijo: —Perdón amigo, me cuesta conversar con extraños... Discúlpeme... No estoy acostumbrado... Me llamo Juan y soy marino jubilado. De los barquitos amarillos, esos que cada vez hay menos. No puedo alejarme mucho del mar. Nuestros botes están en extinción, igual que esas aves. Hoy día salen con enormes buques, con enormes redes... ¿sabe?... Hacen mucho daño, depredan más que pescan. Antes era todo artesanal, pero se va perdiendo, amigo. Y las aves lo saben...

—¿Cómo es eso? —pregunté, totalmente intrigado por lo que manifestaba el viejo marinero.

—Bueno, verá amigo, es una historia un poco larga, que me contó un viejo marino cuando yo recién empezaba con la pesca y tendría alrededor de unos veinte años. Si tiene tiempo se la cuento, aunque ustedes los porteños siempre están apurados... Y diciendo esto encendió una pipa que tenía en el bolsillo.

—Tengo tiempo —contesté, decididamente atrapado por las palabras del viejo marino—. Me encantaría escuchar esa historia.

—Pues verá —dijo Juan—. Hace mucho, mucho tiempo, sucedió que uno de nuestros barquitos amarillos llamado *La Isabela* se hizo a la mar, un radiante día de mediados del verano. Su capitán era un hombre joven llamado Mario, muy experto en el manejo de barcos y amante del mar y de todas sus criaturas. Con una pequeña tripulación navegaba con tranquilidad las aguas del Mar Argentino, buscando algún cardumen grande para tener una pesca abundante y así satisfacer a su patrón. El océano estaba muy tranquilo, tal vez demasiado, y nada hacía prever lo que sucedería horas más tarde. Se alejaron muchos kilómetros de la costa. Como al mediodía tiraron las redes y empezaron con su labor. El lugar escogido era muy bueno y pronto fueron llenando las cajas con pescado y colocándolas en la pequeña bodega del barquito. Las horas fueron pasando, como ocurre en alta mar, casi sin darse cuenta. Pero las cosas iban a cambiar. Casi al atardecer, vieron aparecer por el Sur unos nubarrones muy negros y oscuros, altos como torres, que presagiaban mal tiempo. Mario dio orden de recoger las redes y prepararse para volver al puerto. Pero la tormenta que se avecinaba no les dio tiempo...

La cara del viejo Juan se contrajo, en un rictus de dolor. Como que toda su experiencia en haber sobrevivido a las borrascas del Atlántico Sur y en las cuales tal vez hubiera perdido

algún compañero, pasara por su rostro en un minuto. —¿Sabe, amigo? El mar es como una doncella, una joven dama a quien hay que tratar bien y respetar. Y le dará todo. Pero un error, una equivocación o una falta de respeto... No, eso no se lo perdonará jamás y tarde o temprano lo pagará caro—. Juan me miró, y luego siguió con la vista perdida en el horizonte, tal vez recordando cosas de su propio pasado... y continuó:

—Un fuerte vendaval del Oeste se desencadenó justo al anochecer. Una lluvia torrencial que redujo la visibilidad a cero, acompañada de granizo del tamaño de una pelota de golf, que cascoteó el barquichuelo, destrozando sus antenas y dejándolo sin ningún tipo de comunicación. Pronto, enormes olas empezaron a zarandearlo. Mario trató de mantener la calma y encontrar un rumbo que lo acercara al puerto, pero era inútil en plena oscuridad... Su barquito era como una cáscara de nuez en un hervidero de agua y espuma. Así pasaron toda la noche, sacando agua del bote y capeando el temporal. Con el amanecer la tormenta amainó, el mar volvió a calmarse y *La Isabela* todavía flotaba, con serias averías. Mario quiso orientarse, pero era imposible sin comunicación de radio, ni instrumentos. Le parecía que la tormenta y las corrientes lo había alejado más de la costa y navegaba en aguas desconocidas, mucho más al sur, tal vez cerca de Malvinas. La temperatura bajó muchísimo y sus hombres estaban mojados y ateridos. Y de repente sucedió algo inexplicable: empezó a ver albatros y petreles, que volaban en círculos rodeando al barco y luego tomaban un rumbo determinado... Al cabo de un tiempo volvían y repetían la acción. Una, dos, tres y muchas veces. Por intuición Mario empezó a seguir el rumbo que le indicaban las aves. Y así, luego de varias horas divisó una pequeña isla rocosa, justo cuando *La Isabela* empezaba a escorar peligrosamente. Llenos de algarabía, por haberse salvado, Mario y sus tripulantes fondearon en una pequeña y resguardada caleta. De allí bajaron a la isla, alcanzado a descargar unos toneles con agua potable, algunas cajas con pescado y una bolsa con galletas. *La Isabela* no pudo resistir más y se hundió frente a sus ojos. En el centro de la isla había una gran colonia de albatros y petreles, que en esa época vivían y criaban juntos. Ahí nomás se les presentó otro problema: ¿Alcanzaría lo poco que tenían para sobrevivir en ese pequeño islote, perdido en el océano? Sus tripulantes quisieron aprovechar los huevos de las aves que allí nidificaban. Entre los altos pastos “tussock” lo hacían los albatros, que ponían un huevo en el hueco de un montículo construido en la arena, pero los petreles lo hacían directamente sobre el suelo, en una grieta rocosa. Mario, conocedor de las costumbres de albatros y petreles, lo prohibió. —Estas aves nos salvaron la vida —dijo— y no las molestaremos. Tardan mucho tiempo en incubar y criar a sus pichones. Si saqueamos la colonia las extinguiremos. Comeremos el pescado que bajamos del barco hasta que alguien venga a rescatarnos. Y así lo hicieron, sobreviviendo por varios días a base de pescado ahumado y galletas, hasta que un avión militar los sobrevoló, cuando ya casi no tenían provisiones, y dio el aviso al continente. Pronto, el patrón comunicó a Prefectura el envío de otro barquito que navegaba cerca y había superado la tormenta. Pero éste se encontraba en peor estado de mantenimiento que el perdido *La Isabela* que capitaneaba Mario. Era arriesgado usarlo para rescatar a los sobrevivientes. Cuando subieron al nuevo transporte, Mario se despidió de las aves marinas, agradecido, y prometió siempre respetarlas y no sacar del mar más que lo necesario, total había abundancia para todos, aves y humanos...

Otra vez el viejo pescador se interrumpió... La tarde estaba cada vez más desapacible y empezaron a caer algunas gotas...

— ¿Y qué pasó? —pregunté intrigado. El viejo marino me miró y sus ojos claros se nublaron por un instante—.

—La historia no termina bien, mi amigo —prosiguió en voz baja. El barquito que llevaba a la tripulación rescatada nunca llegó al puerto de Mar del Plata. Se perdió en el océano. Por más que salieron a buscarlo y patrullaron con buques y aeronaves durante horas y horas, nunca jamás aparecieron... Como que el mar se los hubiera tragado... Sólo al cabo de tres o cuatro días encontraron al único sobreviviente, un joven tripulante de *La Isabela*, asido a un salvavidas. — Fue el viejo que me contó la historia—.

Hice un silencio... ya una llovizna fría nos mojaba...pero tenía una duda... —¿Y las aves? —pregunté intrigado. —Mire Don, dicen que a partir de entonces albatros y petreles se separaron. Desesperados para buscar a Mario y sus amigos, que los habían respetado, los albatros volaron mar adentro y por allí los buscan en solitario y casi nunca se acercan a las costas del continente. Dicen que pasan meses en alta mar, sin tocar ningún punto terrestre. Por el contrario, los petreles patrullan más cerca de las riberas... Incansablemente suben y bajan, al ras del mar y rozando las olas, en busca de su amigo perdido... y continuarán buscándolo por siempre, aunque algunos dicen que ya lo encontraron...

—¿Cómo es eso? —inquirí otra vez, totalmente despistado.

—Bajo la forma de una tonina, de esas que surfean las olas y son tan comunes en nuestras costas. Verá, las aves marinas nunca olvidan a un amigo...

Las últimas palabras de Juan me dejaron petrificado. — ¡Hey, amigo! —me gritó Juan. ¡Nos estamos mojando lindo! No quiero que se agarre una gripe por escuchar mis historias. Y que la pase mal en su visita a mis pagos. Mejor vamos yendo. ¡Aparte se me va a apagar la pipa!

Instintivamente le di un abrazo al viejo marino y le dije: —¡Gracias Juan! —ojalá hubiera muchos tipos como vos... Él me miró, con sonrisa cómplice, y ambos seguimos nuestros caminos bajo la pertinaz llovizna marplatense. Y yo me fui pensando en la última frase de su relato “las aves marinas nunca olvidan a un amigo”. Y que, aunque el Atlántico Sur está siendo depredado grandemente por estos tiempos, hay gente que idea sistemas y procesos para evitar que las aves marinas sean víctimas fatales de las artes de pesca. Por lo visto, algunos humanos tampoco se olvidan de ellas.

El casco aferrado a mi cabeza apretaba mis ideas, el corazón golpeaba enloquecido en mi pecho y el aire se negaba a entrar a pesar de los tubos que llegaban a mí.

El sonido del motor del pucará y mis latidos.

Rompiendo el viento con la trompa.

Nos comimos las nubes cargadas de nevisca.

Acortamos el tiempo y achicamos el espacio entre el infinito y esa tierra de contornos y rocas irregulares rodeadas de azul.

Es mi tierra, mi aire, mi mar, mi patria.

La máquina y yo somos uno, la radio habla y el sonido se pierde inentendible, fogonazos despido como dragón en batalla y me vuelvo a elevar, desaparezco y rompo el espacio en picada salpicando municiones junto a gritos de guerra y desesperación, ondea mi bandera celeste y blanca en mis pupilas.

Nos estremece un impacto, lo siento por debajo y las llamas cortan la visión, el azul es rojo y el frío es calor, me despedazo, el dedo pulgar logra apretar el botón y me eyecto, se cristaliza mi piel al instante, pero mi corazón pucará no deja de rugir.

Miro hacia abajo, la imagen llega a mi cerebro que intenta procesar la información, todo se ralentiza -¿estoy suspendido o estoy allí en llamas?- una bola de hierro y fuego con cabina llega al mar y en cámara lenta desaparece engullido por las olas.

Todo se vuelve blanco, emerjo de las nubes planeando, el casco se cubrió de plumas y las antiparras se adhirieron a mi rostro, la trompa se transformó en robusto pico y los tubos por los que respiraban se quedaron adheridos a él, no me molesta el viento, ya no tengo frío, me alejo del ruido, del fuego.

Recorro las costas, los mares y océanos. Se acabaron las fronteras.

Humano, me destruiste con fuego, pero yo sigo aquí.

A veces, por un pez, peleo en broma con Albatros Libertad, lo llamo así porque a esa palabra y sensación me llevan sus imponentes y envidiables alas.

Con los super alados albatros libertad, con paños juguetones y multitudinarias gaviotas seguimos barcos buscando nuestro alimento.

Vi los peces y me lancé en picada emergiendo de las nubes una vez más, mi pico llegó a la presa, pero mis alas perdieron movilidad, me atraparon hilos, y cuanto más me movía más me enredaban, rugió mi motor pucará y haciéndole honor usé toda mi fortaleza para soltarme de esas garras y alzarme en vuelo nuevamente.

Yo esta vez lo logré, muchos otros no, y los vi desde la altura dejar de luchar y perderse entre el agua y las redes.

Humano, me destruyes con tus redes, matas mi familia, y yo sigo aquí.

Cosas raras están pasando, el mar no siempre es azul.

Lo que encuentro en las aguas no siempre es alimento o algas, es tu basura, humano.

Destruyes mi casa, mi mesa, ensucias mi plato, mi comida, y yo sigo aquí.

Y seguiré aquí hasta el último de mis días, hasta mi último suspiro.

Me autoproclamo custodio de las costas, del aire y del mar, y de las tierras de contornos y rocas irregulares rodeados de azul. Esa no es tú patria humano, es mi patria.

Me autodenomino Petrel Pucará, y si vos humano quieres llamarme así, será un orgullo para mí.

El cielo, las nubes y el agua ondean en mis pupilas en celeste y blanco.

Agua, sal, viento. Piedras, algas, musgos. Cielo, sal, tibieza. Aspereza, sol, luna. Estrellas, rocas, nubes. Suavidad, frío, rayos. Relámpagos, truenos, lluvias. Tormentas, mareas, océanos.

Todo esto pasa por los ojos de Marina. Otras imágenes, las crea ella misma sobre el mismo paisaje que está mirando, sentada, en la punta de la escollera, mar adentro, donde se encuentra el Patrono de los Pescadores, mientras caen lágrimas de sus ojos. Él le dijo que ya no estaba enamorado de ella y que estaba enamorado de otra...

Alguna vez cuando caminaba con su mamá, por la costanera, ella le decía, que si veían tres marineros juntos tenía que pedir un deseo o, no, que se iba a enamorar o era... que... un marinero se iba a enamorar de ella. Ya no recuerda. Si recuerda, cuando a los 8 años le regalaron un vestidito azul con rayas blancas en el cuello, era un vestido diseño marinero, ella no quería crecer para poder seguir usándolo, pero, a la mamá, se lo había regalado una amiga, era ropa usada y poco duro. En el colegio lo llevaba debajo del guardapolvo y jugaba a yo soy la marinerita niña bonita de nacimiento que a todos los soldados los saluda al momento... oh, oh, oh años 70, colegio plagado de dictadura y guardapolvos largos a la rodilla, pelo atado, medias azules cuánta represión... Los recuerdos que traen el horizonte atlántico.

Marina sacó de su bolso una botella, una birome, una hoja y escribió, el que encuentre esta nota me puede llamar al 161616177888. Me gustaría encontrar un amor, alguien que me respete y que me que quiera, que quiera compartir la hermosura y la belleza del amor... Cuando de repente un remolino apareció frente a ella, el sol ya se estaba despidiendo del día y un pequeño marinero de treinta centímetros de estatura apareció ante sus ojos y le dijo:

—No te asustes hermoso ser. El servicio meteorológico de los sentimientos me informó que por esta zona se había largado una tormenta de lágrimas y aquí estoy a tu rescate. Vengo desde el barrio de la Boca, de la Plazoleta de los Suspiros es, allí, donde los marineros añoraban a sus seres amados. Tú, con tus recuerdos los has invocado y aquí estoy yo, para ayudarte. Además, querida si todos los que hemos pasado por un mal de amores tiramos una botella al mar, imaginas el océano... dejaría de ser océano para ser un mar de botellas.

Ella no podía salir del asombro, era el genio de la lámpara o el genio de la botella, pero era un marinerito. Ya se hacía de noche y una brisa cálida como abanicando las tristezas la levantó en vuelo era un albatros majestuoso, enorme, sabio. Ella abrazó su cuello y sintió la libertad como nunca antes, se había sentido protegida, no tenía miedo, supo ver el mar desde donde nunca lo había podido ver y también pudo ver sus sentimientos lastimados.

Se dejó llevar y comenzó a viajar y a ver todo desde otro lugar, el marinerito ya no estaba, ella aún tenía la botella con el mensaje en su poder, poder, el poder de volar como en los sueños, excelente aterrizaje. Llegaron a una islita, allí estaba la pareja del albatros esperándolos, la espera, él tenía quien lo espere, que lindo. Ya era de noche y la oscuridad del océano se convierte en un espacio infinito, las estrellas eran los deseos de los viajeros. El sueño se apropió. Comenzó a soñar, ella, ya no era ella, se había convertido en un Petrel, su cuerpo blanco la transformación de su rostro, estaba en medio de una ceremonia con otras aves como ella y petreles machos danzaban con sus cuerpos, con sus picos, el aleteo de sus alas, el cortejo. La seducción, el ser gustado por los demás, la elección de un compañero, la conjunción y la reproducción de ese otro con una. Ella entre tantas, una única para un único. Cultura, monogamia. Se despertó ya no era un Petrel volvió a encontrarse con ella y el sol como en segundos abrió sus ojos. Ya no tenía la botella, el mensaje había llegado.

Marina lo había logrado, se subió al albatros, volvió a ser libre, voló era un ser libre, aprendió a ser libre. Llegó a la orilla. Nunca encontró en ningún mapa la isla.

El que camina sobre el agua

Por Claudio Enrique Machado

No recuerdo la fecha exacta en que me encontré con tu mirada. Sé que fue en una gloriosa jornada. La gran duna brillaba bajo el sol. Seguramente era primavera. Tampoco recuerdo el nombre de mi amigo, compañero de ese día, aunque creo que era Raúl. Un artesano de la ciudad de 9 de Julio que recaló en el paraje, junto a su pareja y la hijita de ella, donde inicié mi camino como maestro rural. Nos unió el destino, la soledad compartida entre las más de cuarenta casitas de veraneo deshabitadas, a excepción de dos o tres, que se asomaban intermitentes entre los verdes médanos de pastos duros. Llegamos a compartir una de mis dos pipas y alguna que otra cena.

Mi viejo 3CV gris, para mí un alarde tecnología automotriz aún hoy, nos acercó unos kilómetros hasta el lugar llamado Punta Florida y luego quedó esperando nuestro regreso como una postal de abandono en aquellas soledades. Recorrimos el resto del camino a pie bordeando la base de la montaña arenosa. Si bien el médano era lamido por el mar, como si repetidamente le pidiera que no le invada, a sus lados se dejaban ver los roquedales de la costa con sus cuevas y las palomas que, siempre fuera del alcance de los visitantes, anidaban allí, pintando las salientes con sus excrementos blancos y sumando sus arrullos al sonido del mar, y los de sus aleteos escapando de las visitas, por si las moscas.

Finalmente, pisamos la pedregosa arena, caminamos unos metros hasta donde el oleaje y la marea había arrinconado una ballena, dedujimos que eso era porque parte de su cola asomaba tímidamente y una parte de su cuerpo se dejaba ver como resistiéndose a ser cubierta completamente. Allí nos vimos por primera y última vez. Negros tus ojos, imponente tu figura gris sobre las olas, robusto tu pico. Te mecías con total naturalidad, pero atento a nuestros movimientos.

Después entendí que el mar era tuyo. Nos mirabas y tan cerca estabas que tus ojos se grabaron en mis recuerdos. Tus compañeros, cautos, se alejaron en algún momento, pero vos te quedaste un rato más. Quizá fue curiosidad o simple vigía para entender que hacíamos con aquel infortunado cadáver, porque en todo caso no pertenecíamos a ese entorno.

Tenía mi pretensioso cuchillo de monte y como dos caníbales nos dimos a la tarea de llevarnos una muestra del hallazgo. La dura piel se resistía, pero al final obtuvimos un enorme disco que luego fue a descansar al “museo” marino de la escuelita.

En un momento trepé los acantilados con el fin de responder a mi vejiga que pedía alivio. Mientras tanto Raúl continuaba fatigosamente, pero decidido, con la labor cuchillo en mano. Ese glorioso día (ya lo dije) la arena y el azar me regalaron, entre sus duros pastos, un par de piedras negras cuyo filo y puntas se destacaban claramente y ahora que lo pienso, eran tan negras como tus ojos. ¿Qué más pedir de un día de aventuras!?

Pasaron dos semanas para poder regresar solo al lugar, empujado por mi curiosidad nunca satisfecha. Para mi sorpresa nada quedaba del cetáceo o de vos y tu bandada. Tampoco hubo más souvenirs de piedra para mí. Solo la brisa y el ruido del mar avisando que llegó a la orilla. Parecía que nada allí hubiera ocurrido días antes o nunca.

Antes del final del año, cansados de su vida de campesinos, Raúl, su pareja y su hijita, regresaron a 9 de Julio. Él a dedo y ellas en micro, un poco por ahorro y más que nada para remarcar sus diferencias. Nunca más supe que fue de ellos y del jardinero azul de jean de mi amigo y su gorra de visera ochentona con la que se cubría todo el tiempo. ¿Qué habrá ocurrido con aquel trofeo blanco y redondo? Tampoco lo sé.

Las puntas de flecha se perdieron años más tarde en un incendio a pesar de la cajita de metal que las atesoraba. Perdida que debo confesar, aún hoy me duele.

Finalmente, al cabo de casi tres años deje el paraje. Pasaron otros treinta y me quede con tu mirada, atenta, oscura, brillante y la majestuosidad de tu porte. ¡Puedo decir que te vi y me miraste! Quiero pensar que tuviste una vida plena (lo digo en pretérito porque leí que los Petreles pueden vivir unos veinte años). Que las redes no te atraparon, ni los plásticos invadieron tu mar o el petróleo mancho tus aguas o tantos de nuestros “avances” de la civilización te hicieron daño. En todo caso compartimos nuestro amor por el mar y si esta historia no hubiera sido real diría que es sólo un cuento.

- ¿Ya salimos? –dijo Tomás a sus padres.
–Si mi amor estamos cargando las valijas en la camioneta, abrígate que hace frío.
–Si mami –el pequeño entusiasmado con el viaje que harían no tuvo problemas para levantarse de la cama esa mañana, cantaba por lo bajo mientras tomaba el desayuno.
–No te apures tanto, que falta un rato todavía para salir.
–Bueno mami es que estoy muy apurado por ver las ballenas y esos pájaros grandes que vuelan sobre ellas y las picotean, como me dijiste que se llaman.
–Albatros –le contestó la mamá.
–Bueno, cómo va todo, ¿ya están listos para la gran aventura? –comentó el padre de Tomás sonriendo. Creo que no olvidamos nada.
–No te olvides los binoculares –dijo Tomás que estaba atento a los preparativos.
–Sí, Tomás, está en mi mochila los llevo a mano por si vemos algo interesante en el camino.

A las nueve de la mañana en punto con la camioneta cargada de valijas y expectativas por el viaje que harían salieron a la ruta que los llevaría al destino fijado.

–Vamos que Puerto Madryn nos espera –dijo Tomás calzándose la gorra de visera que estrenaba ese día.

El camino era bastante largo que tenían que recorrer, pero el entusiasmo superaba todo. Tomás, hablaba sin parar, sus padres sonreían al verlo tan entusiasmado, iban a ser unas vacaciones inolvidables.

Pararon en la ruta para cargar combustible y tomar un café.

- Yo con medias lunas –pidió Tomás– y con leche.
–Sí, pero tomá más despacio te vas a ahogar con las medias lunas –le decía su mamá–. En diez minutos salimos y en dos horas llegaremos a Puerto Madryn.

Llegaron para la hora de la cena, el hotel que habían reservado por internet estaba frente al mar, era una fría noche del mes de septiembre, era el mes donde los enormes cetáceos hacían su aparición en la costa.

Luego de cenar se dirigieron a la habitación, Tomás fascinado parecía que no dormiría en toda la noche, no paraba de hablar, quería ver esos enormes pájaros marinos revolotear sobre las ballenas.

Como habían planeado a las ocho y media bajaron a tomar el desayuno, el comedor estaba colmado de turistas que hablaban entusiasmados en varios idiomas.

- Cuánta gente extranjera que viene a visitar Argentina –comentó el padre de Tomás.
–Mira, mamá, el cuadro que hay en la pared, qué hermoso ¿son albatros?
–Sí, son inmensos, sus alas deben medir muchos metros.

Se acercó el mozo que atendía esa mesa y le explicó a Tomás, al verlo tan entusiasmado que eran las más grandes de todas las aves marinas, que generalmente vivían muchos años y cuando tenían pareja siempre era la misma, hasta que uno de los dos muriera, recién entonces se unía a otra ave.

- ¿Viven muchos años? –preguntó el niño curioso
–Sí, pueden llegar a vivir cincuenta años o más.
–¿Cuántos no? –dijo sorprendido por la respuesta Tomás.
–Tomá tu desayuno, Tomás, que se enfría y el cuerpo necesita calorías, está haciendo mucho frío.
–Sí, mamá, es que me gustan mucho los albatros, ¿y qué comen?

—Vuelan muy alto y escuchan a muchos kilómetros si hay algún cardumen en la zona, despliegan sus alas y planean hasta el lugar de donde proviene el sonido y sumergen sus largos picos tratando de obtener su comida, cuidando que no haya ningún tiburón cerca, porque si lo atrapa lo arrastra hacia el fondo hasta que el albatros se ahoga y ya no se resiste.

Los ojos azules de Tomás cada vez más grandes imaginaban todo lo que le estaba contando el mozo.

—¿Y tienen hijitos?

—Sí, primero hacen un nido en la parte más alta y reparada para que ningún animal pueda llegar hasta allí y no se coman los huevos, hasta que nacen la cría siempre los están cuidando cuando sale la hembra para comer, se queda el macho, y así se turnan para que no quede solo el pequeño albatros, cuando vuelven de esas salidas traen para alimentar al pequeño.

—Es un ave que está en peligro de extinción. Muchos quedan enganchados por las redes de los barcos pesqueros, al querer atrapar a los peces y mueren ahogados.

—¿Y los pequeños? —pregunta Tomás.

A los seis u ocho años ya están preparados para buscar pareja le contesta el mozo.

—Qué interesante —comenta el padre de Tomás que escuchaba atento al joven que relataba con tanto detalle sobre la vida de los albatros— conoces bien el tema.

—Sí, viví muchos años en Malvinas y estudié todo lo relacionado con las aves marinas, es atrapante el tema. No quiero desilusionarlos pero acá las aves marinas que hay son un poco más chicas que el albatros, si tienen suerte tal vez alguno se acerque a nuestra costa y lo puedan ver.—La carita de Tomás se entristeció al escuchar las palabras del mozo—.

Le dieron las gracias al joven y se retiraron del hotel. A las doce saldrían con la lancha hacia el golfo donde estaban las ballenas con sus crías.

Tomás estaba feliz y preocupado a la vez por la explicación del mozo del hotel, había dicho que no verían a las grandes aves acuáticas...

Llegaron hasta la playa donde embarcarían en una gran lancha, que los llevaría hasta el centro mismo del golfo, esperaron unos instantes y comenzaron a aparecer los grandes cetáceos que se acercaban a la embarcación como dándole la bienvenida a los visitantes.

No tardaron en aparecer unas aves que revoloteaban sobre el lomo de las ballenas, Tomás miraba ansioso, pero no eran albatros, sino petreles un ave marina más pequeña, desilusionado porque no apareció ningún albatros estaba cabizbajo y pensativo.

—Qué pasa, Tomás —preguntó su madre— ¿no te gusta el paseo?

—Si aunque yo quería ver... —y ya no dijo una palabra más, sus ojos azules se abrían cada vez más. Y riendo dijo:

—Mirá mamá —levantando la vista al cielo, era un albatros que volaba con sus enormes alas extendidas y pasaba cerca de la embarcación. La alegría volvió al rostro del niño que saludaba al ave con sus brazos en alto es hermoso y que grande comento el niño emocionado.

El guía de la embarcación tomo el megáfono que llevaba para hablar a los pasajeros y les dijo: —Hoy es un día, ¿especial saben por qué? Además, de contemplar a las hermosas ballenas con sus crías, los ballenatos, nos vino a saludar la más grande y majestuosa de las aves marinas.

El Albatros.

El sueño de Hernán

Por Patricia Picardi

El viento patagónico con sus furiosos soplidos, limpia la arenisca de los acantilados y provoca en el océano, un baile frenético en sus aguas. Hoy, el firmamento immaculado, es telón de fondo para que el prístino color blanco de los albatros, contraste en él. Decenas de ellos, sobrevuelan el helado Mar Argentino en busca de su alimento predilecto: calamares, crustáceos y peces. Con una envergadura de casi dos metros y medio, se lanzan sobre la superficie marina y allí cazan a su antojo. De vez en cuando, si un pez de su preferencia se hace el escurridizo se zambullen.

Esta tarde, una pareja de albatros regresa de un largo viaje, aunque no están exhaustos, ya que su vuelo es rápido y eficientemente energético. Están juntos desde su primera juventud y serán fieles hasta el fin de sus días. Mientras tanto, algunos kilómetros mar adentro, un barco pesquero emprende su regreso. Hernán, un joven marinero, se instruyó acerca del manejo y utilidad del "espantapájaros", ya que las consecuencias de la pesca de arrastre y palangre, son devastadoras para esta especie. Le hubiese gustado seguir la carrera de biólogo marino, pero no está al alcance de sus posibilidades económicas. Los otros marineros, son chicos buenos que no tienen maldad hacia las aves, pero no tienen otra opción que trabajar en el buque pesquero.

Los petreles, mucho más grandes que sus parientes cercanos, se alimentan en la zona pelágica del océano con carroña; arriesgando, y la mayoría de las veces, perdiendo su vida en las redes. Albatros y petreles... piensa Hernán. Al finalizar su tarea, por la tarde se dirige a la playa, para tener otra visión del vuelo y los refugios en los acantilados. El sol se oculta, ese sol fuente de vida, tan perfecto su color. El mar sereno, ahora, cientos de cantos cercanos y lejanos, la arena dorada se tornará en diminutos diamantes plateados, cuando la luna despliegue su majestuosa presencia. Hernán se siente realmente privilegiado de asistir a tan maravilloso acto de la naturaleza, y con el viento frío golpeando su rostro joven pero curtido, emprende el regreso.

Mañana será otra intensa jornada de trabajo, pero está muy ansioso, ya que la pareja de albatros que viene observando, está nidificando. En setenta días aproximadamente, nacerá el polluelo y los amorosos padres, se turnarán para salir a buscar alimento. Muchos petreles, ya están alimentando a sus crías con kril y con el aceite elaborado en su estómago. Al día siguiente, repite su ritual de visitar la playa; hay un griterío multitudinario de aves marinas que se abalanzan sobre los restos de un lobito marino, que fue presa de un macho adulto. Contemplando los designios de la naturaleza, los pensamientos de Hernán van más allá de su trabajo en el barco pesquero. Su imaginación, lo lleva a un gran barco, con la bandera argentina flameando en el mástil mayor. Celeste, blanco, cielo, sol, él y sus compañeros marineros de altamar, cuidando las costas, cantando con delfines, petreles, ballenas francas, albatros, peces, olas, espuma, mar. Una intensa ráfaga de viento, lo despierta de su mágico sueño, hermoso sueño.

Luego de la cena, toma su computadora y comienza a investigar, qué universidad dicta la carrera de biólogo marino. Para su sorpresa, el Instituto Biomarino Pesquero Almirante Storni, ofrece tres becas. Completa el formulario, se postula y pasado un mes, recibe un mail en el que consta el otorgamiento de la beca. La felicidad de Hernán no tiene límites. Al término del verano, se despidió del capitán y sus compañeros. El Domingo previo a su viaje, fue a la playa, el sol brillaba como nunca, el mar le ofrendaba sus magníficas olas, albatros y petreles volaban en círculos sobre su cabeza, hacían algo así como una reverencia y su canto se confundía con el bramido del océano fértil. Luego se alejaron. Hernán los observaba haciendo su vuelo rasante en búsqueda de tan preciado manjar. Una lágrima tibia se deslizó sobre su mejilla, y allí mismo, les hizo la promesa que siempre volvería a caminar sobre esa arena, frente a ese mar, con el viento del sur golpeando su piel...

Pasaron cinco años ya, Hernán va a preparar su tesis este verano, que estará relacionada con la conservación de albatros y petreles. Como marinero que ha trabajado varios años en la pesca, entiende y vio con sus propios ojos como mueren las aves que tanto admira. Así que investigó acerca de la ATF filial Argentina, cuyo objetivo es aplicar medidas para moderar la interacción entre dichas aves y los barcos pesqueros; realmente está muy comprometido en ese sentido. Con mucho dolor, piensa que no sólo perecen en la pesca, sino también con la contaminación, sobre todo plástico que ingieren y la destrucción del hábitat. Tan sólo un huevo por temporada... y el indefenso polluelo, muchas veces es devorado en el nido, mientras sus padres vuelan en busca de alimento.

Hernán les comenta a sus padres que tanto petreles como albatros pueden llegar a vivir hasta sesenta años, y en ese punto se enoja mucho, porque tienen tanto en contra, que serán pocos los que lleguen a la vejez. Escribe, investiga, lee y lee... Otro proyecto que lo tiene muy entusiasmado, es unirse a la ATF cuando se gradúe, y ser instructor de marineros, embarcar con ellos durante algunos días, asesorar, dictar cursos, proveer de herramientas prácticas y fáciles de usar. ¡¡Hay tanto para hacer!! Pero bueno, falta poco para cumplir su sueño de ser biólogo marino que, con esfuerzo, pasión y amor, está recorriendo el último tramo de su misión. Y, sobre todo, poder trabajar para la conservación y la lucha diaria para salvar a sus queridos albatros y petreles.

Esta historia comienza a las orillas del mar en Claromecó. En el Auditorium Mayor de las gaviotas, justo al amanecer, con la transparente claridad del día. Juancho, el instructor más viejo de vuelo diurno, creyó divisar a la distancia un bulto nuevo, un color diferente. Ya estaba muy mayor para aventurarse a las largas travesías, no obstante, la curiosidad pudo más.

Pensó: Volando y descansando cuando se agoten mis fuerzas, llegaré, no importa el tiempo que tarde. Así, ni lardo ni perezoso emprendió el vuelo. Las gaviotas lo miraron asombradas, aún mantenía cierta galanura en el vuelo, envidia de los polluelos que no se atrevían a ejecutar el añorado ascenso.

¿Habría sido un sueño, un espejismo o el Tatita Dios de sus ancestros lo estaría llamando al cielo de las gaviotas? Pero no, allí sobre el húmedo médano, entre flores rosadas y oscuros líquenes sobresalían un pequeño bulto, brillante y cálido. Se acercó con recelo ¿Qué sería? No lograba reconocer que era. De algo estaba seguro, no era de la familia de las gaviotas. Se acercó, se animó a tocarlo. Un corto gemido y en un abrir y cerrar de ojos, el pequeño bulto buscando el pecho de Juancho.

Juancho se quedó inmóvil, sorprendido, no obstante, se sintió bien con ese inesperado contacto. ¿Cuántas horas pasaron? No lo supo, pero por primera vez después de largo tiempo sintió que alguien lo necesitaba, buscaba su refugio, su calor y ternura. Esa noche Juancho durmió feliz.

Juancho intentaba salir de letargo del sueño; ¡qué extraña sensación! De pronto escuchó:

—Papi, papi, despierta, ya es de día tengo hambre.

¿Eh? ¡Néstor, Néstor! Despertó Juancho ¡Cuánto tiempo hacía que no hablaba con Néstor! Néstor su único hijo que partiera un día a los lejanos mares del sur. Por eso Juancho oteaba el horizonte cada mañana, olfateando en busca de un olor conocido, una silueta familiar y nada, nada...

Cuántas primaveras, cuántos otoños, esperando su vuelta. Es Néstor ¿habría olvidado la ruta de regreso? Pero no, para su sorpresa una criatura desconocida lo llamaba ¡papi! Es más, le pedía comida.

Una bruma fría avanzada del mar, dando una apariencia fantasmal a la costa. Juancho intentó alejarse y buscar refugio antes del temporal. Fue entonces cuando tropezó con una pequeña carita de ojos vivaces y un pequeño pico que se abría para volver a exigir alimento. ¡Qué caradurez! Pensó Juancho, querer burlarse de una vieja gaviota llamándolo papi. Sin embargo, nadie se encontraba en el lugar, intentó volar, pero estaba demasiado cansado, era inminente el regreso a un lugar seguro, ya que el mar bramaba con furia.

Otra vez entre sus patas, ese bulto pequeño, gritando desesperado, temblando de miedo. En un momento, sus pequeños ojos se clavaron en los ojos de Juancho y el viejo instructor penetró en esa profunda mirada y ocurrió algo mágico, fue como si encontrara allí en la hondura de esos ojos transparentes, los ojos de su hijo Néstor. Entonces no dudo más lo tomó con su pico y juntos emprendieron el regreso.

Después de mucho andar llegaron a la colonia. Ese día estaban más alborotadas que nunca. La sorpresa fue mayor al ver llegar a Juancho y su acompañante. Pepe Bravucón y Ostentoso, se acercaron burlones y curiosos ante el nuevo visitante. Pero Tina cariñosa y gentil abrazó a su tío tiernamente y preguntó:

—¿Quién es?

—No lo sé, lo encontré solo y no pude dejarlo.

Tina era una hermosa gaviota cocinera juvenil, en su adolescencia perseguía barcos en mares y puertos distantes. Pero un trágico día se acercó demasiado a un navío, siendo arrastrada hacia las hélices se encuentran entradas de índice. Desde aquel día nefasto, Tina la audaz, perdió su ala derecha, sus plumas de vuelo. Desde entonces mira el mar y los barcos con nostalgia porque ha perdido su capacidad de volar.

La gaviota gris, la machi de la colonia, juntó hierbas curativas y curó las heridas exteriores, pero no pudo sanar las heridas de su corazón. Al ver al pichón se despertaron en Tina, sus sentimientos maternales y desafiando burlas lo tomó bajo su cuidado. No estaba sola, la secundaba el viejo instructor. Juntos se la arreglaban para dar todo lo necesario a Errante que así llamaron a ese pequeño desconocido.

Los días pasaron, muchos soles, muchas tormentas. Volaron las hojas del almanaque. Juancho pertenecía a la colonia de las gaviotas cangrejas que son muy confiadas y bullangueras, cabeza blanca, collar dorsal blanco, pico amarillo con ápice negro y rojo. Alas largas, agudas y negras.

Errante se parecía a la familia de las gaviotas, pero presentaba diferencias en relación a ellas, era enorme, imponente, pero se desconocía su origen lo que creaba resentimiento y murmuraciones entre las aves costeras, en especial de Pepe Bravucón y Ostentoso, que pasaban el día persiguiendo a los pequeños.

Nunca se cansaban de presentar su linaje. Pepe Bravucón, pertenecía a la familia de gaviotas Capucho Gris, en tanto Ostentoso a la familia gaviota andina. Creían que esto los autorizaba a dirigir la vida de los integrantes de la colonia. Los obligaban a trabajar 12 horas diarias en busca de alimentos y, por supuesto, dejar los más ricos manjares para Pepe Bravucón y Ostentoso, para colmo de males, cerraron la pista de entrenamiento de vuelo. Prohibiendo la práctica de este deporte nacional. Solo permitían que nadaran, pero no muy lejos de la costa. Juancho había perdido su trabajo y la oportunidad de entrenar a los juveniles y transmitirles los secretos de su profesión.

Errante ya estaba en la categoría de los juveniles, sin embargo, aún no se había iniciado en el vuelo como tantos otros. Esto preocupaba al viejo instructor, pensaba si olvidaran la técnica las rutas de nuestros mayores, no sabrían emigrar a otros hemisferios o lo que es peor, jamás encontrarían la reserva natural, vegetación de estepas con vertientes de arroyos y lagunas, no podrían anidar lejos del mar y se perdería la especie para siempre.

La situación era grave, Juancho decidió que debía hacer algo. A altas horas de la madrugada, antes que los trabajadores fueran al mar, Juancho llamó a Errante y a Tina, les pidió que lo siguieran sin hacer ruido. Caminaron hasta el faro, vigía permanente de lejanos navíos. Juancho tomó una pata de cangrejo y dibujó en la arena húmeda rutas de vuelo, direcciones, coordenadas, paralelos y meridianos, diciendo a sus acompañantes. Deben grabar en su memoria los datos, las distancias, las direcciones, el nombre de los vientos, y ¡muchas cosas más. ¡La cabeza de Errante estaba por estallar! ¡cuánta información de golpe! Sin embargo, aún faltaba lo más importante: la práctica de vuelo, el bautismo.

Errante temblaba de emoción y el rayo de la luna y la luz persistente del faro, se aventuró a efectuar el ascenso. Prepara tus alas, extiéndelas, ahora tus remeras, mantén en equilibrio tus timoneras, impúlsate al agua, listo ¡ahora! El oleaje furioso castigaba la costa pero no pudo con la fortaleza, la osadía y el ardiente deseo de volar. Fue entonces que lo vieron elevarse en un vuelo majestuoso, rasante. Tina lloraba de alegría y el corazón de Juancho era un ruidoso tambor. Volvieron rápidamente al campamento donde aún todos dormían.

Pasaron varias semanas. Un día la colonia despertó muy alborotada, el vigía mayor había descubierto enormes barcos ocupando el horizonte con redes gigantes, extrayendo de las aguas el

tesoro máspreciado, los peces, pero todos los peces, grandes y pequeñas crías. Con horror vieron, la depredación de las aguas de su propio dominio.

Pepe Bravucón y Ostentoso llamaron a una asamblea general a todos los individuos de la colonia. Todos acudieron presurosos a escuchar a los dos líderes, esperando respuestas saludables a todos, ya que se acercaban tiempos de hambruna. Aunque los peces eran el principal alimento, la mayoría de las gaviotas podía comer sea siguiendo el arado cuando roturan la tierra para devorar succulentos insectos que son un manjar muy apetecible y si no cangrejos. Pero Errante, no sólo presentaba diferencias de raza, también su alimentación era distinta. Él comía gran cantidad de peces, sólo peces. Eso no era todo. Tina se mantenía triste y gruesos lagrimones caían de sus bellos ojos, en los muelles, cuando escuchaban la sirena de los barcos. Entonces, Errante decidió hacer algo por Tina. Pidió que lo acompañara antes del amanecer a sus excursiones nocturnas allí junto al faro luminoso. Tina no entendía nada ¿para que las cuerdas de rayitos de sol? Entonces Errante se acostó en la arena y pidió a Tina que subiera sobre su espalda y posara sus alas sobre las cubiertas alares, dejando libres sus remeras primarias y secundarias, Tina dócilmente obedeció. Juancho ató a Tina al robusto cuerpo de Errante, con las cuerdas de rayitos de sol. Se escuchó la orden de Juancho: ahora tienes el viento a favor ¡ya! Y ocurrió algo asombroso, inesperado Errante volaba a ras del agua salada llevando a Tina, a quien el aire del océano, castigó su cara, el húmedo aliento del mar se transformó en su propio aliento, dándole una gran sensación de libertad. Era algo sublime, el Dios, Señor de los Cielos y la Tierra, le había dado el vértigo embriagador del vuelo, se sintió feliz, ¡muy feliz!

Al fin regresaron a la costa y esta vez Tina derramo lágrimas, pero de alegría y así fue como Errante le ayudo a curar las heridas de su corazón. Esa madrugada al llegar a la Colonia encontró a todo el mundo alterado y despierto.

– ¿Qué pasa? – preguntó a Juancho, más la bullanguera voz de las gaviotas, con gritos destemplados, no le permitían entender lo que pasaba.

En el alto médano, se instalaron Pepe Bravucón y Ostentoso, quienes con frialdad respondieron: a partir de hoy no hay peces por la depredación humana, vamos aplicar estrictas medidas de emergencias.

Primero: Juancho, Tina y Errante, deberán emigrar de la Colonia ya que son una carga para nosotros.

Segundo: Todos deberán trabajar dieciséis horas diarias para buscar el sustento. También los niños.

–¡Nooo! –gritó Errante. ¡Que crueldad la de estos pillos!

Pidieron a la multitud que expulsaran a los indeseables. Nadie dio un solo paso hacia ellos. Entonces furiosos, Pepe Bravucón y Ostentoso comenzaron a empujar a Tina y a Juancho.

–¡Alto! No te atrevas, desgraciado, no toques a mis padres.

Se volvió hacia Errante, que indignado se eleva, abriendo sus alas. Esto causó asombro y estupor, y el ¡Oh! de la multitud fue tan ruidoso que se acercaron Petreles a ver que sucedía. Errante desplegó sus alas para asombro de todos, que llegaban a tres metros veinte de envergadura. Sorpresa, miedo y estupor. Fue entonces cuando Petrel Mayor le dijo a Juancho:

–¡Oye, chico! ¿No te habías dado cuenta, de que tu hijo adoptivo es un Albatros Errante?

Pepe Bravucón y Ostentoso, intentaron la huida, sumergiéndose, en las aguas marinas, pero, Errante los persiguió velozmente, ya que los albatros, son eximios nadadores, trataron de elevarse pensando que Errante no sabía volar. Pero para su sorpresa, este siguió en vuelo rasante planeando sin cansarse.

En un intento desesperado por escapar, se sumergieron en el mar en zonas desconocidas. Errante recordó el mapa que el viejo Instructor le hizo memorizar, se dio cuenta que iban a una trampa mortal.

—Se hará justicia —pensó— quedarán perdidos para siempre, ya no molestaran.

Pero a pesar de eso ¿Por qué se sintió incomodo? Sentimientos opuestos torturaban su pecho, albergando ira, odio, deseo de venganza. ¡Gaviotas malvadas! Recordó la sonrisa de Tina y Juancho que lo miraban con ternura, al fin y al cabo, Tina y Juancho también eran gaviotas como Pepe Bravucón y Ostentoso. ¿Qué pensarían ellos si los abandonara? Jamás podría perdonarse el causarles un dolor, una vergüenza a su familia adoptiva. Tina y Juancho representaban el amor y la solidaridad. Pepe Bravucón y Ostentoso el abuso del poder y la codicia. Comenzó a pensar que quizás Pepe Bravucón y Ostentoso no habían tenido la suerte de tener padres cariñosos, como tuvo él, que le dieron todo aun sin conocer sus orígenes. La bondad de su corazón pudo más, se lanzó al rescate.

El espanto apareció en el rostro de los perseguidos. Errante velos se dirigió hacia ellos y los impulso hacia la superficie, impidiendo que cayeran en la contracorriente fría que venía del sur. Traten de ganar la costa, eviten los vientos helados, hacia las coordenadas del hemisferio Norte, de lo contrario morirán congelados y los líquenes y algas de las profundidades serán su tumba. Comprendieron que decía la verdad, sus patas estaban duras y sus alas pesadas. Ostentoso a pesar de ser más corpulento percibió que un gran sueño lo alejaba de la realidad, sus ojos se cerraban. Resiste, debes luchar, si te duermes no despertarás jamás y el fondo del mar será tu lecho eterno. Estas palabras asustaron y el instinto de supervivencia pudo más con aleteos desesperados, guiados por Errante, se acercaron por fin a la playa, a los médanos, a su colonia.

El Petrel le dijo a Juancho:

—¡Oye chico, tú sí que eres un gran instructor, tu niño domina todas las artes del vuelo y además es un eximio nadador!

Ese día la Colonia tuvo una gran fiesta, los bichitos del monte se acercaron a la playa, las flores de los médanos se mantuvieron abiertas hasta muy tarde, engalanando de color el lugar, alumbrada por las luciérnagas y por el Faro de Claromecó. Los Ostreros, Petreles, Palomas Antárticas, Gaviotines, Paiño y muchos más, se dieron cita para compartir la alegría de las gaviotas... Y colorín colorado, este cuento por fin a terminado.

Pelu, el albatros viajero

Por María Elena Marc (Mar del Plata)

La historia de hoy, te la contamos desde el aire, porque sus personajes viven volando y planeando, se apoyan en el viento para volar mejor y descansar. Pueden dar una vuelta alrededor del mundo en 46 días. Además, algunos familiares de Pelu, han llegado a hacer siete viajes alrededor del mundo de tanto que les gusta volar. Nuestro amigo, como ya te disté cuenta se llama Pelu y es un albatros al que le encanta viajar.

Cuando los papás de Pelu decidieron tener un bebé, fueron a la costa del océano Atlántico Sur, en Argentina. Allí buscaron el mejor lugar para hacer su nido, donde su pequeño pasaría por lo menos un año, hasta ser lo suficientemente fuerte como para volar. Encontraron un acantilado, en una colonia de albatros en la que vivían algunos amigos y donde hicieron otros nuevos; que los ayudaron a encontrar el mejor lugar para hacer su casita. En lo alto del acantilado, para ver mejor el hermoso mar azul.

Allí hicieron el nido con algunas pajas y mamá albatros se preparó para poner el huevo, del que nacería Pelu. Así, comenzó la historia de nuestro amigo albatros; y también una etapa de espera, para los papás. Igual que cuando esperas a un hermanito. La diferencia es que los papás, en este caso, se tienen que turnar para mantener siempre calentito el huevo. Así lo hicieron, ellos se turnaban para cumplir con la tarea de cuidarlo, calentarlo y protegerlo e ir a buscarse comida al mar, una vez cada uno.

Después de un tiempo de mantener el huevo calentito, una mañana muy fría, pero con un hermoso sol, papá albatros escucho un ruidito debajo suyo, despacito se levantó y miró. ¡Qué sorpresa! El huevo estaba roto, pero, ¿qué paso? si a mí no se me golpeó, pensó. En eso estaba el papá, cuando vio que, de adentro del huevo, un pico negro empujaba para sacar un pedazo de la cáscara. En ese momento, llega mamá albatros que había ido a buscar comida. ¡Que emoción! No podía creer que su pequeño ya estuviera queriendo salir. Esperaron un rato más y de nuevo su pequeño se movió, rompió la cáscara en dos y salió sin problemas. Mamá lo limpió con su pico muy suavemente y lo acurrucó debajo de sus alas inmensas, porque empezaba a bajar el sol. Por su parte, papá albatros salió buscar comida a la noche que es la mejor hora, con la intención de encontrar el plato predilecto de mamá: los calamares.

Pasaron los días y Pelu, que parecía un pompón de pelusa, crecía muy rápido y aprendía todo lo que sus papas le enseñaban, pero sobretodo aprendió a comer variado: crustáceos, peces y el plato preferido de mamá, los calamares. Un día, cuando Pelu cumplió cuatro meses, mamá lo invitó a salir del nido para conocer los alrededores. Qué hermoso paseo hicieron, caminado despacito entre las piedras, después dando pequeños saltitos, porque sus alas todavía no tenían fuerza. Pero pudo conocer la colonia de albatros y hacerse de amigos de otros pichones, para jugar cerca del nido.

Pelu era feliz con sus amigos, pero todos esperaban el día que los papás los llevaran a volar. Ese momento llegó cuando Pelu cumplió los diez meses, ahora sí era fuerte, sus alas eran grandes y él se sentía poderoso con ellas. Seguramente podría llegar a todos lados, incluso al lugar de sus sueños.

Ahora era el tiempo de aprender a volar, para poder ir a volar sobre el mar con papá y mamá, pensaba Pelu. Pero, qué difícil... es aprender a volar, cuántos golpes, menos mal que los papás lo llevaban a practicar en la playa, para que los golpes no fueran tan duros. Así llegó el gran día, el día de volar con papá y mamá sobre el mar. Fue un paseo corto, porque Pelu se cansaba y era peligroso que se cayera al agua por varios motivos. Uno era el golpe en el agua, otro que estaba muy fría y además siempre hay algún tiburón que anda esperando a los pichones de albatros que se caen aprendiendo a volar.

En las semanas siguientes practicaron vuelos cada vez más largos. Hasta que un día papá albatros se paró en lo alto del acantilado y mirando hacia el mar le dijo: “ya tienes edad para conocer que hay más allá de ese hermoso mar”.

Esa noche mamá preparó una cena especial, el plato preferido, calamares. Después durmieron todos juntos en lo alto del acantilado hasta el amanecer.

Muy temprano a la mañana, el sol juguetón despertó con sus rayos a la familia. Pelu estaba un poco nervios, porque sabía que sus papas se quedarían en la playa mirándolo volar sobre el mar.

Se despidió de su mamá y su papá con un “alazo”, así se llaman los abrazos de los pájaros porque son saludos con las alas.

Corrió un poquito, hasta el borde del acantilado y se lanzó al vacío planeando sobre la playa, después sobre el mar levanto vuelo y dio una gran vuelta en señal de despedida a sus papas que lo miraban desde el acantilado despidiéndolo.

Pelu volaba por el cielo celeste que se reflejaba en el mar disfrutando de su juventud y de la potencia de sus alas que lo mantenían seguro en lo alto y mirando lo lejos que estaba la costa, donde habían quedado sus papas.

Tenía por delante una vista hermosa de la costa soleada y el océano Atlántico lleno de platillos riquísimos, que saciarían su apetito. Hoy Pelu había comenzado su vida de albatros adulto, era grande, fuerte y joven.

Sus papás lo dejaron volar solo porque ellos estaban seguros que ya había aprendido todo lo necesario para ser un gran albatros. Pero como todos los papás tenían un poquito de miedo de dejarlo ir solo. Ellos tenían confianza en Pelu, sabían que podría defenderse en la vida de grande. Pelu, era un buen albatros, era muy compañero, había hecho muchos amigos en la colonia de la costa donde había nacido, en la isla de Tierra del Fuego, en el sur de Argentina. Sus papás estaban convencidos que, en algún momento, volvería a visitar a sus amigos y a sus papás y tal vez a formar su propia familia.

No sé, si sabés que los albatros son las aves marinas más grande que recorren estos mares. Pelu ahora tiene la posibilidad de hacerlo y recorrer el hermoso mar azul que ve desde lo alto, comenzar a conocer el mundo, buscarse su propio alimento y ¡viajar! ¡viajar! Como a él le encanta, disfrutar volando sobre el mar azul, más y más adentro.

Lo que más le gusta de esos paseos es planear dejándose llevar por la brisa y los vientos que le permiten viajar sin esfuerzo, casi como haciendo la plancha, como vos en la pile o en el mar. Pelu voló y planeó durante todo el día, cuando llegó la noche, estaba hambriento y cansado de tanto viajar. Así que buscó un lugar en el mar que le permitiera ver los calamares y peces en la superficie del agua, tratando de conseguir su alimento preferido, se quedó tranquilo esperando, sin dejar de mirar la superficie del mar. Pensando en lo que su mamá le había contado una vez cuando era chico, la historia de su abuela, que tenía siempre presente.

Te cuento, Pelu tiene una abuela. Que vive en una isla lejana y él la quiere visitar. No sabe si está allí, pero él quiere ir. Si sabe que se llamaba Wisdom y que tiene un anillo en una pata, que le pusieron los científicos para reconocerla, porque querían saber más de su vida y sus costumbres.

El año que le pusieron el anillo, hace muuucho, los científicos los que dijeron que, por entonces, su abuela tenía unos cinco años. De ese momento pasaron más de 60 años. Los investigadores dicen que debe haber tenido 36 o 37 pichones. Ella sigue en la colonia de albatros del Atolón Midway (Hawái) a la que regresa todos los años para anidar. Es allí, a donde Pelu quiere llegar en su primer viaje; para conocer a su abuela y también alguno de sus tíos. Pero esta es una historia que continuaremos otro día, con los tíos de Pelu, en esa isla lejana Hawai cuando Pelu llegue y cumpla su sueño de encontrar a su abuela.

Una tarde, luego de haber pasado unas siete horas sobre el bote, agotada como suele estar después de tanto rato, se detuvo por unos minutos para recuperar energía y así luego poder seguir pescando. Sacó los remos del agua y los apoyó a un lado, vació el contenido de la red, clasificó los peces por tamaño dentro de baldes y descartó lo que no le serviría. Pasó por encima de las tablas, con cuidado para que no se le salgan las botas de goma y se sentó en la primera fila. Posó sus codos sobre la falda, sosteniendo la pesada cabeza entre sus manos. Contemplando los pequeños movimientos de las olas y la espuma blanquecina que se genera con ellas, se quedó profundamente dormida. La quietud era tal, que sólo logró despertarse al oír un sonido a lo lejos. Al abrir los ojos, alcanzó a divisar en el horizonte una figura revoloteando que llamó mucho su atención. Se frotó los ojos y después de parpadear con fuerza una buena cantidad de veces, trató de enfocar su vista para ver de qué se trataba. Aparentemente era un pájaro, que se quedó unos minutos dando vueltas y se fue velozmente.

Esta situación le pareció un poco extraña porque jamás había visto algo similar en la que un ave revoloteara sobre el mar, sí había observado aves dar vueltas por sobre la línea de costa. ¿Qué estaría haciendo esta ave solitaria en altamar? ¿A dónde se dirigiría luego de cometer su propósito? ¿Qué sucedió distinto en esta ocasión que he podido verla y antes jamás lo había podido hacer? Mientras le iban surgiendo preguntas, se iba acomodando en la parte trasera del bote, tomó los remos y comenzó a remar enérgicamente para adentrarse en la inmensidad del océano a la espera de poder avistarla otra vez.

Al cabo de un rato de estar remando, logró identificar a un ave que se movía planeando de manera zigzagueante aprovechando las corrientes de los vientos, con sus inmensas alas extendidas. Posiblemente, se tratase de la misma que vio momentos anteriores. Logró ver que de manera ocasional se posaba unos instantes sobre el agua, manteniendo sus alas fuera para evitar mojarlas, tomaba velozmente a su presa con el pico, luego correteaba sobre el mar tomando impulso para levantar vuelo. Ésta técnica de pesca tan simple y natural, es similar a la que la pescadora utiliza cotidianamente. De una sola vez, logran obtener poco alimento, y para saciarse requieren de hacerlo unas repetidas veces. Son técnicas rudimentarias que, aunque se quisiera la técnica del albatros no podría ser de otra manera. Sin darse cuenta, iba analizando lo que observaba, hallando similitudes entre ambos.

De a poco, iba alejándose más y más de la costa, al punto que comenzó a darse cuenta que mirara hacia donde mirara, el mar se encontraba en todas las direcciones. Con mucha delicadeza, quitó los remos del agua, los colocó a su lado, y el bote se movió unos instantes hasta que logró estabilizarse. El albatros se acercó aún más, plegando suavemente sus alas hasta posarse en la parte frontal del bote. Allí se quedó, inmóvil. A esta distancia, la pescadora tomó dimensión del gran tamaño que este poseía. Con sus alas desplegadas era más grande que el bote, posiblemente casi el doble. Su cuerpo con excepción de sus alas eran totalmente blancas inmaculadas, lo que le hacía pensar en la perfección, perfección que las aves tienen pero que a ella le costaba mucho pensar que pudiera alcanzar algún día.

Achinó su mirada, ya que la luz escaseaba y lo miró directamente a los ojos, que yacían debajo de una delgada línea negra. Su brillo exuberante parecía indicarle algo. Quizá sea este un espejo, que refleja su imagen, sus parecidos, sus vidas. Ambos vagan solitarios sobre el inmenso azul, que es su hogar, donde obtienen su alimento, merodean, descansan cada uno a su manera. A pesar de ser morfológicamente distintos, su esencia era una.

Lo único que pasaba por su mente en estos momentos eran las sensaciones que le provocaba el hecho de imaginarse volando, sintiendo la brisa pasar por cada una de sus plumas,

ascendiendo hasta el límite que sus pulmones le permitan, y bajando en picada hasta la superficie del mar, danzando a su ritmo, volando libre de preocupaciones y viajando incansablemente.

Awenaki era la dueña del médano. Se había ganado ese lugar porque era una gaviota de mundo, nacida en tierra adentro se había animado a recorrer kilómetros y llegar a la playa. Era inquieta, observadora y le gustaba mirar la vida de los humanos. Sabía del campo, de los arados y le contaba de eso a su bandada del mar.

También sabía de la gente en la playa, porque le gustaba posarse en la cima del médano y vigilar a derecha e izquierda, al frente y atrás. Así en lo alto, se veía respetable y sabia. Veía cómo la gente dejaba algunas cosas en la arena: vasitos, papeles, otros envases, colillas... pero no sabía qué eran esas cosas.

Awenaki a pesar de vivir en la playa no perdió sus hábitos aventureros de volar y volar por diferentes territorios. En una de sus recorridas, arroyo arriba por el Vivoratá también vio esas cosas raras, pero más grandes: heladeras, cubiertas de auto, bolsas, tampoco sabía qué eran. Su espíritu curioso la hizo pensar... Y mientras tanto vio a más humanos con otros comportamientos. Humanos pequeños, guiados por otros más grandes, levantando y llevándose todas esas cosas extrañas en grandes bolsas negras. Pudo leer un cartel "Orillas sin colillas" y le dio un poco de risa esa rima, pero no perdió su compostura seria y siguió pensando. Algo tenía que hacer. "Todas esas cosas desconocidas deben ser muy peligrosas para la bandada".

En otra de sus recorridas se internaba en el mar. Clavaba la mirada al infinito y volaba y volaba, mar adentro. También le gustaba ese tremendo olor a sal de la brisa pegándole en el pico, zambullirse en el mar profundo buscando algún manjar y disputarse alguna migaja con su amigo, un albatros errante al que le gustaba deambular por su mar. Siempre era una sorpresa encontrarlo y contarse anécdotas de sus días. Le gustaba ser su amiga.

De vuelta al médano, observaba la playa y pensaba en su vida. Se sentía una privilegiada: conocer la tierra, el cielo y el mar. No todos tienen esa suerte. Pasaron los días y con los primeros fríos las playas empezaron a quedar sin gente, aunque esos artefactos intrusos igual seguían apareciendo. Como era una gaviota inquieta e inteligente, en sus pensamientos más íntimos, su voz interior le seguía diciendo que algo tenía que hacer con esos elementos que le causaban tanta intriga.

Pero lo que realmente la estremeció sucedió en una bajamar. Las olas iban y venían con su ritmo inalterable y en su vaivén dejaron arrugado el cuerpo de un albatros errante contra una piedra de la orilla. Se acercó, empujada por su insistente curiosidad. No podía ser... Su amigo de alta mar yacía casi tieso, entre arena y sal. Se veía enfermo, debilitado y con una expresión muy triste. Quiso ayudarlo, abrirle el pico para que respirara mejor, moverle las patas para que pueda incorporarse. Pero todo fue inútil: su amigo murió.

Los carroñeros no tardaron en aparecer, fueron de a poco consumiendo el cuerpo sin vida de ese ser majestuoso que había llegado arrastrado por el agua. Tal fue la sorpresa de Awenaki al ver entre sus vísceras todas esas anomalías que conocía pero que no sabía lo que eran. Todo lo que se veía por todos lados terminaba en el mar. Los albatros y otras especies los confunden con comida y eso los enferma. Definitivamente eran muy peligrosas.

Inspirada en la gran tristeza que le produjo la muerte de su amigo de alta mar, se le ocurrió enseñarle a su bandada de estas amenazas. Empezó a hacer colecciones y una larga fila de cosas y cositas. Era el muestrario que debían conocer: chicles, colillas, tapitas de latas de cerveza o gaseosa, sorbetes, anzuelos con carnada ¡cuidado! Todo muy llamativo y muy peligroso. Hubo varios encuentros y estas gaviotas fueron invitando también a otras aves: gaviotines, albatros y petreles. En poco tiempo, la información había llegado a muchos lugares y a otras aves. El rumor se corrió y llegó a algunos peces y mamíferos también.

Awenaki sintió un poco de satisfacción porque alertó a su tribu. Pero todavía no puede entender por qué las cosas son así...

Una moderada pisca de magia es lo que haría nuestra realidad mucho menos sufrible. Y no hay fuente de magia más grande y poderosa que el Mar. Su imponente cuerpo es capaz de ahogar en muerte las tierras del hombre.

Siendo el Mar la cuna de innumerables leyendas, que pudieron ser fácilmente verdaderas, y el hogar de criaturas enigmáticas, feroces, colosales, curiosas y hermosas el hombre se mantenía alejado del ella. Eran fácil de verlos en un pasado olvidado, a estas criaturas acuáticas, cuando el ser humano aún no montaba las aguas en busca de alimento. Pero cuando lo hizo fue comprendido, la tierra los estaba devorando y el Mar era su única salida, pues está llena de prosperidad y vida. Siempre y cuando no es envenenada con avaricia, muerte y perversión. Todo aquello que es hombre. Pero no todos estos estaban malditos y locos, algunas familias navegan y pescan dignamente en las costas aún. Trataban al mar con respeto, porque sabían que el Océano los tragaría. Familias enteras aún viven del sustento del Mar y a estos se les ha recompensado y favorecido por su respeto y buen accionar con ayuda extra. Con cualidades especiales a hombres elegidos.

Muchos buques de pesca tienen a estos hombres especiales en su tripulación: Conocedores del Mar, que pueden leerlo como si fuera un libro, Montadores de Tormentas, que pueden decirte sin fallar cuando podría haber una e incluso a veces controlarlas o desaparecerlas. Estas personas suelen estar cerca del capitán diciendo cuando es buen momento para llevar a cabo su oficio. Obviamente también, hay hombres conocedores de la pesca, sin ellos no tendría sentido el zarpar casi todo el día al imponente y peligroso Mar.

Algunos buques dicen tener entre sus pescadores, uno que puede saber dónde están los grandes cardúmenes, otros dicen que pueden incluso atraerlos, otros que ven con los ojos de las aves y pueden cubrir grandes espacios de agua para mostrarles donde están los peces. Pero claro, nadie ha visto a estos hombres, son bien resguardados por su gente, podrían fácilmente ser comprados por otro, en los peores casos ser secuestrados, pero no por estos pescadores. Tal vez cazadores o contrabandistas.

Uno de los tantos buques de pesca, uno de los más viejos y no tan respetado, tenían a bordo a el Cazador de Ballenas más celebrado en sus tiempos. Gabriel trabajó en barcos ingleses en la caza más despiadada y violenta de Ballenas Francas en los Mares del Sur, de las Islas Malvinas hasta las Georgias, en los barcos balleneros más grandes de los puertos argentinos. Su arpón jamás fallo, pues decían que Gabriel, que tenía la habilidad de detener el agua del mar, era capaz de varar a una Ballena Franca y dejarla inmóvil a plena vista y ahí, casarla despiadadamente. Pero donde estaba la emoción en eso para ellos. Se cuenta que podía hacer que la ballena huyera para luego perseguían y probaban su puntería, ya que no se le podía escapar. Sólo movía las aguas y ya la tenían de vuelta. Él daba el disparo final. Él solo necesitaba un arpón.

Estos fueron considerados años de Oro para el hombre en los puertos del sur y el holocausto para el mar. Años que lo maldecirían y no lo sabría hasta el día en que tenga algo valioso que el Mar pudiera tomar para cobrarse el mal uso de su regalo. Quizá un amor, o un hijo. Ahora en sus cuarenta y tres años, estos días son recordados con miseria y arrepentimiento, pues al fin cayó en cuenta de su mal uso del regalo del Mar para estos pescadores. Un mal uso de ello y aún pagan el castigo severamente, con pesca escasa y cada vez más aves. Aún hay barcos en el puerto, aún tienen peces en sus redes, pero ya no como antes claro. Esto no puede ser bueno para muchas familias que tienen mucho más que un solo hijo. Así los marineros viajan todos los años buscando el puerto donde haya más trabajo. Y Gabriel no podía exceptuarse de entre ellos a pesar de tener un solo niño y a su esposa. Ese año viajaron casi todas las familias de pescadores. El

puerto estaba casi vacío. Ahora es hogar de gaviotas, albatros y petreles, lobos marinos e inservibles botes.

Se dirigían lo más al sur posible, a los puertos de Ushuaia, a probar si aguas más heladas olvidaba sus faltas y ver, aunque sea un sólo cardumen de peces. Al llegar, de principio, su casa era una miseria. Se quedarían en una de las casuchas cerca del puerto, de vieja madera y maltratada por el viento, la humedad y el tiempo. Jurarían que hacía más frío adentro que afuera, pero con suerte todo mejoraría.

No tardaría de correrse la voz entre los pescadores de que en el puerto estaba el Cazador de Ballenas, que volvía a donde trajo prosperidad y les dejó miseria cuando se marchó. Así es que, más que júbilos, recibió rechazo y burlas y los pescadores escupían cuando Gabriel pasaba cerca de algunos de ellos, pues estaba maldito. Todos ellos también, pero los liberaba un poco, echarle culpa a otro. Un sólo condenado y desgastado buque pesquero le ofreció estar entre sus tripulantes. Eso, si prometía casarle una ballena para ellos, le decían, en forma de burla. No tenía otra opción más que aceptarla, claro que no lo de cazar una ballena. No lo haría, aunque pudiera. Eso lo tenía bien aprendido.

Zarpaban todos los días, a pescar nada más que sardinas, alguna que otra alga en las redes, unos cangrejos y un albatros ahogado en una de las líneas sin falta a diario. Y eso era todo, no más. Cada día lo único que llevaba a casa era el dinero justo para el pan y un pescado para la sopa que compraba Gabriel de regreso a casa. El pequeño Isa era bien portado, no reclamaba si no había más que sopa de pescado para comer, pero su pequeño cuerpecito comenzaría a flaquear pronto. Su madre hacía de sus días más llevaderos, tratando de divertirlo y distraerlo, cuando su padre no estaba. Un poco para que no lo extrañase y un poco para que ella olvidase la realidad y del inminente destino.

Una esposa hermosa y fuerte, un hijo adorable y comprensivo. Con frecuencia pensaba Gabriel, más en los últimos días desde que se mudaron, que la familia que tenía era demasiado buena para él. Cuestionaba la simpleza de tener unos momentos de paz y alegría en su casa luego de las heladísimas horas, e incluso días, en el mar. Pensaba en por qué tendría aún algo bueno si se le ha quitado todo: su trabajo, su hogar. Rezaba por piedad, pero un castigo impartido por el mar es ineludible. Sólo esperaba que su familia, lo único importante para él, quedara fuera de esto.

Los dos barcos pesqueros más grandes zarparían en dos días a una pesca de altura, y Gabriel estaría en unos de ellos. Por desgracia, el suyo, es el que quedaría tres meses en el mar. En un acto de desesperación (escuchó decir de los demás marineros) los barcos tratarían de pasar el litoral marino, una decisión estúpida y arriesgada si se tomaba en cuenta que los barcos apenas si aguantarían ese viaje, qué pasaría si se encontraran con una tormenta. Los hombres que leían las aguas decían que era prometedor y los que preveían tormentas, que el camino estaba despejado.

En esos tres meses sin duda alguna, lo único que le daría fuerza sería su familia, regresar a salvo con ella. El pequeño Isa rompió en llanto hasta quedar sin voz cuando se enteró que navegaría, justo antes de que su padre saliera. No era algo extraño, era habitual para ellos no verse en meses, por el mismo motivo cuando vivían en Mar del Plata. Pero estos eran tiempos difíciles, y fríos, insoportables aún más si estaban incompletos y siendo acechados por el Mar. La esposa, sin derramar lágrima, como curada de todo dolor, sólo pudo regalarle un beso y pedirle que regresara, sólo que regresara.

Los barcos zarpaban a las cinco de la mañana, y a pesar de los que habían dicho los hombres, el clima no parecería que ayudaría. Las nubes estaban espesas y gris y del oriente se veía, alejadas y pequeñas, nubes negras. ¿Hombres necios, o cegados por la necesidad? Es probable que ambas. En cualquier caso, nadie tomó en cuenta la presencia de Gabriel, el Cazador

de Ballenas, el Perseguido por el Mar, el Maldito. Los albatros quedaron en el puerto y en las costas. Eso no podría ser un buen augurio.

Los buques ya estaban muy alejados en el mar y todo marchaba sospechosamente bien. Pero el problema comenzó en tierra: el pequeño Isa enfermó. Puesto que el frío era cada vez más crudo y el dinero para la comida más escaso, el más afectado era el pequeño. Su cuerpecito era frágil y parecía haber comenzado con una gripa que le dio fiebre y tos, dejándolo en cama. Sin manera de comunicarse con su esposo, la madre solo pudo cuidar lo mejor posible a su niño. Sin dinero ni amigos, no tendría medicamentos hasta que su padre arribara, y eso sería en tres meses. Estaban abandonados.

No tardaron en empeorar las cosas, la fiebre no bajaba y ya habría pasado una semana y el pequeño Isa sólo se debilitaba aún más. Encima, como si no hiciera ya suficiente frío, comenzó a nevar. Y así, como la nieve, era la palidez del pequeño. Ya no temblaba ni sollozaba. Su madre estaba segura de que no era un simple resfrío. Lo peor es la impotencia que sentía por no poder hacer algo, sólo se recostó con su hijo moribundo tratando de darle algo de calor. Todo en vano. Isaías, el hijo del marinero fallece al amanecer de ese mismo día, cuando su madre despierta después de haber dejado de nevar. Ya no había nada que hacer. La madre se aferra al cuerpo frío de su niño y sólo espera su turno. No han comido en días y se congelaba en esa casa. Seguro no tardaría. Esta es la maldición del marino.

Afuera dejó de nevar y un albatros vuela en círculos grande, solo, sobre la casa. Enviado por el Mar la majestuosa ave espera para enviar un mensaje. Las alas del albatros son tan fuertes que cargarían con el niño para avisar a su padre la tragedia. De repente Isa abre los ojos, y el viento le golpeaba la cara. Mira a los lados y ve dos alas enormes, con pluma negras, firmes, que no titubeaban. Él era el ave. Era un albatros blanco que se dirigía al puerto y al mar. No sabía cómo, pero él se dirige a donde su padre y sabía perfectamente que debía decirle.

En sólo unos minutos Isa ya estaba internado en el mar. Veía hacia atrás y el puerto casi no se veía. Las fuertes ráfagas de viento, lo elevaban y bajaban rosando el agua, y planeaba durante largo rato sin cansarse. Pero no tardó en ver un barco alejado. Allí estaría su padre, estaba seguro.

El viento comenzó a ponerse más violento de pronto y el mar a agitarse con más fuerza. Logró ver a su padre que corría, ayudando a otros hombres a subir las redes. Todos estaban muy ocupados para notar a un ave, excepto Gabriel, que recuperaba el aliento aferrado a una barandilla. Cuando levanta la vista ve un albatros planeando estático frente a él. Las sombras alrededor de los ojos del ave semejaban una mirada desafiante, Gabriel no se atrevió a irse ni dejar de verlo. Extrañamente esperaba algo del ave. Así fue.

—Papá soy Isa —escuchó que al parecer decía. No podía parpadear. Quería ver si era el ave quien formulaba palabras.

—Papa soy Isa. Soy yo. Soy el pájaro —volvió a escuchar.

Gabriel comenzó a pensar que su mente le estaba jugándole una mala pasada.

—¿Hijo? Isa, que... —se atrevió a decirle, pero se detuvo pensando aún que lo que oía no era real.

—Si papá. No tengo tiempo, no hables. Escúchame. Papá... morí, es verdad. Solo sé que el Mar me dio este cuerpo. Quiere que te dé un mensaje. Dice que tenes que volver a tierra. Que si te quedas el Océano te tragara y todos en el barco morirán. O podés regresar ahora mismo y estar con mamá. Ella está muriendo Papá y está sola. No vas a salvarla, pero podrás despedirte.

El albatros fue como embolsado por el viento y se fue rápidamente, planeando de regreso a la costa, y no dijo nada más. En llantos Gabriel se dirige a la popa y ve a lo lejos. Unas nubes que semejaban montañas negras se acercaban rápido. Y una fría lluvia impulsada por el viento parecía cortar el rostro. Era real. Era la tormenta que los tragaría y estaba cerca.

No había tiempo de convencer los hombres necios. Se equivocaron los que prevenían tormentas y ahora una era inminente. Gabriel corre hacia al frente del barco, hacia la Proa. Sus compañeros lo veían y le gritaban llamándole de mala forma ya que ellos estaban aún trabajando y lo veían a él que corría como loco por todo el barco. Estaba tomando una decisión y esa era ir con su familia. Por una vez decide darle buen uso a su don. El barco comienza a dirigirse solo. Se movía en dirección a la costa. Los hombres se asustaron, pero el barco no se dirigía a la deriva, Gabriel lo llevaba hacia el puerto a la velocidad más rápida que podía alcanzar. Y la tormenta estaba a sus espaldas, muy cerca. No tardaron mucho en darse cuenta que era Gabriel quien dirigía el barco y no se atrevieron a hacer nada. Se movían rápidos así que estaban todos bien sujetos a lo que sea y en poco tiempo ya veían el puerto. El primero en arrojararse del barco cuando ya, casi estrellándolo, habían llegado, fue Gabriel y su casa estaba bastante cerca. Salió corriendo hacia ella.

La tormenta los alcanzó. El mar se violentó y comenzó a llover más y más fuerte, pero estaban todo a salvo. Todos menos su familia. Si lo que le dijo el albatros era real, se encontraría con su hijo muerto y su esposa agonizando. Ya se le acababa el aliento, pero debía llegar rápido. La maldita casa estaba más halada que antes. Los encontró a ambos en la habitación de Isa. Acostados en su cama, abrazados. Ella estaba inconsciente y su hijo sin vida. Todo era real. Nada podía hacer más que llenarse de rabia y explotar en llanto, gritarle a la nada y desplomarse al suelo. Este es el pago por el error, de quitarle sus hijos al Mar. Ya que nadie escapa a su justicia. Tarde o temprano, y mientras más tarde mayor es el castigo. Tanto así que ahora el Cazador de Ballenas era un hombre destruido, infeliz, solo y sin propósito. Gabriel estaba en el suelo con el cuerpo de su amada esposa en los brazos. Inmutado.

Es entonces cuando el albatros llega, se lo ve en la ventana, afuera como esperando algo: el último suspiro de la esposa. Ahora sí, ya nada podía sorprenderlo, interesarlo o dañarlo más de lo que estaba. Así, sin ninguna expresión en el rostro y la mente en blanco, Gabriel ve como la piel de su esposa se torna oscura y se llena de pluma, se encoje cada vez más hasta perderse entre las ropas. Busca entre ellas y encuentra un Petrel, un ave de plumas negras sin vida. Él solo sintió que debía llevarlo afuera. Lo carga y con paso torpe se expone al crudo frío, a la intemperie. Arrojado en el suelo solo deja al petrel en sus manos y esta vuela de pronto. Y en pleno vuelo se encuentra con el albatros que llevo el mensaje a Gabriel. Ambas aves majestuosas aterrizan frente a él, y es ahí donde lo entiende todo y lo ve claro: aquellos eran su hijo y su esposa, en los cuerpos de un albatros y un petrel. Era real, estaban vivos y frente a sus ojos. Entendió por fin su castigo y entendió que lo que estaba viendo era la piedad del Mar, una segunda oportunidad de hacer las cosas correctamente. Este era su turno.

Gabriel cae de golpe al suelo y pierde el conocimiento. Minutos después al abrir sus ojos, no sentía frío y no veía nada, pues estaba bajo su ropa. Gabriel se levantó como un albatros adulto, y magnifico que abría sus alas enormes y oscuras, las estiraba. Sentía entonces un sólo propósito: ser un centinela del Mar como agradecimiento. Vigilar las aguas y proteger a su familia. Los tres planearon en el viento con facilidad, sin dudarlos. Seis meses volando y uno en tierra. Custodiando el mar y cuidando su familia. Así debería ser el destino del marinero, el hijo y la madre. Esto fue la maldición de un hombre y la misericordia del Mar.

Corrió a Dorys de la cama que se alejó con un sonido agudo, al menos mantenía la cama caliente pensó al acostarse, mientras ella se acomodaba junto a él. Más que tripulante, polizón o plaga, con nombre y todo Dorys era una compañía. La ratita era algo presuntuosa y se había acostumbrado a su cucheta; sin embargo, no le había llevado ningún bocado.

Los había gastado todos en los pájaros, en las distintas especies que sobrevolaban el barco, a veces se posaban en la jarcia con una elegancia envidiable y según decían ya poco les faltaba para manejar las velas. Gaviotas confianzudas, que hasta graznaban como si estuvieran dándose el parte del día, alguna águila mora, el paso fugaz de un halcón peregrino eterno buscador de su destino, y el vuelo fascinante de los albatros, señores de los cielos y mares. Se durmió pese a los movimientos violentos de la embarcación, ya estaba acostumbrado, pero después de un buen rato, menos que su descanso los zarandeos lo despertaron y hasta Dorys chilló asustada. Se levantó de un salto y escuchó las imprecaciones del cocinero a caer parte del menaje de cocina. Arrojó a Dorys, se calzó la chaqueta embreada y salió a cubierta justo antes que reclamaran todos a sus puestos. La llovizna se había transformado en una lluvia torrencial, una cortina de agua que dejaba poca visión, y el mar era un caldero en ebullición.

Maldito viaje, pensó el segundo. Nada había salido bien desde que soltaron la última amarra en el puerto de partida. Temporales, vientos furiosos que rifaron velas y los arrastraron a su antojo, frío, escalas rápidas y poco amables, por fin calor y las temidas calmas ecuatoriales con un sol quemante, más calmas, vientos alisios ausentes, armador tacaño lo cual es decir poca comida y en mal estado, poca agua, y cuando el viento acudió a la cita fueron vientos constantes a un largo hasta la próxima escala donde por órdenes los aprovisionaron poco. Maldito tacaño. Más al sur las rachas parecían provenir de todos los puntos del globo arrastrándolos de nuevo. No había forma de ajustar las velas, no querían quedar al garete ni podían poner la fragata al paio. Corrían con las tormentas mientras la brújula enloquecida buscaba el Norte como una madre a sus polluelos.

El capitán se alegró de ver a su segundo, antes había usado galones y serretas allá en ese sur lejano en donde habían ido a parar, vaya a saber porque dejó estos y ahora trasegaba mercancías por el mundo, se alegraba de contar con un verdadero hombre de mar que conocía del arte de navegar, sobre todo cuando navegaba con su esposa e hijos. El segundo nunca le había mencionado nada de su vida, pero algunos juraban que lo habían visto con el daguerrotipo de una mujer, al parecer toda una dama. Ni las tempestades le alteraban sus bucles, el elegante y discreto sombrero o los encajes del vestido, y hasta había escrito cartas a ella. El cocinero con oído de tísico, juraba que le había hablado a Dorys de ella, pero no podían asegurar si era un amor correspondido o había alguna diferencia insalvable, nadie supo más del tema y no era momento de preguntarle.

Olas del alto de casas de dos plantas se estrellaban contra una costa que parecía una muralla afilada que las herían con saña, se retiraban hechas espuma o rotos hilos blancos de agua que regresaban a reagruparse para volver a insistir en un incesable asalto. El viento aullaba como almas en pena, invitándolos a unirse ellos, las velas hechas jirones planeaban como alas rotas de pájaros, solo los trinquetes aguantaban la furia del temporal, a veces hinchados, a veces caídos sin gracia según los vientos cruzados.

Creyente, rogó a Dios más que por su vida, por la de todos, bastó una mirada para darse cuenta que todo estaba perdido, entre tanto movimiento a todos les pareció sentir un golpe en seco, en medio del vaivén de pandero de lo que era una moderna fragata; fue natural ver caer los masteleros de velacho y sobremesana, esquivando esquivando del material. Al menos arrancados de

cuajo habían ido a dar a las aguas y no han quedado colgados haciendo más penosa la situación. En algún momento apareció una línea de costa baja, y el capitán ordenó todo a estribor, todo a estribor; entre ambos y dos hombres más le dieron todo a la rueda yéndosele en eso la vida para poner la embarcación de popa a la playa. “¡Ancla!” Gritó con toda la fuerza de sus pulmones. La cadena se deslizó lubricada por la lluvia, y se sintió el tirón cuando mordió el fondo, aunque está sola no aguantaría. En proa había problemas, la cadena no cedía un milímetro en su caja, los golpes de los martillos, la aceitera temblequeando en una mano helada no lograron hacer que se moviera. La rompiente azotaba como un mazo al barco aferrado solamente por el ancla de popa que se movía como un ave cautiva solo de una pata. El segundo continuó rogando, por el ancla, por los suyos, por la dama de la foto, mas no hubo suplica que impidiera que a cada embate el barco escorara cada vez más. No había tiempo para las anclas de repuesto, todo el mundo a los botes, aunque la costa estaba cerca ni el mismo Cristo podía llegar a nado en esas aguas y menos una señora y sus hijos.

Dorys sabía ponerse a salvo, rogó que fuera la pleamar; empapado y con poco más de lo que vino al mundo, como todos remando en el bote hasta la costa desolada que no brindaba ningún abrigo donde vio por fin como el barco se recostaba sobre una banda. Perdido. Perdido por completo, como ave que se extravió en la migración, sin tener idea de donde estaban, las lágrimas se mezclaban con la lluvia, entre el dolor de perder navío y carga, había que vivir para contarlo. Algunos habían llevado velas del pañol, junto con los remos armaron en lo alto del pequeño barranco un precario refugio para el clima en especial para la familia del Capitán. El amanecer no mejoró las cosas, efectivamente se habían dado contra una roca en la pleamar, a lo lejos brillaban las crestas de las olas ahora en calma y el barco parecía un gigante dormido. El lugar tenía pocos árboles, arbustos, ningún refugio natural o fuente de agua; todo lo que necesitaban estaba a bordo o desperdigado en la costa. Desde el roquedal, zarpaba una bandada de albatros y por un instante deseó tener la libertad de ellos, de planear por el aire en libertad y sobre todo en esa estrecha franja donde parecen unirse cielo y mar, un espacio sagrado donde sólo el sol tenía permiso para transitar dos veces por día. Sí, el sol y los trazos que dibujaban esas magnificas aves quizás eran una escritura que unos pocos elegidos podían descifrar, los designios de un Dios que escribe recto con líneas torcidas y pocos marinos sabían interpretar para no perder su barco.

Escalando con cuidado, resbalando, golpeándose fueron sacando lo que necesitaban para sobrevivir, la inclinación hacía imposible usarlo de refugio, y con la pleamar se movería más. En su cucheta, encontró a Dorys con los ojitos desorbitados, rígida, muerta del susto. Recogió sus ropas, su cuaderno de notas, el retrato lo tenía con él. En la soledad del miserable refugio, el Capitán pensaba que enfrentaría a los jueces por el naufragio y mentalmente ordenada su descargo, su esposa lo cuidaba lo mejor que podía preparándole un té sazonado con palabras de consuelo. A su turno él también tendría algo que decir del viaje, y no había nadie que le diera aliento o ánimo. Por el contrario, debía darlos. Su aliciente fue mirar el retrato. Nada había perturbado el peinado ni movido el sombrero, arrugado el vestido o apagado la determinación en sus ojos de encontrar una forma para que una dama hispana, doble viuda, católica, pudiera formar familia con un anglosajón con dos hijos, como averiguó la hija del capitán. Los demás dieron más importancia al rostro de rasgos engañosamente suaves, el posible tono del cabello y las formas que moldeaba el traje, pero no avanzaron ni un dato más.

Comiendo galleta mojada, cocinando con la leña de los arbustos las provisiones empapadas, sin refugio para el frío, los pies congelándose que podían perderlos sin sentirlos, envidió la fuerza de las mujeres. Esa esposa que no se rendía, una hija curiosa que sólo tenían una vela por encima de su cabeza como todo privilegio. Como esa mujer atrapada en un retrato sin que se le apagara la mirada y podía ponerle calor a sus días. Si tenía que compararla tal vez no tuviera la impronta de un albatros magnífico, su grandeza innata a primera vista, ni el señorío

seguro de sus largos vuelos. Vendría a ser un ave de vuelos cortos, pero sin rendirse ni sentirse menos frente a grandes alas. Todas las dudas que había tenido en la ciudad acerca de ella, la señora hispana modista dueña de una casa de costura con tres empleadas, con el empaque de las grandes damas y la sensibilidad, calidez no siempre mostradas por estas, las dudas se le fueron con el viento para siempre. Aguantaba la sed soñando en el perfume a lavanda, almidón y plancha a carbón del taller, la forma en que se acomodaba a él en sus brazos, el calor de su cuerpo. La serenidad que le daba, como el planeo de esas grandes aves que sabía, ella soñaba con ser por sí misma, aunque le faltaran blasones y se ganara con trabajo los doblones. ¿Cómo hacerle saber allí en esa costa perdida que le importaba un cuerno diferencia de credos, de edad, o falta de descendencia que indicaban dos matrimonios, y que sus hijos deberían aceptarla sí o sí?

Mientras se daban ánimos cantando el himno “Pull for the shore, sailor” y contando los días de retraso que llevaban, cuando saldrían a buscarlos, vieron a lo lejos la silueta de un navío. Hicieron señas con los remos, con fuego, el capitán que tenía un arma disparó al aire, pero no hubo respuesta ni signo de haber sido notados. La semana se desgranó tal cual la primera, con menos agua y comida, más frío, menos ánimo hasta la esposa y los jóvenes. Pidieron permiso para cazar aves, quizás aquellas aves gigantescas podrían brindar un buen guiso a falta de conejos u otro bicho que pudiera ir a la olla. No, esas aves no. De ninguna forma. Tenían algo de sagrado, intocable. Antes que un albatros, el alimento lo podía brindar el mar, aunque implicara sufrir más frío, mojarse, arrastras las redes de pesca improvisadas.

Promediaba la tercera semana, muchos se preguntaban que veían en esos pajarracos que sólo van a tierra contadas veces, de envergadura impresionante que bien podrían zamparse de alguna forma y calentarles el cuerpo. Los ánimos se caldeaban entre los que estaban en hacerse a la mar en los botes en busca de algún refugio, cabaña, algo que indicara donde, en que isla estaban, pues no habían visto a ningún nativo; dar parte a las autoridades ahora que el mar en ocasiones parecía de seda. En la bahía decía el segundo, más allá las olas podrían llevarlos más lejos aún si fuera posible. Habían hecho un alto en la tensa conversación con el último té que sirvió la esposa del capitán que disimulaba el abatimiento, cuando su hija mirando el cielo de pronto gritó extasiada como si viera a la Reina en persona. Un barco se acercaba hacia ellos, una goleta que fondeó bastante lejos; acercándose en una chalupa. Precavidos por lo visto o conocían la zona, cuando pudieron verlos de cerca notaron que eran del país. Le tocaba a él que había servido a este país entenderse con ellos, mientras la bandera azul y blanca flameaba según el capricho del viento.

No fue difícil entenderse ni el porqué. Un buque en viaje a Oriente los había visto, también los echaban en falta en destino y un mercante danés reportó haber visto el barco varado y el refugio con las velas. Preguntaron cuántos eran. Verían de salvar lo más que se pudiera del barco y los llevaría a Punta Arenas.

En viaje a bordo de la goleta Cabo de Hornos, con el mar por fortuna calmo, las gaviotas pasando el parte del día en los palos y algún albatros en vuelo escribiendo algún designio en el cielo, no podían creer el momento que el hombre le había pedido: Por favor, presénteme a todos, Don Luis Piedrabuena.

El albatros y el marinero

Por Ana Verónica Ortiz

Una pareja de albatros, los más inseparables de todos, una madrugada el destino de él, los separó. Ella se quedó mirando el horizonte esperando su regreso, queriendo volver a verlo.

Triste vagaba por la orilla del mar hasta que él, un marinero, la encontró. Decidió en sus tiempos libres entre, pesca y pesca, hacerle compañía ya que la veía triste y solitaria.

De a poco ella se fue enamorando de ese hombre que día tras día le destinaba un ratito a escuchar sus penas, y sin poder soportar cuando se adentraba al mar a trabajar, un día decidió acompañarlo.

Ante sus ojos cientos de aventuras en mar abierto, madrugadas de pesca, los peces más grandes que alguna vez haya visto, mediodías de charlas y risas, tardes desafiantes con valientes cangrejos colorados, noches calmas, noches turbulentas.

Ella volvía a la costa y contaba las travesías a sus amigas. Las amigas totalmente maravilladas querían navegar con los hombres también.

De a poquito una a una dejaron sus nidos y sus vidas aburridas para unirse a las expediciones de pesca.

De un día para el otro, las parejas se dieron cuenta que se quedaron solos en la costa y fueron a ver dónde estaban todas.

Qué barbaridad, todas estaban revoloteando felices alrededor de los hombres, cuchicheando y presumiendo su plumaje. Indignados todos fueron a tratar de reconquistarlas, pero ellas seguían enamoradas de los hombres.

Por esa razón, cada vez que zarpa un barco se lleva consigo el amor no correspondido de las albatros y la insistencia de los albatros por recuperar lo perdido.

Mi amigo el albatros

Por Ricardo Amaya

Salimos de San Nicolás, Argentina, con un cargamento de acero con destino a Whyalla en el Spencer Gulf, Australia vía Cabo de Hornos, navegación de cerca de 40 días, dependiendo del tiempo. Mientras recorríamos nuestra costa se comportó bien hasta las cercanías de Tierra del Fuego, allí se empezó a levantar un viento del sudoeste que nos hizo presentir lo mal que lo íbamos a pasar al dar la vuelta por Cabo de Hornos.

Antes de seguir con mi relato, me gustaría decir que, en mi opinión, luego de cerca de 40 años de andar por esos mares de Dios, no hay mares buenos ni malos, a ellos les gusta conocer a quien los desafía, si tiene el suficiente temple para surcarlos.

Al llegar al estrecho de Le Maire, entre Tierra del Fuego y la Isla de los Estados, lo conocí a él, que iba a ser mi compañero, es más lo llamaría mi amigo, mi confidente, durante el cruce del Océano Pacífico: “El Albatros”. Lo puse con mayúscula porque se lo mereció, sufrió los malos y buenos tiempos junto a mí, no me abandonó en ninguna circunstancia por mala que fuere.

Al cruzar el Cabo de Hornos el mar nos hizo una demostración de su fuerza, no creo equivocarme si digo que fue una de las veces que lo vi más empeñado en enviarme a conocer su fondo. Nos zarandeó muy fuerte durante tres o cuatro días. Durante ellos era difícil caminar, estar parado sin estar prendido a alguna barandilla, para dormir había que hacerlo como un sapo, boca abajo con los brazos prendidos al colchón y las piernas abiertas para no rodar.

Existen cosas que sólo por escrito se pueden decir como, por ejemplo: que en esos días me hice amigo y hablamos con “el Albatros”. Si esto lo dijera en rueda de amigos seguramente sería objeto de pullas por parte de ellos. ¿Cómo va a tener de amigo y hablar con un ave de mar? Una de las aves de mar más grandes, llegando a tener hasta tres metros de envergadura, capaz de dar la vuelta al mundo con sus enormes alas, planeando, aprovechando el viento con apenas imperceptibles movimientos. Pues sí lo hice, durante 25 o 30 días fuimos amigos, confidentes. En medio del temporal él se acercaba al puente de navegación, que apenas si abandoné, por poco tiempo durante esos días, para decirme: –No aflojes ya va a calmar.

Estuvo en lo cierto, un día amaneció calmo, sólo quedaba el mar de fondo, como si nunca hubiera existido el mal tiempo. Mi amigo se acercó y me miró diciendo: –Te dije que tuvieras paciencia. Corrí a la cocina, busqué un pedazo de carne y se lo arrojé en agradecimiento. Lo tomó con su gran pico en el aire y lo devoró.

Ese acto de darle un pedazo de carne lo hice diariamente mientras él me acompañó, todas las mañanas, antes de subir al puente pasaba por la cocina a recoger el pedazo de carne. Mejor no imaginar lo que habrá pensado el cocinero de mí. Luego de darle de comer era el momento en que aprovechábamos para conversar. Él se acercaba, se ponía a la par del alerón del puente de navegación, siempre por estribor para que pudiera aprovechar el viento del sudoeste y me miraba, sé que me entendía, comprendía mi silencio, participaba de mi soledad, de mis recuerdos, la añoranza del hogar.

Cuando yo llegaba, él que siempre venía siguiendo por popa la estela del buque, se acercaba planeando hasta quedar a unos pocos metros míos. Nos entendíamos a la perfección, me hubiera gustado que alguna vez se hubiera posado en cubierta, pero nunca lo hizo. Es más, puedo afirmar que nunca lo vi posado ni siquiera en el agua para descansar o dormir. A veces a la madrugada, cuando ya había un poco de claridad me asomaba y lo veía venir por la popa planeando siempre.

Pasaron días y semanas y él siempre presente, cuando nos aproximábamos al estrecho de Cook entre las islas principales de Nueva Zelanda, lo noté distinto, planeaba cerca mío para luego elevarse como buscando algo en el horizonte. En un momento que se me puso a la par le pregunté:

—¿Te espera alguien en el estrecho de Cook? —me miró y me pareció ver sus ojos brillar—. ¡Ha! ¿Entonces es verdad que tienes un amor en cada extremo del mundo? Eso no me habías contado, no te preocupes, ¡cuando regrese no voy a contar a nadie!

Un día después, ya a la vista de las islas, él se acercó mucho más que de costumbre, me miró profundamente, agitó sus alas, deseándome buen viaje y partió como una flecha para el estrecho.

—¡Adiós amigo Albatros!

Ya hace semanas que salí de casa, dejando a mi pareja a cargo de nuestros polluelos y hace apenas un día que divisamos junto con algunos colegas a una de las bestias. No era la más grande que hemos visto, sino más bien mediano, pero su anatomía era similar a la de otras que ya habíamos escoltado en el pasado. Alargado, sin cola, o por lo menos no con una que nos fuese visible como en otros grandes seres marinos; y además también, a diferencia de cualquier otro, pasando su existencia en flotación, ni sumergiéndose, ni volando. Esto último es de lo más peculiar. Para el que no las ha visto, o no lo sabe, hay muchas de ellas -nadie sabe cuántas- surcando casi incesantemente las aguas de nuestro frío y ventoso mar.

Otra curiosidad es que parece contar con seres subsidiarios que no sólo le recorren la dermis, sino que cada tanto le entran por los ojos o por algunos poros del lomo. No estoy seguro acerca de lo que hacen ahí dentro, y no conozco a nadie que los haya podido o querido seguir en ese recorrido. No es que nosotros los albatros seamos poco curiosos o cobardes pero tal vez la actitud de esos seres para con nosotros, entre ellos mismos, y para con los peces que la bestia atrapa, no resulta en todo caso una invitación muy atractiva para embarcarse en tal aventura.

He escuchado rumores acerca de cómo a veces no sólo le colonizan y descolonizan el cuerpo, sino que a veces hasta se aventuran lejos del mismo, sobre todo cuando la bestia se acerca mucho a tierra. No sé por qué será así, tal vez en la costa puede hacer una especie de tratamiento de desparasitación que nadie ha descifrado, o algo así.

Espero que mi familia esté bien y que no nos extrañemos demasiado. Estos períodos lejos son restauradores físicamente, pero a la vez emocionalmente desgastantes. Me gustaría que no tuviésemos que alternarnos por tanto tiempo ni tan lejos unos de los otros para poder seguir manteniendo nuestro ciclo de vida y a nuestra descendencia.

Esto me trae de vuelta al motivo de nuestra presencia en torno a esta y a otras vagabundas bestias: siguiendo la huella de restos que va dejando a su paso este mastodonte casi mudo solemos comer hasta hartarnos. Sin con ello afirmar que somos conformistas, no negaría que para bien o para mal nos hemos contentado tal vez demasiado con estos atracones que indirectamente nos prodigan. He escuchado incluso rumores de cómo tras el paso de las bestias parecería haber una paradójica escasez que queda flotando, valga la redundancia, en las aguas por un par de días o semanas. Es más, no faltan los que dicen que esos períodos se están alargando, que ha comenzado a caer en el olvido instintivo y colectivo esa abundancia donada libremente por el mar que conocieron nuestros antepasados, y que incluso se ha vuelto difícil alimentarse en el ínterin entre la partida de una bestia de nuestro territorio y la llegada de una nueva. Así las cosas, se estaría volviendo cíclica la secuencialidad de abundancia y escasez a la que, como decía antes, lamentablemente nos estamos acostumbrando, eso sí, cada vez con más de la segunda que de la primera.

Complementariamente he observado desde aquí arriba, (mucho más arriba de lo que seguramente a muchos les llega el cuello ahí abajo), que tal vez este asunto vaya más allá de la habituación, sino que esta relación cuasi parasitaria se nos está volviendo necesaria, lo cual me deja una sensación de pesadez contradictoria con la liviandad de mis plumas. No conozco a nadie que se anime a pasar actualmente mucho tiempo en alta mar sin tener que acercarse resignada y competitivamente a rubricar reiterativamente este acuerdo al que nos estamos encadenando.

Creo que si hace varias generaciones atrás algún albatros hubiese hablado de sí mismo o de los nuestros en la misma oración que el sustantivo “cadenas” o el adjetivo “encadenados”, seguramente hubiese suscitado una reacción dispar en sus interlocutores, pero unánimemente

condenatoria. Se le hubiesen reído, lo hubiesen mandado a callar, lo hubiesen criticado por “alarmista”, “conspiracionista” o “pesimis...” ... ¡esperen!... es la hora.

Ya le van saliendo los bichitos bípedos que pronto van a colaborar (o al menos eso pareciera) con la elevación del alimento de la bestia, para que esta lo engulla por el lomo. Gritan y se gritan. Comienzan a escucharse los sordos ruidos intestinos. Los bichitos ya tiran de los plateados pelos de sus barbas de pesca, pelos mortalmente rígidos que en el vuelo tan delicado de acercamiento no dejan ningún margen a cualquier pequeño error de cálculo. Esto incluye el deslizamiento a través de las corrientes de aire, la distinción de objetos, la gestión de las distancias en la competencia por un bocado, la velocidad, los vientos que mueven erráticamente las barbas, o en fin, cualquier fuente de distracción potencialmente dramática.

Ahora es cuando, como ya he tratado de graznarle a todos, debemos tener máximo cuidado. Ver a amigos, conocidos y vecinos morir tan banalmente por algo tan básico como la comida, me ha calado muy hondo. Si me preguntan, y sin pretender resaltar una excepcionalidad que nos excluya del ciclo de vida del que somos parte, morir con las alas rotas es una despedida poco digna para nuestro tipo.

Ahora mismo, ya veterano, puedo predecir mejor que otros el bamboleo de las barbas en días ventosos como el de hoy. He tenido mucha suerte, pero llego casi sólo, no quedan muchos de los que han comenzado a surcar los cielos junto conmigo. Trato de evitar lo inevitable con graznidos fuertes e insistentes, pero hay hambre y el viento sopla muy fuerte; hambre y viento...

¡Ehhhh!, ¡cuidado!, ¡cuidado! ¡nooooooooooooo!... demasiado tarde. A mi izquierda, a un joven se le tuerce un ala contra un pelo plateado. Se le tuerce hasta romperse, exponiendo sus huesos y manchando de rojo sus blancas alas. El dolor debe ser insoportable, y el pacto que paralelamente se rompe con el viento fuerza al cuerpo hacia abajo a pesar de los más heroicos esfuerzos.

Apenas lo había visto una vez con su pareja en su primera procreación. No quiero ver ni escuchar sus graznidos de dolor, pero no puedo cerrar los ojos porque puedo ser el siguiente. Tengo que concentrarme. Por el rabillo del ojo lo veo caer, golpear el lomo de la bestia, y quedar maltrecho. Parece que uno de sus bichitos encargado de mantenerlo limpio toma al herido y lo arroja al mar.

Hasta nunca....

Miguel salió del interior para comenzar la secuencia de recuperación de las redes. Ya poco observaba el horizonte (bah, ya casi nada) a veces con su fusión de azules entre los del cielo y los del mar, ni los trazos blancos hechos sobre esa homogeneidad azul austral por las pocas nubes y las muchas aves marinas que seguían a su oficina flotante por doquier.

Ya hasta se había acostumbrado a mirar con cierta indiferencia la lotería que se desencadenaba con la cadencia del viento, del barco y de las alas que ansiosamente planeaban hacía el botín. De todas maneras, esa mañana se dio el tiempo de observar a uno de entre todos esos albatros, y se puso a pensar animistamente si sabría lo que los barcos estaban haciendo en y con el mar; y si sabía del riesgo que corría al atar su destino alimentario a ese desenfreno de eficiencia extractivista.

Se preguntó, sin un ánimo particularmente justiciero pero medioambiental y políticamente correcto, cuando implementarían algún mecanismo que ayudara a evitar los accidentes (que por sabidos y estudiados ya no lo eran tanto) en los que, cuales Icaros, esas majestuosas aves quedaban agonizantes sobre la cubierta tras la rotura de sus alas. Le habían comentado que ya pronto habría un instructor que le enseñaría a manejar los dispositivos y

estrategias de prevención, tal vez en la próxima temporada, pero bueno, lo mismo le habían dicho la temporada anterior.

Cuando había comenzado a navegar le parecía que ese mar era infinitamente abundante, pero con el pasar de los años, a pesar de la insistencia gerencial en hacernos observar la necesidad (para con la sociedad, pero sobre todo para nuestros bolsillos) y la eficiencia de nuestro trabajo, empezaron a llegarnos los ecos de un mundo que parece mirar cada vez con más recelo nuestra actividad. Creo que quieren deshacernos de nosotros, pero nadie sabe cómo remplazarnos. Oferta y demanda, es tan simple como eso.

También había comenzado a escuchar y leer en las noticias y en el periódico sobre la noción de desarrollo sustentable, a la que aún no puedo conciliar en mi mente. Algunos de ellos ya habían tenido que ir, medio obligados, a talleres donde a fuerza de filminas tratan de unirse ideas que en la práctica parecen irreconciliables, y en las que Miguel, junto a sus colegas, sentía ser francamente la variable de ajuste: “si no producimos eficientemente no cobramos, y si no seguimos las reglas de trabajo “sustentable” que se empiezan a acumular, no podemos trabajar”, solía pensar.

Tal vez un día, sin la monotonía de ese trabajo tan paradójicamente urbanizado en medio del inmenso azul, él y su hija podrían aun ver juntos a esos pájaros tan bonitos que en algún momento él también tuvo la oportunidad de contemplar y admirar.

Es temprano, aún el Sol no ha salido. Si, llegó el momento de la despedida, no es la primera, ya hubo otras antes, es casi una rutina. Beso a mis hijos y a mi esposa procurando no hacer el menor ruido. Les sonrío. ¡No se despierten, está oscuro y hace frío!

Atrás veo, mientras me alejo caminando mochila al hombro, la puerta verde cerrada, guardando los viejos recuerdos, las alegrías y fundamentalmente, la esperanza que todo estará bien mientras me vaya a la mar. ¿Todo estará bien?

Llego al muelle. Sobre la bita hay a una gaviota dormida. El viento despeina su plumaje y tumba mi gorra. La gaviota observa, me pareció verla bostezar o... es que se estaba riendo.

Embarco. Cuando todavía no había acomodado mis cosas en el camarote, escucho el toque de maniobra que nos llama a cubierta. Se adelantó la zarpada, hay que aprovechar estas horas antes de que sople peor. El cielo comienza a revelarse. Se ven nubes negras. Viene mal tiempo.

Zarpamos. A proa, y más allá de hasta donde alcanzan mis ojos a ver, está ella, la Patria, en el mar. Sí, la Patria también es mar. Me siento feliz, para esto me preparé. Estoy lejos de casa, ¿Cómo estarán? ¿Habrá bajado la fiebre?

¿Cómo explicar lo que siento? ¿Cómo hacer entender lo que parece ser incompresible para algunos? Es mi vocación, es lo que yo elegí. ¡Qué grande es la Patria! Tenemos que cuidarla.

Tomo la guardia de guindola. Una misión que cumplir. Al mismo tiempo, el desafío con la naturaleza, con el mar y sus olas, con el viento y las velas hinchidas, con el sol, la luna y las estrellas, con los témpanos y bandejonas, con la escolta de toninas, gaviotas, palomas antárticas, albatros y petreles. ¡Albatros, albatros, esos que veo seguir nuestra estela son albatros...errantes!

Quien haya navegado alguna vez, seguramente habrá apreciado con admiración el planeo de un albatros. Son muchos, nunca vi tantos juntos. No aletean. Se cruzan de banda a banda. Se alejan. Un albatros se acerca. Puedo distinguir su ceja negra.

Nadie me observa, excepto él. Me pregunto, ¿dónde tendrá su nido?, ¿cómo estarán sus crías, ¿quién las cuidará? ¿Qué? ... ¿Que somos iguales? Ahora aletea un sí. Entiendo.

Y... que son distintos a otras aves. Creo que lo entiendo, también a nosotros nos pasa. Algunos navegaremos, otros harán los suyos en tierra y otros esperarán pacientemente nuestro regreso. Nuestro regreso.

¿Quién eres albatros? ¿Acaso te conozco de otras singladuras? ¿Por qué me miras así? Otro si es aleteado.

Regresan los otros. Los cuento. Son en total 45. Se vuelven a ir. Queda solo el mío. ¿El mío? ¿Es ahora mío ese albatros?

Llega mi relevo. Mi guardia se termina. Estas son tus consignas. Las recibe y me dice ¡mira ese albatros! Luego agrega, cuenta una vieja tradición que ellos recogen las almas de los marinos. Ahora entiendo. Mi tiempo se termina.

Me acerco al albatros. Susurramos al viento en secreto acuerdo. Esbozo una sonrisa, una sonrisa igual a las de mis despedidas. Una sonrisa que logre al menos disimular las lágrimas y que, en complicidad, no despierte preocupación alguna. Esas lágrimas que sólo sabremos soltar cuando ya no queden más amarras que entrar, señal inconfundible que nos hacemos otra vez a la mar, a la Patria en el mar.

Ahora entiendo. Nada es eterno. Los 44 ya están volando hacia la eternidad. El mío... ¿El mío?... está todavía allí planeando, esperando. Parece decir “estoy aquí”. Soy yo quien esta vez le asiente con la cabeza.

Me voy a descansar. La brújula funciona, el reloj se detuvo. El cielo es azul, no son estas aguas costeras, el oleaje se ve bravo. Neptuno, tridente en mano, ahuyenta a mi albatros. No será hoy.

Siempre recordaré el brillo de sus ojos. ¿Asusta el futuro? Hoy no volaré. Sé que estás ahí, esperándome, otro día será. Nada es eterno.

Dedicado a todas las mujeres y hombres de mar, particularmente a los de la Armada Argentina, a los familiares de marinos que ya tienen un “albatros” en su familia y a todas esas personas que si bien, no son marinos, trabajan día a día por cuidar y hacer grande la Patria en el Mar. El autor.

El ruido del guinche lo aturde. Debería estar acostumbrado, pero no. Aún después de 20 años en el mar, ese ruido le molesta. Casi tanto como el ruido al comer de alguno de sus compañeros del barco. Inconscientemente hace el repaso por las caras de cada uno: el negro Luis, Juancito, Kevin (el nuevo), Roberto, que hace dos años dice que cada viaje es el último. Le molesta el guinche, pero más le molesta el ruido de los pájaros que se acercan cada vez que viran la red. Albatros, si no se acuerda mal. “Se llaman así”, le dijo una vez un pibe que se cruzó en un asado cuando él contaba su último viaje de pesca. Bichos glotones, piensa, se matan por morfar lo que pueden robar de la red o las sobras que vuelven al mar, esos pescados que no sirven ni para carnada. Gordos y chorros, como el gordo Valor piensa, y se ríe. Si fuera pájaro, sigue pensando, con los lugares que podría recorrer ni en pedo andaría cerca de un barco. Ese olor, ese ruido, ese movimiento. Como hoy, que hay mal tiempo y el barco se mueve un montón. Putea. Internamente se da cuenta que está cansado. Cansado de navegar, cansado de ir y venir en esos viajes cortos que dan algo de guita pero a la vez no tanto como para quedarse un tiempo largo en tierra. Cansado de sobrevivir, concluye. Igual, repite, qué bicho pavo. Y se ríe del juego de palabras, porque ¿un pavo es un ave, o no? Dudando, con su primer año de secundario abandonado a cuestras. La red se empieza a ver y parece que viene llena, varios estobos al tope. Por cada rombo de la red se asoma la cabeza de un pescado. Siempre que la ve así de llena le recuerda a esos ascensores viejos, los que tienen puerta de rejas romboidales plegables. Esos que de chico tenía terror que le agarren la mano. ¿En serio me daba miedo esa boludez? Piensa, sabiendo internamente que cada vez que sale al mar se está jugando más que las manos. Esta vez el recuerdo del ascensor se le hace difuso ¿la puerta era marrón o gris? No se acuerda bien. Piensa. Debe ser por el mareo, o el cansancio. Duermen poco, chupan mucho, los años pasan factura. Mientras piensa eso, siguen virando. De pronto algo le llama la atención en los cables. Y se da cuenta y putea. Otro bicho que se enganchó. Y recontra putea, porque una vez en cubierta hay que desenredarlo. Y que olor tiene ese bicho, con esas plumas aceitosas. Y mirá que son grandes eh, volando no se nota, pero miden como dos metros. Son pájaros NBA, piensa y se ríe un poco. Pero si algún gil saca una foto y la publica después seguro hay lío con los ecologistas. Hay que decirle a Kevin (el nuevo) que no joda, que se meta la foto en el culo, piensa. Dale boludo córrete, escucha. Pero sigue pensando en esa foto que aún no existe, pero que seguro después hay lío. Porque siempre se enteran piensa. Daaale... escucha de nuevo. Mira enojado para atrás y putea. Se corre sobre la banda para hacer lugar a la bolsa y escucha otro grito. Guaaaarda... La ola les pega de costado. Automáticamente siente frío, mucho frío. No entiende nada. Cuando empieza a entender ya el barco parece más lejos a cada segundo. Lo primero que ve pasar a su lado es una hilera de pescados que la red acaba de soltar y pájaros que se arremolinan cerca suyo. Como gritan. Como si en cada grito se les fuera la vida, piensa. Mira alrededor. Piensa que hacer. No hay un cajón que le permita flotar. Tampoco un salvavidas de esos que no usa porque le molestan en la panza cuando se agacha. En ese momento vuelve a pensar. Se siente igual que los pájaros. Se siente un pavo.

En nuestro Mar Argentino, a muchos kilómetros de nuestras costas, vivía un albatros llamado Talo. ¿Un qué? Sí, un albatros. Tal vez nunca hayas escuchado hablar de ellos. Lo cierto es que los albatros son aves extraordinarias que viven en nuestro mar. Tanto les gusta el océano que casi no visitan la tierra, y si lo hacen, es sólo por un tiempito. Ellos simplemente vuelan y vuelan sobre las olas, planeando casi sin agitar sus alas y así pasan buena parte de su vida. Esta es la historia de uno de ellos.

Una mañana de mucho viento, Talo sobrevolaba el agua junto con dos amigos. Después de muchos meses de estar en una playa al cuidado de sus papás, finalmente, había podido salir a descubrir el mundo del océano. ¡Era impresionante! ¡Cuántas cosas tenía el mar! Tantas aves como él y otras muchas como petreles y pingüinos. Y además tantos peces, y los delfines, ¡y las tortugas!, ¡¡y las ballenas!!

—¿Y? ¿Te enteraste Talo? —le preguntó Rigo, uno de sus amigos.

—¿De qué?

—Aparecieron —se adelantó Pico, el otro amigo.

—¿Eh?

—Los buques naranjas, esos de los que hablaban el otro día, aparecieron de nuevo. Dicen que son una fiesta de peces y calamares. Ya están yendo un montón de la banda para allá, vayamos antes de que se acabe todo. ¿Qué decís? —Rigo estaba ansioso.

Talo había escuchado hablar de esos barquitos de color naranja. Aunque nunca los había visto, sabía que cada tanto aparecían en el mar y era un carnaval. Un montón de aves se reunían alrededor porque había comida de sobra para todos. Después regresaban con las panzas que explotaban...

—Ehhh... No séee... —dijo.

—Dale, no me digas que vas a empezar con el cuento ese de tu abuelo que casi se muere —le contestó Rigo.

—Y bueno...

—¡No, Talo! ¡Lo de tu abuelo fue con un anzuelo! Esto es otra cosa, ¿entendés? ¡Ya fue esa! Acá no hay anzuelos, tranquilo, relajá, no pasa nada. ¿O me vas a decir que te da miedo un barquito?

—Rigo quería convencerlo a toda costa de que los acompañara.

—¡No! ¿Miedo? ¿Yo? No, no —respondió Talo apurado por dejar en claro su valentía.

Así fue como sus amigos lo convencieron de ir para allá. Volaron hacia el norte y en unas horas vieron el primer barco. ¡Guau! ¡Era increíble! Talo nunca había visto un buque pesquero, le parecía algo enorme y a la vez tan raro... A bordo había unas criaturas extrañas que le hacían acordar a los pingüinos. Pero con patas y alas largas. Se movían rápido, iban y venían de una forma graciosa, acomodando sogas y canastos. ¡Es que Talo nunca antes había visto seres humanos!

Alrededor del barco había un montonazo de aves, muchísimas estaban en el agua comiendo, otras revoloteaban de acá para allá. Se hacían chistes y se reían. Tenían razón los que decían que parecía un carnaval, ¡era una gran fiesta de comida para todos!

Cuando iba llegando, Talo vio a su banda de amigos... Estaban hablando con un grupo de petreles que también habían ido a aprovechar la comida. ¿Petreles? Sí, ¡petreles! Los petreles, como los albatros, son también aves que viven en nuestro mar. Son más oscuros que ellos y es fácil verlos juntos. Aunque pueden convivir sin pelearse, les gusta hacerse bromas unos a otros y a veces la cosa no termina tan bien. Cuando Talo estaba llegando, uno de los petreles dijo en voz alta para que todos lo escuchen:

—¡Ahí viene uno que no se afeitó la ceja! —Todos estallaron en carcajadas—. Lo que pasa es que los albatros como Talo tienen una larga línea negra por encima de sus ojos que parece una ceja. Y a los petreles les gustaba molestarlos con eso. Pero él no se iba a quedar atrás con las cargadas:

—¿Ah sí?... ¡Habló Señor Pico de Sorbetes! —Todos se desplumaron de la risa—. Golpe duro. Talo se refería a dos tubitos que los petreles llevan encima del pico. Aunque era una burla, lo que él no sabía es que gracias a esos tubos nasales los petreles tienen un excelente olfato. Y pueden oler la comida desde muy lejos.

Pero eso no fue lo peor... Talo no sabía con quién se había metido. Y resultó ser que este petrel era muy orgulloso y no le gustaba nada quedar así en ridículo delante de sus amigos. Y como se había dado cuenta de que Talo no conocía los buques pesqueros, decidió vengarse de él de una manera terrible.

Los barcos de pesca eran fuente de comida para muchos y todo parecía un carnaval. Pero también había peligros, y así como el abuelito de Talo había tenido un accidente con un anzuelo de pesca una vez hacía tiempo, había también muchos cables, sogas y redes dando vuelta y era peligroso para las aves.

Este petrel llamó a dos amigos y juntos le tendieron una trampa a Talo. Primero hicieron un plan y cuando lo vieron pasar por al lado de ellos empezaron a hablar en voz alta como para que él los escuche:

—Viste que nadie va por el costadito del buque, ¿no sabés los calamares que vi! Estos albatros son más tontos...

—Sí, no sé qué les pasa que no se dan cuenta los calamares que hay ahí...

Y cuando Talo pasó por al lado y escuchó esa palabra, se le hizo agua la boca. Es que le fascinaba comer calamares, pero lo que no se había dado cuenta es que toda esa charla era un invento hecho para que él se acerque a las redes del estribor del barco...

Talo, pensando que iba a sacar ventaja de sus amigos, se acercó muy rápidamente hacia el costado del buque para comer los tan deseados calamares. Pero era todo falso...

—¡Prestá atención, Talo! —le gritó Rigo desde lejos.

—Dejá —contestó sin mirarlo—. En seguida vio unas tripas de peces en el agua, un plato riquísimo para comer, así que se zambulló y... ¡zas! Quedó atrapado. Es que, en su atolondramiento, no se había dado cuenta de que los pescadores estaban en plena recogida de las redes de pesca y se enganchó con los hilos. Trató de salir, pero ya era tarde, ¡no podía liberarse! Un ala le había quedado doblada con la red y lo empujaba para abajo, mientras que desde el otro lado se sentía tironeado para arriba.

La red, como una bolsa panzona verde, empezó a subir por el aire tirada por una máquina ruidosa que venía del buque. Talo subía enganchado sin poder soltarse, atrapado en una maraña de hilos. Se fue elevando más y más alto hasta quedar encima de la embarcación. La bolsa se abrió de golpe y un montonazo de langostinos cayeron debajo suyo sobre la cubierta del barco. Mientras tanto, cinco seres humanos acomodaban sogas y preparaban todo para juntar la pesca. Talo cayó al suelo del barco con la red y se dio flor del golpe. Estaba totalmente enredado y no podía salir. ¡Cada vez estaba más desesperado!

Entonces, vio a una de las personas que se le acercaba... “Ahora sí que estoy perdido”, pensó Talo, “este me come seguro”. El hombre lo miraba fijamente y venía directo hacia él. Talo estaba asustadísimo. No conocía a los humanos y le parecían bichos grandes, raros y peligrosos. De golpe, el hombre se agachó, agarró los hilos de la red y comenzó a moverla en distintas direcciones. “¿Qué hace?”, pensó Talo, cerrando los ojos esperando lo peor. Pero nuestro pequeño albatros había tenido mucha suerte. Porque a los pocos segundos estaba liberado completamente de la red. El hombre dio unos pasos atrás mirándolo con una sonrisa y enseguida le dio la espalda

y se puso a juntar los langostinos desparramados por toda la cubierta. Tenía mucho trabajo por delante. Talo movió torpemente las alas liberadas por el marinero y escapó de allí volando asustadísimo sin mirar atrás. Le habían salvado la vida.

Bueno, la cosa pasó. Los días siguieron y Talo se tranquilizó por lo que había sucedido aquella tarde. Sin embargo, se había dado semejante susto que no quería volver a acercarse al buque pesquero por un tiempo, por más comida que allí hubiera.

Una noche de tormenta, estaba planeando por encima de las olas en busca de un bocado. Es que los albatros son excelentes voladores, aún con vientos fuertes. Y en eso aparecieron nuevamente sus dos grandes amigos, Rigo y Pico.

—¡Ey, Talo! ¡Tenés que ver esto! —le dijo Pico.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué están así como locos?

—El barco naranja, el del otro día, ¿te acordás? No sabés cómo baila en el mar, ¡parece que se va a dar vuelta! —dijo Rigo.

—Déjenme, no quiero saber nada con buques pesqueros por un tiempo —respondió Talo de mala gana mientras seguía mirando el agua.

—¡Y se cayó uno! Sí, sí, hay uno que no para de gritar en el agua, pero los demás me parece que no lo escuchan —siguieron chismoseando sus amigos sin hacerle caso.

—¡Sí! —dijo Rigo— ese que lo agarró a Talo el otro día cuando quedó enganchado en la red.

Entonces Talo se acordó del hombre que le había salvado la vida unos días atrás. Y algo se le movió adentro... Dejó de buscar peces y miró a sus amigos.

—¿Cómo decís? ¿Estás seguro?

—¡Sí, sí! ¡Venimos de ahí! —le contestó Rigo—, ¿para qué te vamos a inventar?

Sin decir una palabra más, Talo se puso serio y comenzó a volar a toda velocidad hacia el norte como si una fuerza interior lo atrajera hacia allá.

—¡Ey! ¡¿Qué hacés?! ¡¿A dónde vas?! —

—¡Tengo que ir a ayudar! —respondió sin frenar su vuelo.

—¿Estás loco? ¿Querés que te agarren de nuevo? —le gritó Pico preocupado.

Pero Talo no los escuchó, sabía muy bien lo que quería. El buque no estaba lejos de allí y en unos minutos pudo ver la escena. El barco bailaba sin parar de un lado a otro. Es verdad, parecía que se iba a dar vuelta, las olas eran altísimas, las cosas se volaban por todos lados... Estaba todo muy oscuro salvo por una lucecita que salía del buque y reflejaba su color naranja en la noche.

En eso, Talo lo vio: el hombre en el agua agitando los brazos y gritando. Era verdad, era el mismo que lo había ayudado el otro día. Se lo veía desesperado pidiendo auxilio.

Con una idea loquísima, nuestro albatros voló hacia él. Era peligroso, lo sabía, pero en ese inmenso mar, el hombre se veía tan chiquito e inofensivo... Y Talo quería ayudarlo. Se sentía empujado por una fuerza imparable a hacer algo por él. Acercándose al vuelo por atrás, mordió fuerte con su pico el cuello de su campera y tiró para arriba. Pero no, el hombre era mucho más pesado que él y parecía estar incluso más hundido que antes. Intentó otra vez, poniendo toda su energía mientras batía sus alas sin parar, pero no. Parecía imposible salvarlo así. Pero nuestro albatros no se rendía así nomás. Iba a intentar una vez más cuando, de pronto, sus dos compañeros de vuelo aparecieron detrás para ayudarlo.

—¡Talo, acá estamos! —en medio de la tormenta gritaban y apenas se escuchaban—. ¡Estás loco!, ¡pero te vamos a ayudar!

Y, entonces, los tres albatros comenzaron a tironear con sus picos el cuerpo del marinero que ya flotaba extendido sobre el agua y parecía no tener vida. Rigo y Pico lo sujetaron del borde de las botas, mientras que Talo volvió a tomarlo del cuello de la campera. Batieron sus alas con fuerza hacia arriba ¡y entonces!... Algo milagroso, una energía extraordinaria que parecía venir

de estas aves comenzó a elevar al pescador por el aire en medio de las olas que chocaban con toda la fuerza contra el buque. Los tres lo sujetaban con fuerza con sus picos, impresionados por el poder de su trabajo en equipo, mientras batían sus alas y se arrimaban a cubierta. Depositaron el cuerpo del marinero allí con el último suspiro de fuerza que les quedaba y se alejaron rápidamente. De golpe, el hombre reaccionó y se acomodó en el suelo, pero para ese momento, los tres albatros volaban hacia el cielo. Al mismo tiempo, los demás pescadores, que acababan de darse cuenta que faltaba un marinero a bordo, salían a cubierta y corrían a ayudarlo.

La tormenta comenzó a abrirse de golpe, como si hubiera sido solo una ilusión y las nubes se corrieron y dejaron ver el cielo de una noche estrellada. El hombre rescatado se quedó sentado, quieto como una piedra, mirando hacia arriba sin poder entender, preguntándose si había sido un sueño lo que acababa de pasar. Mientras tanto, los tres albatros volaban y hacían brillar su color blanco en la oscuridad, como buscando escaparse por ese hueco de cielo entre las nubes. Sus tres siluetas alineadas se perdieron en la noche hasta convertirse en tres puntos brillantes y confundirse entre las estrellas.

Y dicen los navegantes que hay noches en que mar adentro se pueden ver una infinidad de ellas, ¡muchísimas!, algunas incluso que están sin descubrir. Y, si uno se fija bien, tres de ellas trazan una línea perfecta, guiñando sus ojos a todos los pescadores que, con esfuerzo y respeto, zarpan de los puertos de nuestro país con la esperanza de tener una buena pesca.

El viaje de Pipe

Por Paola Lamacchia

Primero se fueron los adultos, dejando todo en un incómodo silencio. Era el turno de sus hijos de iniciar el viaje, aunque ninguno se animaba a dar el primer paso. Esa mañana el viento del oeste hacía saltar la espuma de las olas que golpeaban con furia. Cada vez que el sol asomaba entre las nubes, dibujaba reflejos perlados sobre la roca.

Pipe observaba el rastro de burbujas que explotaban en la superficie fría. La sola idea de volar mar adentro le estremecía las plumas. Al igual que las demás aves de la colonia, nació en esa isla al sur del mundo y sólo conocía los límites de la colina donde estaba su nido. Después de varios meses al abrigo de sus padres, la comodidad había terminado y le tocaba hacerse cargo de sí mismo, migrar para conseguir alimento y recorrer el océano. Estaba cambiando sus plumas para dar paso a la elegante apariencia de un juvenil: el cuerpo blanco, su cabeza y cuello grisáceos y las alas más oscuras. Era un albatros atractivo, fuerte y ágil.

El primer desafío que debía enfrentar era aprender a volar. Había visto a los adultos elevarse con gracia, planear suspendidos en el cielo y regresar a tierra. No podía ser tan difícil. Pensó en aprovechar el envión de ese día ventoso para practicar. Se paró a pocos metros del acantilado, con la vista fija en el horizonte y el cuerpo erguido, extendió sus alas hacia arriba y las bajó con un golpe seco hasta el suelo. Le dolió y no le sirvió de nada. Repitió el movimiento a la vez que avanzaba con sus pies palmeados para ganar velocidad, pero terminó tropezando y cayendo hacia adelante. Se levantó de un salto para disimular la vergüenza pero notó que los otros albatros estaban tan concentrados en sus problemas, que no se fijaron en él.

Entre los cientos de juveniles que revoloteaban con torpeza, reconoció a Liné peinando sus plumas. Sus cejas negras le daban una expresión arrogante, como quien está a punto de presumir un saber o, en este caso, una destreza. Ella se tomó su tiempo. Primero caminó entre los demás como haciéndose notar. Eligió un punto bien alto sobre un amontonamiento de rocas, se alejó del borde y esperó unos segundos, quizás para generar suspenso. Entonces desplegó sus amplias alas y con movimientos cortos aleteó a la vez que daba unos pasos y se lanzó sobre el acantilado hacia el mar. Voló haciendo piruetas arriba y abajo un buen rato, hasta que se dio por satisfecha. Por último, descendió a la superficie del agua a refrescarse.

Pipe había entrado en una especie de trance, con el pico abierto, incapaz de despegar la vista del cuerpo ágil de Liné. Una vez terminado el espectáculo, pretendió hacerse el indiferente, como si no estuviera impresionado, porque en el fondo le molestaba que para ella fuera tan fácil. Con algo de resentimiento, decidió dar por terminado el entrenamiento de ese día y retirarse a descansar.

Al siguiente amanecer, Pipe despertó antes que los demás y puso alas a la obra. Se le ocurrió imitar la rutina de Liné a ver si conseguía mejores resultados que en la jornada anterior. Las rocas que ella había elegido como plataforma eran demasiado altas para estos primeros intentos, así que Pipe se conformó con una explanada más baja y lisa.

Repasó mentalmente los movimientos de Liné, y comenzó agitando con frenesí sus alas pero sin perder el control. Dio unos pasos hacia adelante, flexionó levemente el cuerpo y se dio cuenta que el viento movía su cuerpo sin necesidad de hacer fuerza. Logró elevarse unos centímetros y cayó. Por lo menos era un avance. Siguió intentando hasta que pudo registrar la longitud de sus alas, el peso de su cuerpo. Apenas batiendo un poco las extremidades y dejando que la brisa lo empujara era suficiente. Para cuando empezaba a anochecer, logró abandonar la colina con un vuelo pausado y volver a tierra a descansar.

Al tercer día las cosas fueron más simples. Pipe se sentía confiado y veía cómo de a poco todos los juveniles abandonaban la isla. Se acomodó sobre el empedrado del que había

despegado Liné, cerró los ojos para darse ánimo y una vez que los abrió todo pasó muy rápido. De repente se encontró alejándose de la orilla, la adrenalina que lo empujaba a mover sus alas con fuerza hasta que se sintió cómodo con su cuerpo y su nueva habilidad. Su hogar se fue achicando a la distancia mientras él avanzaba al norte. Así fue como empezó el viaje de Pipe.

La inmensidad del mar lo agobiaba, para donde quiera que mirara seguía ahí. Por momentos impasible, muchas veces tormentoso. Cuando creía acercarse a los límites del horizonte, estos se corrían un poco más, aunque el paisaje se mantenía prácticamente inmutable. Se cruzó con otras aves en el camino, además de descubrir unos animales enormes que nadaban por debajo del agua y se asomaban a respirar, tal como su mamá le había contado cuando todavía vivían en el nido. El recuerdo lo emocionó. Había un detalle en particular que le daba nostalgia, una de esas cosas chiquitas de la cotidianeidad. Cada vez que su mamá traía comida para Pipe, aprovechaba para alisar el barro del nido con su pico, aunque estuviera en perfectas condiciones.

Una vez, él la observaba mientras tragaba unos calamares, pero ella se dio cuenta que tenía la mirada perdida en sus propias ideas. Cuando le preguntó qué pensaba, Pipe dio vueltas, inseguro y a la vez curioso, hasta que finalmente admitió sus temores:

—Voy a sentirme muy solo, mamá.

—Pipe, el mar siempre nos acompaña donde quiera que estemos. Es tan inmenso que en su interior habitan miles de criaturas, algunas pequeñas como este alimento que te traje, otras gigantes bestias que navegan por encima y por debajo. Nunca vas a estar solo.

—Pero mirá si me pierdo, si no puedo volver a casa. Voy a pasar tanto tiempo afuera... tal vez desaparezco en el océano.

—Tranquilo, hijo. Hace miles de años nuestra especie conquistó las aguas y esa es nuestra fortaleza. Cuando sea el momento, vas a encontrar el camino de vuelta.

Durante una de esas charlas, su madre también le advirtió de los peligros del mar. Las tormentas, el oleaje y, en especial, las bestias de hierro.

—Son gigantes que flotan sobre la superficie del mar, andan lento y persiguen nuestro alimento, pero no lo capturan con sus picos como nosotros, sino que lo envuelven en unas trampas invisibles y después se lo comen. No seas imprudente y siempre, pero siempre, prestá atención a tu alrededor.

Varias semanas después de dejar la isla, Pipe se encontró por primera vez con una de esas bestias, pero no se sintió intimidado. La reconoció a pocos kilómetros de distancia, tan lerda, inmóvil, rodeada de pájaros que querían disfrutar el manjar que ofrecía. Se acercó con cautela, planeando alto para ver de qué trataba tanto bullicio. Entre tantos picos y plumas vio a Liné, que pescaba lo que la bestia descartaba. Por debajo del mar había cientos, no, miles de peces nadando en todas direcciones. Era un verdadero festín y Pipe no podía dejar pasar esa abundancia. Se zambulló con fuerza una y otra vez. Ignoró todas las precauciones, como también la conducta de los demás, que tomaban distancia, hasta que quedó solo en la captura de su alimento. Liné lo vio y se puso a graznar.

—Pipe, ¡cuidado!

De repente, el joven albatros sintió un golpe que lo empujó hacia abajo, dentro del agua. Se impulsó para salir pero algo lo revolcaba como una ola. Se dio cuenta que estaba atrapado en una trampa invisible, que era como una telaraña gruesa y dura. Pateó una y otra vez, tratando de abrir sus alas pero sentía una presión sobre su espalda que lo hundía y no le permitía moverse. Sentía las escamas resbaladizas de los peces rozándole la cara, el frío del agua que lo envolvía y comenzaba a asfixiarlo.

Liné daba picotazos para liberarlo, con cuidado de no quedar enganchada también. Se acercaron algunos petreles que, con sus picos resistentes, trataban de rescatarlo pero no lograron sacarlo de ahí.

Pasaron varios minutos, Pipe daba vueltas y se sentía mareado. La silueta de Liné y los petreles a través del agua se hacía cada vez más borrosa. Le faltaba el aire. Hasta que otro movimiento brusco lo levantó y percibió el aire helado de la superficie sobre el ala izquierda. La trampa se estaba levantando. Le quedaba poco tiempo antes de convertirse en el almuerzo de la bestia. Los gritos a su alrededor lo despabilaron. Concentró la fuerza que le quedaba para escapar mientras las aves lo guiaban desde afuera. Estaba tan mojado que se alejó moviendo todo su cuerpo, con pequeños saltos y remando. Se alejó hasta estar seguro de que la bestia no podría alcanzarlo. Llegó a darse vuelta para verla tragar los peces de un bocado. Mientras, la famosa trampa tomaba forma algo fluida, camuflada entre los colores del entorno, y volvía a sumergirse.

El resto del día reposó sobre el agua calma, que le recordaba al arrullo del nido y devolvía sus pulsaciones a la normalidad. Le hubiera gustado buscar a sus rescatistas para agradecerles la ayuda, pero todos se habían dispersado.

El susto no fue gratuito. Tardó meses en animarse a volar cerca de una de esas bestias. Encontró muchas de ellas a lo largo y ancho del océano. Incluso sumergirse para pescar le daba un poco de vértigo.

Con el tiempo los miedos se fueron transformando y recuperó la confianza en sí mismo. Aprendió a conseguir alimento en medio de tormentas, a defenderse de las amenazas y advertir lo que pasaba a su alrededor. Disfrutó la vida en soledad y sus plumas volvieron a cambiar.

Años después de aquel primer salto fuera de la colina, retomó el trayecto a la isla. Pipe fue uno de los últimos en llegar. El sol empezaba a caer, el cielo despejado se teñía con franjas irregulares entre rosa y naranja. El preámbulo de la noche cargaba silencio y calma.

El ambiente solemne se quebró en cuanto las patas de Pipe tocaron la tierra. Había olvidado cómo aterrizar con delicadeza. En lo que fue una escena tragicómica, se fue de trompa al suelo, su cuerpo desparramado y las plumas desalineadas. Se alzó majestuoso y avanzó despacio, disfrutando la atención. Había conquistado las aguas y, finalmente, volvía a casa.

Llevaba horas planeando sobre el Mar Argentino. Un poco más allá iba ella, su compañera desde hacía ya cerca de 20 años. Habían comenzado el día en busca de comida, pero estaban sin suerte, no sabían adónde habían ido a parar los cientos de peces que solían nadar en aquellas aguas.

Miró a su compañera y pudo sentir el cansancio detrás de sus pequeños ojos amarillos. Ella seguro quería descansar, posarse algún rato sobre ese océano que parecía infinito y cerrar los ojos durante un par de horas. Pero no habían comido nada, y tenían que seguir.

En cierto momento, logra divisar a lo lejos, cerca de la costa, el paraíso. Cientos, miles de peces, más quizás. ¡Allí estaban! Le hace una seña a su compañera y ambos se dirigen hacia allá, convencidos, felices porque al fin el día les sonríe. Tendrán comida de sobra. Ya puede sentirse atrapando esos manjares en su pico, saborearlos y de una vez por todas poder posarse a descansar sobre las aguas... Mira a su compañera y está seguro de que ella está pensando lo mismo.

A medida que se acercan, ven que los cientos de peces se encuentran dentro de una extraña estructura de madera, y no se animan del todo a acercarse allí. Sobre la estructura de madera están los hombres. Ellos ya saben que nada que provenga de los hombres puede significar algo bueno, todas las aves lo saben, pero están tan hambrientos que no consideran opción irse a cazar a otro lado. Se quedan allí, sobrevolando la estructura, lejos del alcance de los hombres, pensando la mejor manera de acercarse a aquellos peces sin ser vistos.

Su compañera lo llama y le señala el agua. Allí, cerca de la embarcación, unos pequeños peces flotan. Parece mentira que sea tan sencillo, no sería necesario al final que se acerquen a los hombres, podrían alimentarse cerca de ellos, pero sin molestarlos, sin correr riesgos. Mira a su compañera y ambos deciden embestir al mismo tiempo a aquellos peces, se miran, se deciden, cuentan. Uno, dos, tres...

Media milésima de segundo antes de tocar el agua, él se da cuenta. Logra escapar, cambia el trayecto de vuelo hacia un costado y se interna en el agua unos centímetros al lado de la trampa de peces que flotaban. ¡Menos mal! ¿Cómo pudo haberlo olvidado? Ya había escuchado sobre ellos, los famosos anzuelos.

De pronto le da un vuelco el corazón. ¿Dónde estaba su compañera? Sale a la superficie, asustado, mira para todos lados. No la ve. La llama. Silencio. La vuelve a llamar. Los humanos, al escuchar el alboroto, se asoman sobre la cubierta para ver qué pasa.

—Uy, Oscar, mirá, otra que se vuelve loca.

—Son los albatros, Julián, tené más respeto, que viven en pareja toda la vida y se ve que éste acaba de quedarse solo.

Me llamo Paquito, soy un albatros, este nombre me lo puso una loca avistadora de aves. La conocí mientras volaba por un canal muy famoso del sur, ella estaba parada sobre una piedra tratando de mantener el equilibrio... Me acerqué lo más que pude... Y casi nos miramos a los ojos... Y no sé por qué, nos convertimos ahí mismo en amigos.

Quizá porque estaba sola, quizá, porque yo quería contarle a alguien de mi vida y mis penas, sólo sé que sucedió así... Agité mis alas por unos segundos, como para decirle “hola”... Ella quedó impresionada por el tamaño de mis alas y... Mi bella ceja negra... Así me pareció y también porque me di cuenta que abría sus brazos y tocaba... Sus ojos.

Pensé, ¿cómo contarle si no puedo hablar? Entonces, un rayo de luz intenso muy intenso iluminó mi paso y me escuché diciendo... “¡¡¡Hola amiga!!!”.

Su cara se volvió redonda de sorpresa como una gran “O” y me respondió casi balbuceando: “¡¡¡Hoolaa!!!”. Ofreciéndome una gran y bella sonrisa. Luego, muy despacito se sentó y apoyó las manos en la cara...

Estábamos solos... Frente a la inmensidad del mar... El sol aún brillaba. Decidí bajar hasta ella, nos miramos intensamente por un rato, no trató de tocarme, sólo se quedó mirándome y le agradecí en silencio por ello.

—¿De dónde vienes? —me preguntó la avistadora. No te puedo ofrecer nada de lo que tú comes, tampoco debo.

—¡No te preocupes! —Le contesté—. He comido pescado cerca de un barco que se lleva miles en una especie de tejido que lleva algo cortante. Lo que no les sirve lo tiran, pero esas trampas nos atrapan y es muy difícil escapar. ¿Tú también comes pescado?

—Claro —me contestó—. ¡Me encanta! —y volvió a sonreír—.

Me contó que tienen lugares especiales para pescado y allí pueden comprar sin riesgo alguno. Le expliqué que nosotros tenemos que pescar, pero es más fácil y hasta divertido tener el alimento en abundancia cuando pasan esos barcos “pesqueros”.

—¿Se dice así?

—Sí —me contestó un poco tristona.

Seguí con mi relato...

—Como te decía, muchas veces nos enredamos, cosa que nos causa confusión y perdemos equilibrio y así se lleva la vida de muchos de nosotros. Porque claro, los barcos no se quedan allí se empiezan a alejar y entonces nos arrastran y no podemos hacer nada.

Me miró con pena, algo me contó mi abuelo.—Él sabe mucho de estas cosas, sólo que no pescaba en grandes barcos sino en un pequeño bote y dejaba que las aves se acercaran para compartir lo que había. Un soñador, creo —agregó.

¡¡¡ Y yo seguí hablando!!!

—Lo que más nos gusta es un pequeño camaroncito y me encontré a mí mismo saboreando imaginariamente ese manjar. Antes abundaba en los mares del sur pero ahora no sé qué pasa, creo que las aguas ya no están tan frías como a este animalito le gusta... Se llama... mmm... Ah, ¡¡¡siiii!!! Krill.

—¿Tú comes krill? —Le pregunté ansioso...

—No... Ni siquiera sé lo que es —me contestó. Y agregó— pero escuché hablar a mi abuelo cuando se junta con sus amigos que podría ser el alimento del futuro. Cuando se reúnen, hablan de aves y muchas cosas más... Cómo las podrían proteger y... Cuentan que hay muchos como tú que se alimentan con krill. Grandes ballenas, pingüinos, petreles también.

—¡Eeeh! Me gustaría saber más de tí —sonrió alegre esta vez. Y curiosa me preguntó— ¿Cómo es tu familia y los “albatritos”?

No la dejé terminar de preguntar y le contesté:

—Pues, mirá, muchos se van a tener familia en islas varias muyyyy al sur, otros en una isla cerca cerca... Con un sólo huevo ya está y después nos quedamos allí cuidándolos como... a ver, ah, sí, casi dos meses y medio y después de un tiempo laaaargo se van los pequeños y vuelven a los dos años...

—¿Sabés? —le dije orgulloso y entusiasmado por su atención—. A mí me falta poco para anidar, tengo ya ocho años, generalmente, es a los diez ya estoy grandecito y puedo buscar pareja aunque es posible que tenga muchas parejas...—Me miró sorprendida, pero no dejó que me preguntara nada y seguí contándole—. Es costumbre entre nosotros.

Esta vez me interrumpió.

—Claro, sí sí. Es verdad, una vez mi abuelo algo me contó. Y para que sepas y te alegres hay otros barcos de investigación que traen gente que a Uds. los quieren y desean que sigan siendo muchos. Tratan siempre de utilizar otros medios de pesca para que no los lastimen y mueran. También hacen reuniones con otras organizaciones, quizá algún día resulte.

—¡¡¡Sííí!!! Eso me alegra mucho.—Se destacaban ampliamente mis bellas cejas negras mientras sonreía—. Espero que funcione, ya que sino, moriremos cada vez más y desapareceremos.

Me había mirado prestando mucha atención a mi relato como guardando cuidadosamente cada dato. Se estaba haciendo tarde. Yo debía irme y ella también. Era tiempo de partir... Sacudí mis alas... Y me preparé a partir... Ella me miró y vi que algo caía por su mejilla... Eran lágrimas.

Ojalá puedas volver. —Le contaré a mi abuelo... Aunque no sé si me va a creer... Mmmm quizá sí y pueda hacer algo más por ti y los demás —me dijo.

El rayo de luz parecía esfumarse... Ya no la escuchaba y ella seguramente tampoco a mí. Se paró y agitando su mano se despidió. Inicié el vuelo de regreso pero antes la mire una vez más. Allí estaba, la divisé a lo lejos... Agitando su mano aún...

—¡Adiós amiga! ¡¡Hasta que nos volvamos a ver!!

Hoy les voy a contar la historia de Germán, un hombre de Mar del Plata que tras mucho estudio y preparación, se gana la vida como capitán de barco y que afortunada o desafortunadamente (eso lo dejo a su criterio) tiene muchas millas marinas de experiencia. Pero ¿qué es lo que voy a compartir con ustedes hoy? algo que ocurrió en uno de sus viajes al sur, muy al sur de nuestro país: Argentina, muy cerca de las Islas Malvinas.

Salió desde el puerto de Mar del Plata muy decidido y seguro, como en todos los viajes anteriores, claramente, él no sabía que este viaje en particular tendría un componente fantástico que no olvidaría jamás.

Una tarde, luego de muchos días de viaje, Germán se sentía muy cansado y para despertarse decidió salir a cubierta para sentir la brisa del mar en su rostro. Vale aclarar que el paisaje que tenía a su alrededor no era más que mar y cielo, lo que para muchos puede ser un deseo, para él no era más que costumbre. Miró para un lado buscando algo diferente, que llamara su atención pero no encontró más que el horizonte donde el mar se funde en el cielo y el cielo se funde con el mar. Cambió la mirada hacia otro punto y fue ahí cuando la maravilla de la naturaleza lo sorprendió.

Pudo observar como un ave con un vuelo sin igual, pasaba muy cerca del barco. Germán quedó asombrado mirando al ave y tratando de describirla en su mente: cómo los ojos estaban fijos en su rumbo de vuelo, su pico largo y de un color particular amarillo-anaranjado, con un gancho en la punta, sus alas extremadamente largas y puntiagudas, dando sensación de libertad, su cola corta y algo redondeada, y las plumas del cuerpo tan blancas como formando una capa protectora contra el frío y el viento.

Tal fue la sorpresa que sacó su celular y tomó una fotografía para retener este momento. El ave continuó su rumbo y el frío de la brisa marina hizo que German sintiera ganas de volver a su cabina, al entrar pensó en ese albatros que vio, pero llenó su cabeza con otros pensamientos de trabajo enseguida.

Al finalizar su guardia decidió descansar y tomar una siesta. Al llegar a su camarote, se quitó los zapatos y se desplomó en su cama, listo para entregarse al sueño profundo. Pero en lugar de dormirse, no podía dejar de pensar en ese momento que había vivido hacía pocos minutos atrás. Sentía que ese avistaje había dejado una huella, una marca en su mente y en su corazón. Tratando de dejar atrás los pensamientos, pudo conciliar el sueño. Sin embargo, sentía como si algo o alguien lo esperara en la cubierta. Tomó su campera de abrigo y descalzo, decidió salir en busca de ese encuentro.

Al salir se dio cuenta de que estaba amaneciendo, los primeros rayos de sol parecían asomarse y fue en ese momento cuando sintió que la mirada de unos ojos negros estaba buscando su encuentro. Era el albatros que había visto esa tarde, posado sobre el agua, flotando, dejándose llevar por las olas y la marea. German se quedó mirándolo y por unos segundos o minutos, los dos cruzaron miradas, perdiéndose en una conexión única. Sólo se escuchaba el ruido del viento y el mar, Germán sintió paz y felicidad, el albatros no dejaba de mirarlo. Fue entonces cuando extendió sus alas y comenzó a volar. En ese momento German empezó a sentirse cada vez más liviano, miro en dirección a sus pies y se dio cuenta de que ya no estaban y en su lugar tenía dos patas, sus brazos estaban extendidos y se habían transformado en dos alas extremadamente largas. ¡No lo podía creer! Se comenzó a deslizar a través del aire, dejándose llevar por las corrientes del viento, volando por un largo tiempo. Podía sentir la brisa en su rostro, ahora con un pico largo y puntiagudo; también podía ver con precisión todo a su alrededor y podía sentir diferentes aromas

gracias a su olfato. German pensaba: “¡esto no puede estar pasando!” El barco había quedado atrás y él podía sentir como esa extraña sensación de libertad se escabullía entre sus plumas.

Miró a su lado y allí estaba, el albatros guiándolo en su camino. Sin comunicación alguna los dos sabían de esa conexión, los dos yendo hacia el mismo rumbo, sintiendo esa libertad volando con nada más que mar y viento por delante.

Volaron tanto como pudieron, sin cansarse y al regresar, pudieron ver ballenas, peces y hasta una gran colonia de albatros descansando en unos acantilados. German sentía que este era un regalo de la naturaleza por poder experimentar esta sensación. Y el albatros parecía entenderlo con sólo una mirada. Y fue justo en ese momento cuando... Comenzó a sonar la alarma de un despertador.

German pegó un salto de la cama y notó que su corazón estaba agitado, él podía sentir esa vitalidad en su cuerpo y se preguntó: ¿Todo esto fue un sueño? Lo primero que hizo fue correr hasta la proa para asegurarse de si todo esto había pasado.

Cuando salió, corrió hacia un lado y no encontró nada, corrió hacia el otro y ahí estaba: el albatros esperándolo, flotando en el mar. Germán sintió alivio. “¡No fue mi imaginación!”, pensó. En ese momento, el albatros extendió sus hermosas alas y emprendió su vuelo directo al horizonte, donde se encontraba un arco iris decorando el paisaje y dejando en German un mensaje de paz, felicidad y aprendizaje: cuidemos a las aves marinas.

A mis siete años de edad participar como voluntaria en campañas ambientales no me parecía raro. Contaba con el permiso de mis padres, la ropa que se podía ensuciar y embarrar, la mochila de aventura y mi anotador a prueba de agua. Siempre ansiosa desde diciembre a mayo que me vinieran a buscar para salir a buscar y observar aves. Muy lindas experiencias fui coleccionando al conocer mucha gente que me enseñaba un montón y que de a poco me iba ayudando a identificar nuevas especies.

Pero la adolescencia iba llegando y ese mar de dudas e inseguridades también, ya tenía que ir pensando que quería estudiar para dedicarme a eso el resto de mi vida. Sólo con 16 años buscaba entre mis habilidades en que me podía destacar pasando por varias disciplinas como medicina, deportes, idiomas, números, pero nunca se me pasó por los pensamientos que la conservación ambiental podía llegar a hacer mi verdadera vocación. La comunicación oral y escrita ganó la pulseada de las carreras y en eso volqué gran parte de mi tiempo y dedicación pero no sería mi verdadera pasión.

El hobby de seguir yendo a la playa a observar aves, participar de campañas de anillado, ayudar a cargar datos que los investigadores recolectaban no lo dejé nunca y cada vez me estaba metiendo más y más en este hermoso mundo. Y en un abrir y cerrar de ojos dejó de ser mi actividad de tiempo libre, ya se había convertido en mi trabajo, mi profesión, mi estilo de vida. Pero no sólo eran aves, sino el cuidar a todas las especies silvestres que se encontraban en nuestra hermosa Bahía de San Antonio. ¡Qué gran desafío! ¡Cuántos miedos! Pero los pingos se ven en la cancha dicen, y así fue.

En uno de mis primeros días recibimos una llamada a nuestro teléfono de emergencias, un ave muy grande estaba recostada, posiblemente herida en una de las playas más frecuentadas del balneario. En ese momento solo éramos dos guardafaunas que estábamos de guardia, casi inexpertos en el área de rescates, pero sí con mucha preparación previa. Y ahí fuimos a cumplir con nuestro trabajo, en una moto donde solo cabíamos los 2, con nuestro uniforme, guantes y barbijo, pensando que iba a ser suficiente, pero sin saber lo que nos íbamos a encontrar.

Y, de golpe lo vimos, era un Petrel Gigante, el mayor y más costero de los petreles, con un color gris oscuro y un pico grande e intimidante. Era la primera vez que veía a uno en vivo y en directo y tan cerca. A simple vista parecía que sólo estaba agotado, que quería descansar, pero la cantidad de gente que tenía a su alrededor expectante, con sus celulares y dudas no se lo permitían, ni a él ni a nosotros que entramos casi en pánico pensando en cómo no cometer errores y hacer lo correcto. Nos miramos con mi compañero y sentimos que era el momento de demostrar lo que habíamos aprendido y que éramos capaces y dignos de ser llamados “Agentes de Conservación”.

Tomé mi campera lo envolví en ella tomándolo con el mayor de los cuidados pero con mucho temor por parte de ambos (el ave y yo). Y ahí partimos los 3 en moto, al lugar más seguro de la Bahía en donde se encuentra la mayor concentración de aves en descanso y alimentación. Fueron 5 minutos de viaje que parecían horas, en donde me replanteaba si estábamos haciendo lo correcto si podía ser capaz de salvar una vida.

Llegamos y la solté sin dejarla de observar para asegurarme que estuviese bien. Noté un contacto visual, uno muy largo y profundo, lo tomé como un agradecimiento por sacarlo de ese lugar de estrés y darle una nueva oportunidad. Me quedé a una distancia prudente para cuidarlo pero sabiendo que ahora sólo quedaba esperar cual iba a ser el destino de ambos.

A las horas me quedé sorprendida al ver el despliegue de unas enormes alas despegando de la arena y tomando rumbo hacia el mar, era él ya recuperado y decidido a seguir con su vida,

en libertad. Se me llenó el cuerpo de amor y de una confianza nueva nunca antes vivida. También era un mensaje para mí, el que decía que esa era mi verdadera vocación y no más un hobby.

Al tener todo documentado subimos en nuestras redes sociales todo el relato del rescate y de golpe ya no fue sólo un ave que necesitaba ayuda, ya tenía una identidad, era un Petrel Gigante y muchas personas podían identificarlo gracias a toda la información brindada. Se hizo famoso él y nuestra hazaña, lo que ayudó a que los vecinos y visitantes tomen un poco más de conciencia a la hora de encontrarse con un animal silvestre en riesgo o peligro alguno.

Luego siguieron muchos años y rescates, pero el más grande y significativo me lo dio un Petrel Gigante y como su nombre lo indica así fue para mí. Gigante en miedos, valor, decisión y amor por la conservación de la naturaleza.

Me han hablado de ti, en consecuencia, por curiosidad estoy atenta, vivo rodeada de mar, en el Golfo San Matías.

Mi lugar tiene ría, península, bahía, muelles donde atracan lanchas pequeñas, artesanales y de mediano porte en el que trabajan los marineros, herederos de actividades de los primeros “viejos lobos de mar”, conocedores de los recoveques de estas aguas.

Me acerco al muelle “Heleno Arcángel”, situado a la vera del Oeste de mi pueblo, a donde llego después de caminar unas 15 cuadras.

Con la pleamar del día ya anclado el *Don Pedro*, todavía permanece en él un marinero. Tengo la plena seguridad que hablando con él me va a saber decir donde te puedo observar, hermoso petrel.

Logro entablar conversación con Carlos, el marinero, encargado de dejar la lancha en condiciones para la próxima salida. Entre presentaciones y demás logro llevar la charla hacia mi objetivo. Y aquí es donde comienza esta bella historia que me cuenta Carlos.

Cierto atardecer de aquel mes de septiembre, en pleno mar a unas millas de la costa, sobrevuela el *Don Pedro*, una imponente ave gris con vetas marrones, de unos 90 centímetros aproximadamente y unos 5 kilos de peso, todo calculado a buen ojo, me dice. La observo dice Carlos y veo que sobrevuela la estela que deja nuestra embarcación, pero más es mi asombro cuando veo que roba peces de la red del barco.

Miro para todos lados y no veo otra ave de su especie y ninguna otra, es ahí donde me doy cuenta que debe encontrarse sola dado que es temporada reproductiva, según lo que leí alguna vez y en escasos ratos libres que tenía.

La cosa es que esta imponente ave, luego de saciar su apetito nos acompañó hasta la costa luego de casi todo un día de navegación. Agotado por momentos y al no vernos en la cubierta, se posaba sigilosamente en el mástil que estaba en la proa a modo de descanso.

Hasta allí la pude seguir, continuó Carlos, un día de su vida. Y, después, ¿hacia dónde iba? ¿Con quién se reunía? ¿Tenía familia? Y muchas preguntas más se me formulaban.

Para encontrarme con algunas respuestas a mi curiosidad consulté a un biólogo quien con sus conocimientos me brindó información que posibilitó poder conocer su mundo y fue así que este profesional me dijo que lo acompañe a un lugar específico donde iba a observar, obviamente respetando la intimidad del ave, el lugar donde practicaba los rituales de cortejo, donde anidaba y como nacía su cría.

Oh, sorpresa cuando vi que construía su nido en un terreno rocoso alejado de todo asentamiento humano en donde coloraba musgo y pasto para poner un sólo huevo el cual incubará en unos sesenta días. Una vez eclosionado el huevo y en un período de cuatro meses ya con su pelaje, emprende la cría su primer vuelo. Es allí donde sus padres lo abandonan.

Sabiendo todo esto no me importo que aquella ave nos “robara” su comida, al contrario, a partir de conocer su existencia pasó a ser el amigo de aventuras compartiendo con la tripulación, soles vientos y lunas.

Asimismo, supe que su nombre “Petrel” surge de aquella historia de San Pedro quien dice que caminó sobre el agua, similitud de la corrida que inician estas aves para levantar vuelo. Eligiendo, ¡oh, casualidad! El *Don Pedro* para dar a conocer su existencia en este planeta. Bienvenido Petrel, ahora sé de ti.

El robo de una promesa

Por Lucas Emanuel Ojeda

La mañana se presentaba tranquila, la brisa apenas se podía percibir. Maciel pensaba que esto era algo muy raro, mientras observaba la soledad del océano desde su pequeño barco cabinado. Hasta el momento había tenido una buena pesca de calamares, los cuales se iban amontonando dentro de un gran balde de plástico color azul. Mirando al cielo veía como un gran y solitario albatros gris con pecho blanco intentaba, con gran dificultad, planear en el aire.

—No es un buen día para volar ¡y menos para tener hambre! —refunfuñaba el albatros mientras intentaba mantener la estabilidad.

Fue en ese momento que divisó un exquisito manjar dentro de un gran balde azul, y como pudo intentó direccionarse hacia el tentador desayuno-almuerzo, pues ya casi se acercaba el mediodía.

—Bueno al menos mi día empieza a mejorar —pensó para sí, el majestuoso ave.

Como pudo rodeó la embarcación para que el pescador no pudiera percatarse de sus intenciones, y como ideando el robo del siglo se acercó lentamente hacia el navío.

—Bien podría cautelosamente dirigirme hacia el balde y pacientemente tratar de esperar un descuido del humano. Pero el hambre no está para ser paciente esta mañana.

Y como si el clima escuchara su pensamiento lanzó una inesperada ráfaga de viento fresco, que el pájaro tomó como una señal divina y aprovechó para lanzarse en una proeza sin pensar hacia el objetivo. Sus ojos se posaron sobre ese balde de calamares y sólo pudo concentrarse en intentar tomar al menos uno con su refinado pico. Mientras bajaba en picada, ya planeaba que haría con su botín, hacia donde se dirigiría a degustarlo y en la siesta que dormiría bajo el cálido sol luego del banquete, cuando de repente su cabeza sintió un gran sacudón y sus alas giraron como remolinete hasta que su cuerpo se detuvo gracias a la silla reposera que se encontraba junto a la radio que Maciel utilizaba para escuchar sus viejos CDs de rock.

—Ey, oye, ¿¡¡qué haces!!? —alcanzó a escuchar mientras trataba de reincorporarse. Aún aturdido, y con la visión algo borrosa, pudo distinguir una silueta alada, algo más pequeña que él.

—¿Por qué quieres sabotear mi almuerzo? ¿Acaso eres el guardián de este bote? —insistió la silueta.

—No, guardián no, sólo intentaba...—y haciendo una pausa en sus dichos y su mente prosiguió— Pero, ¿tú quién eres? ¿Por qué me has golpeado? Casi muero al chocar contra esa silla, sólo me he salvado gracias a que soy un ave que se mantiene en forma, a pesar de mi edad —aludió sin demostrar un dejo de humildad, aunque con varias plumas menos que se perdieron sobre el agua del mar.

—Soy Paulina, una hermosa y joven petrel —dijo para no quedar atrás con la falta de humildad— y ando en busca de mi almuerzo que tú estúpidamente arruinaste con tu torpeza.

—¿Yo? ¿¿¿Perdón??? Eres tú quien arruinó mi desayuno-almuerzo al golpearme en la cabeza, no sé con qué objeto —decía el albatros mientras buscaba algún objeto que validara su teoría.

—No te he golpeado pájaro tonto, hemos chocado de cabeza antes de llegar a tomar uno de esos deliciosos calamares. Y veo que tu destreza, de la que tanto alardeas, no te ha servido para evitar el choque —adujo la petrel aun con más aires de grandeza.

—¿Choques de cabeza? ¡Vaya! Lo siento, no pude verte, estaba demasiado concentrado en poder alcanzar mi comida. ¿Y no te lastimaste? —aclamó sorprendido.

—Estoy bien, gracias. Ahora vete que debo tratar de comer, tuve una mañana algo complicada en casa y...

–Muy interesante tu historia de vida –interrumpió el albatros– pero la que debe marcharse eres tú. Este es mi banquete y no pienso compartirlo contigo. Búscate tu propio barco pesquero, éste lo vi yo primero.

–Discúlpeme su majestad, no sabía que este era su territorio. Sepa perdonarme, ya mismo dejaré su reino, ja –prosiguió irónicamente Paulina.

–Ahora entiendo por qué fue tan duro el golpe, ¡eres una cabeza dura! –exclamó mientras hacía una mueca sonriente.

Mientras la discusión entre las aves seguía, Maciel que no se había percatado de la presencia de los invasores, continuaba con la mirada fija sobre el agua con el pensamiento perdido en recuerdos de su juventud. En ese preciso momento sintió que su caña daba una pequeña sacudida, por lo que lentamente empezó a enrollar su tanza para terminar colocando un nuevo cefalópodo dentro del preciado balde azul.

Fue allí que ambos alados detuvieron su acalorada discusión, y se refugiaron detrás de la vieja radio de Maciel, temerosos de que el pescador pudiera darse cuenta de su presencia.

–Mira, veo que eres bastante testaruda, y no tengo más tiempo que perder –dijo el albatros–. Esto es lo que haremos, una vez que el humano vuelva a distraerse tomaremos lo que podamos del balde y lo repartiremos en partes iguales.

–Está bien, pero sólo porque ya he perdido demasiado de mi valioso tiempo discutiendo contigo –aceptó la petrel, mientras que por dentro se sentía aliviada ya que no tenía idea de cómo podía robar alimento del balde a esas alturas.

Unos momentos de silencio prosiguieron a ese breve acuerdo, donde el pájaro pudo distinguir que Paulina era una petrel muy bella, de plumaje brillante, acicalada, y sus ojos profundamente negros resaltaban aún más al recibir la luz del sol. “Sin dudas es un ave refinada, de buen nido, no es un pájaro de barrio como yo”, palabras que sólo resonaron dentro de su mente. –Bueno mi querido cómplice –rompió el silencio Paulina– ¿cuál es el plan?

–Mi nombre es Carmelo –adujo algo molesto porque su casual secuaz ni siquiera se había interesado en saberlo–. Y el plan es que cierres el pico, y esperes aquí mientras yo aproveché la distracción del pescador para traer algún calamar del balde.

–¡Ni lo sueñes! –levantó la voz ella–. Seguramente te marcharás aleteando rápidamente y me dejarás aquí, sola y abandonada como hacen todos los pajarracos como tú. –Instantáneamente se dio cuenta que sus palabras salieron de su pico por el recuerdo de un desamor pasado más que por el plan que había ideado su “querido cómplice”–.

Paralizado, inmóvil y sorprendido quedó Carmelo al oír aquellas palabras que resonaron en su cabeza más que el choque antes recibido. Ella también hizo un segundo de silencio, como tomando aire, para tratar de corregir el mal trago que su inconsciente le había jugado.

–Oye, lo siento. Es que tengo hambre y el golpe me dejó un poco aturdida a mí también –se excusó. Acepto tu plan, y confiaré en ti, pero si te marchas te seguiré y puedes estar seguro que te alcanzaré y no te gustará lo que va a pasarte.

El albatros dibujó una sonrisa en su pico, viendo como Paulina pasaba de un estado de calma a fruncir el ceño tan sólo en milésimas de segundo. También notó como el plumaje de su cabeza se erizaba cada vez que ella se exaltaba, y eso le pareció encantador. Notó que aun en ese estado ella era muy bella.

–No te preocupes –dijo tratando de que Paulina no vuelva a exasperarse–. No voy a irme, prometo que repartiremos el botín entre los dos. Sólo debemos esperar un poco y aprovechar el momento adecuado para hacerlo.

Luego de otra pausa, y ya cuando el silencio comenzaba a incomodarlos a ambos, Carmelo intentó reiniciar la conversación para que no fuera tan larga la espera de hacerse con el almuerzo.

—¿De dónde vienes? ¿Y por qué estás sola? —preguntó él.

—Vivo en unos acantilados hacia el sur, a unos pocos kilómetros de aquí, en una hermosa colonia. Sólo que esta mañana discutí con mis padres porque no me dejan tener novio y salí a dar vueltas para despejarme. Hasta que me dio hambre, vi un balde con comida, intenté tomarlo y me tropecé con un pájaro distraído que arruinó mis planes —expresó esto mientras hacia una mueca con su pico que denotaba simpatía—. ¿Y tú? ¿Eres de por aquí?

—No. La verdad que perdí la cuenta, pero llevo varias millas viajando desde hace un tiempo que tampoco recuerdo con exactitud —dijo mirando al cielo como tratando de entender porque había olvidado esos datos—. Voy hacia el norte, dicen que en esos lares abundan la comida, la diversión y el buen tiempo. Quiero vivir esa experiencia, aprovechar mi soledad y ser feliz así.

Esas palabras fueron muy tentadoras para los oídos jóvenes de la petrel, imaginándose en vuelo en busca de aventuras y diversión. Lo que la llevó a decir:

—¿Y crees que pueda acompañarte en tu travesía?

Carmelo aún más sorprendido por tales palabras, y aunque hubiese querido que la bella petrel fuese su compañera de viaje, respondió:

—No creo que sea buena idea, aún eres joven y tienes una familia que te extrañaría demasiado. Pero te prometo algo, si el norte es como dicen que es, más adelante volveré para contarte de mi aventura y, si todavía quieres, podemos volar juntos hasta aquella región.

—Ok. Tomaré tus palabras como ciertas, pero si no las cumples, ten por seguro que cuando tenga edad para viajar iré a buscarte para darte tu merecido. Ya sabes lo cabeza dura que soy, y nada va a impedir que te encuentre, ni siquiera una avendemia, que es el término que utilizan los pájaros equivalente a la pandemia para los humanos. Así que ya estas avisado —dijo ella en un tono tierno pero amenazador.

Fue en ese instante que aprovechando un pequeño oleaje que azotaba contra la embarcación Carmelo realizó una magnífica pirueta para hacerse con un gran calamar del balde azul, sin que Maciel siquiera lo notara. De inmediato regresó junto a Paulina, apoyando la presa sobre el suelo, observando que era suficiente comida para los dos. Con su pico dividió el alimento en partes iguales con una precisión asombrosa, dejando que ella eligiera primero el trozo que más gustara, en un gesto de caballerosidad que a ella le encantó.

—Yo siempre cumplo con mis promesas, y así como traje tu almuerzo también volveré a buscarte, ¡como que me llamo Carmelo! —Dijo para luego tomar su parte del botín y emprender vuelo hacia lado norte. Así se fue perdiendo en el aire ante la mirada fija de la petrel, aquel gran albatros que en realidad se llamaba Luciano.

El abrazo de Venancio

Por José Luis González

*Suelen, por divertirse, los mozos marineros
cazar albatros, grandes pájaros de los mares
que siguen lentamente, indolentes viajeros,
el barco, que navega sobre abismos y azares (...)*
Charles Baudelaire

A sus sesenta y dos años, con cuarenta de ellos trajinando en barquitos de pesca en el mar austral, Venancio Paredes estaba casi seguro de que ya lo había visto todo en esta vida. Había sobrevivido a tres naufragios, a dos puntazos que casi le traspasan el corazón en una pelea de borrachos en un tugurio de Puerto Deseado, sabía lo que era desollarse las manos con una brazolada durante toda una tarde hasta lograr subir a cubierta un tiburón de noventa kilos, no lo habían podido doblegar media docena de pulmonías y hasta había salido a flote de dos o tres enamoramientos, de esos que dejan cicatrices invisibles pero inmensamente profundas.

Sin embargo, esa mañana de enero Venancio comprobaría que el mundo aún le podía dar sorpresas. Se había desvelado temprano y había salido a cubierta a fumar su pipa y ver de paso el siempre deslumbrante espectáculo de la salida del sol sobre el Atlántico. Sus cuatro compañeros de tripulación dormían aún en las mugrosas literas de la bodega. Miraba el horizonte, ensimismado en quién sabe que pensamientos, cuando notó que algo nublabla el sol. Por un instante y sintió a sus espaldas un golpe seco y blando, como si un pesado almohadón hubiese caído desde el cielo. Se dio vuelta y quedó por un instante paralizado por la sorpresa. A menos de tres metros de la punta de sus botas, con las alas extendidas, el pico entreabierto y ojos de espanto yacía el albatros más grande que recordara haber visto en su vida.

Pájaro y hombre estuvieron mirándose un breve tiempo. Venancio estimó que el albatros medía casi unos cuatro metros de extremo a extremo de sus alas y luego vio con sorpresa que de su flanco derecho manaba sangre. Se agachó, examinó debajo de las plumas y descubrió una herida importante.

Venancio abrió un botiquín que colgaba en una de las paredes de la cabina y sacó algodón y un frasco de antiséptico. Se acercó al albatros y con mucho cuidado le fue limpiando la herida lo mejor que pudo. El pájaro se dejó hacer sin ninguna resistencia. Había plegado las alas y tenía agitada la respiración.

Cuando Venancio terminaba su tarea de improvisado veterinario, le llegó desde la cabina un reconfortante aroma a café. Entró y se acomodó en la mesa donde ya estaban desayunando sus cuatro compañeros de tripulación, incluido el patrón, un viejo déspota y cascarrabias, que siempre estaba con un humor de perros. Venancio se sirvió café en un jarro de aluminio, bebió un sorbo y dijo como hablando para sí mismo:

—Afuera hay un pájaro.

Sus compañeros lo miraron sin entender bien qué había querido decir.

—Y está herido —agregó.

El patrón se fijó en ese momento en sus manos, manchadas de rojo por el merthiolate y estalló en uno de sus frecuentes ataques de cólera:

—¡¡¡Estuviste perdiendo tiempo y vaciando el botiquín con un pajarraco!!! —gritó.

—No es un pajarraco —se defendió Venancio—. Es un albatros. Seguro que lo atacó un tiburón azul.

—Y para reforzar su defensa agregó—. En el mar, todos dicen que los albatros traen buena suerte.

—Buena suerte voy a tener yo el día que no haya maricones en mi tripulación —vociferó el patrón y se levantó de su banco como un resorte mientras arrojaba con furia la servilleta sobre la mesa. Todos entendieron el mensaje. El desayuno había terminado y comenzaba la faena del día.

Bruno Sosa, Candelmo Arriola y Venancio se encargaban de maniobrar con las redes, clasificar la captura y repartirla en los correspondientes cajones que luego le alcanzaban a Ceferino Cejas para estibarlas con hielo en la bodega. Eusebio Montiel era el cocinero. El patrón se llamaba Giorgio Antonucci, pero todos le decían “Chispón”.

A medida que los marineros iban saliendo a cubierta echaban una mirada furtiva hacia el albatros, que se había ido arrastrando hasta la amura de estribor dejando un reguero de sangre y se había acurrucado allí con su cabeza semi-oculta debajo de un ala. Nadie hizo, sin embargo, ningún comentario, como si el pájaro no existiera.

Al mediodía, en la pausa para el almuerzo, Venancio le acercó un balde con unos trozos de calamar. El albatros levantó su cabeza y miró la comida con indiferencia.

—Como será el dolor, pobre animal —reflexionó Venancio en voz alta y le dejó el balde.

Por la noche, antes de la cena, Venancio comprobó que el pájaro había dado cuenta de la comida y se le llenó el alma de alegría. Era un signo evidente de que estaba mejorando. Pero su euforia le hizo cometer un error garrafal. Mientras cenaban sintió la necesidad de compartir su alegría.

—El pájaro comió —dijo—. Creo que no se va a morir.

El comentario volvió a desatar la furia del patrón. Lo fulminó con la mirada y luego, dirigiéndose al cocinero dijo:

—Eusebio, mañana cuando te despertás lo primero que haces es cortar el cogote a ese pájaro de mierda y me lo dejas bien peladito. Al menos vamos a tener un almuerzo distinto.

A Venancio se le estrujó el corazón. El patrón, cambiando de pronto el ánimo y casi divertido, comenzó un relato de cuando era mucho más joven y junto a otros marineros se dedicaban en los ratos libres a pescar albatros para comer. Venancio no quiso escuchar más detalles de esas historias y salió a cubierta. Se acercó al pájaro y se arrodilló junto a él. Le fue pasando su mano desde el cuello hasta la cola, muy lentamente, a manera de despedida. El ave lo miraba de costado con un sólo ojo, pero con una mirada más vivaz que la de la mañana.

Venancio miró hacia el Oeste y en el horizonte vio el brillo intenso de algunos relámpagos. Cuando volvió a la cabina sus compañeros ya se habían acostado y se escuchaban los primeros ronquidos. Se tiró en su litera, pero pronto se dio cuenta de que dormir sería una misión imposible. Luego de un largo rato de dar vueltas se levantó, descolgó su capote amarillo y volvió junto al albatros. El cielo ya se había cubierto completamente y ahora los relámpagos estaban sobre su cabeza. Se acostó al lado del pájaro, se cubrió con el capote y lo abrazó con su brazo derecho todo lo que pudo. En esa posición luego de un rato se quedó dormido.

A medianoche se desató la tormenta. Sin viento casi, pero con fuerza de diluvio. Primero unas gotas ralas y pesadas como esquivarlas de plomo y luego un aguacero intenso y persistente que duró toda la noche.

Al amanecer el cielo estaba limpio y el mar calmo. Con la salida del sol, Eusebio Montiel salió a cubierta con un balde en una mano y su cuchilla más afilada en la otra. Sus ojos comenzaron a buscar al albatros sobre las maderas, pero lo único que vio fue el bulto amarillo de Venancio cerca de la proa. Estaba encogido debajo de su impermeable, empapado y con los ojos muy abiertos. El rigor mortis, ya avanzado, hacía que su brazo derecho se mantuviera levantado, formando un extraño arco, como si estuviera abrazando algo. Pero por ese espacio entre su brazo y el piso solo se filtraban unos primeros y tímidos rayos de sol.

Íbamos a pescar al muelle; la escollera era una aventura hacia el Mar en invierno, aunque el frío hiciese chorrear las narices de todos los pescadores, nos gustaba ir y sentir la brisa salada en la cara. Estábamos expectantes a la rompiente, las olas iban y venían, a veces suave y a veces chocaban fuerte y se metían entre las piedras ocupando todo el espacio dejando su espuma. El olor a pescado atraía las aves que sobrevolaban nuestras cabezas en el cielo.

Los pescadores eran un grupo de gente dedicada a sacar los peces más sabrosos que ofrecía el Mar Argentino. Recuerdo que una vez sacaron un pez elefante, fue la atracción del día y luego lo devolvieron al Mar.

Algunos nos contaban que las aves que volaban ahí arriba eran albatros, petreles y gaviotas. No los podíamos distinguir, simplemente observábamos el vuelo, ese planear de alas blancas que detenía el tiempo.

Cuando bajábamos a la playa íbamos corriendo aleteando con los brazos y la alegría inocente, las aves salían volando o simplemente se corrían unos pasos, podíamos jugar entre ellas, aunque si había riña por algún pescado era mejor no acercarse.

Se veían barcos en el horizonte. Algunos eran pesqueros, otros venían de otras tierras transportando tesoros indescifrables. Saludábamos a los marineros desde la orilla deseando algún día conocerles.

Cruzando la calle estaba el “Club Albatros”, un lugar donde se juntaban los hombres de la ciudad y realizaban tareas comunales referidas a la pesca y algo más; nosotras, desde la entrada, los veíamos charlar y tomar café reunidos en mesas redondas.

El Centro tenía una galería perfecta para patinar y unas escaleras para descansar. Una vez encontramos un pajarito bebé, era rosadito y muy frágil, me pregunto si no habrá sido un albatros.

Sunny siempre se culpó por esa última pérdida, aunque Borja nunca reprochó nada acerca de lo sucedido, se conocían desde polluelos, su hogar siempre fue la Isla Arce. Dentro de la colonia, ellos representaban a una prometedora pareja de albatros. Pero un manto de desilusión cayó aquella noche, una vez más luego de muchos intentos, el huevo de Sunny y Borja cayó desde el nido a las grandes rocas.

Su nido no había sido lo suficientemente seguro, lo que pasó con su cría significaba un saldo negativo para su especie, y así como los humanos atravesamos pérdidas, las aves también pierden, sienten, las aves también deben comenzar de nuevo e intentarlo una vez más.

Borja y Sunny sentían eso que los humanos llamamos desilusión, pérdida, frustración. Y abrumados por esto, decidieron tomar caminos distintos, las cosas no estaban funcionando. Algo muy real sucede tanto en los humanos como en los albatros, eso es la distancia que a veces resulta ser una salida.

Borja decidió emprender viaje a otras colonias, pensando en lo difícil que sería sobre volar todo ese mar de dudas. Sunny entendió esta decisión, ella aún no comprendía muy bien sus propias ideas, sin embargo, tenía que dar ese dulce adiós, y sólo pudo decir a su compañero: *“vamos a dejar que el tiempo pase, ver nuestros recuerdos en los mares”*.

Ese atardecer Borja extendió sus alas y se fue de Isla Arce, Sunny se quedó con mucha incertidumbre, tantas preguntas que no podía responder, sólo de una cosa estaba segura, y es que a veces es mejor seguir, aunque eso signifique caminar entre la esperanza y la desilusión.

Muchos soles pasaron y Sunny que había decidido quedarse en isla Arce, debía enfrentar todo lo que decían acerca de Borja en la comunidad. Pues él siempre fue un ave inquieta, de alma viajera, y no daban muchas esperanzas del regreso de Borja a Sunny.

Él a varios miles de kilómetros, ya instalado en otra colonia, muy lejos de Sunny, sólo intentaba bloquear recuerdos junto a su compañera en Isla Arce. El andar lo había curtido, en sus alas, ya no sentía fluidez ni liviandad, sino un extraño peso de volver. Pero en su andar solitario, se sentía a resguardo, tal vez disperso o escapando a ningún lado. El mar y la soledad eran sus compañeros de viaje ahora.

Borja pensaba muchas cosas por esos días, la necesidad de volver, la esperanza de encontrar nuevamente a Sunny, el miedo de volver a empezar algo que tanta frustración había traído. Pero de algo estaba seguro este albatros viajero. Estaba seguro de su primera elección, aquel día en que encontró a Sunny en la colonia y ambos decidieron elegirse. Más allá de todo, Sunny era lo único más cierto en todo su vuelo y no podía esperar mucho más tiempo para volver a ella. Corría muchos riegos al irse, pero también sabía que no quería hacer todo por obligación, sino que debía hallar una razón. Y descubrió que esa razón siempre fue Sunny.

Decidido salió con las corrientes marinas a favor, emprendió la vuelta a su hogar, atravesando mares y mares, planeando grandes distancias, con el único propósito de llegar a Sunny. Llegaría para la época de apareamiento, y el riesgo de no llegar a tiempo, estaba latente.

El día que los vientos viraron hacia el sur, Borja llegó a Isla Arce, miles de albatros colmaron el lugar, y aunque todos piensen que encontrar a Sunny sería difícil, pues no están en lo cierto. Un albatros es capaz de reconocer a su pareja entre miles de ejemplares de su misma especie. Borja reconoció a Sunny, que a lo lejos observaba el gran acontecimiento en la isla. Y apenas se vieron ambos extendieron sus grandes alas y Sunny acicaló a Borja con su pico. Quien hubiera visto esta escena, habría entendido la magia de un encuentro. No había rencores, no había reproches, sólo las ansias de verse, las ganas de empezar otra vez.

Porque, así como en la vida humana hay encuentros y desencuentros, en la vida de las aves también los hay. Borja y Sunny se eligieron nuevamente, reafirmando con más fuerza y cuidado su nido. Es que atravesar varias veces por la misma dificultad, te hace experto en próximas situaciones. Ya no cometerían los mismos errores y serían más cuidadosos el uno del otro. Pero abandonarse ya no sería una opción.

Luego de muchas lunas nuevas, Borja y Sunny trajeron a la colonia un nuevo miembro, el pequeño Fénix. Un hermoso polluelo de plumas blancas y grises, fruto de los muchos obstáculos, idas y regresos en Isla Arce. Todo nuevo encuentro trae luz, así sucedió en aquella isla del sur, y aunque haya desencuentros, no se puede olvidar a quién elegimos acompañar, no se puede olvidar a quién elegimos para sobre volar la soledad.

Agradecimientos

El concurso de cuentos “Guardianes de las Aves Marinas” y la edición de esta compilación se llevó a cabo durante el aislamiento social y preventivo en el marco de la pandemia causada por el COVID-19. A pesar de las circunstancias, muchas personas se pusieron a disposición y colaboraron con el mismo: Verónica Schro, Esteban Prado, Julio Neveleff, Sofía Bonecco, Iñaki Aguirrezabal, Franco Canales, Mirta Rábano y Carla Ferreira. Agradecemos a las autoridades de la Escuela Nacional de Pesca y la Secretaría de Cultura del Municipio de Gral. Pueyrredon.